

Luis León Barreto

Las espiritistas de Telde

Luis León Barreto

BIBLIOTECA BASICA CANARIA

49

LAS ESPIRITISTAS DE TELDE

Edición de Yolanda Arencibia



Biblioteca Básica Canaria

Director

Juan Manuel García Ramos

Consejo asesor

María Rosa Alonso

Juan Jesús Armas Marcelo

Joaquín Artiles

Luis León Barreto

Sebastián de la Nuez

Pablo Quintana

Jorge Rodríguez Padrón

Lázaro Santana

Maximiano Trapero

Comisión técnica

Coordinación:

Maximiano Trapero

Corrección:

Juan Antonio Martínez de la Fe

Diseño:

Juan Francisco Alamo

Producción:

Carlos Gaviño de Franchy

Secretaría:

Bernardo Chevilly

Mireya Jiménez Jaén

Luis León Barreto

LAS ESPIRITISTAS DE TELDE

Islas Canarias
1990

© Para la introducción **Yolanda Arencibia**

© Para el texto **Luis León Barreto**

©  Viceconsejería de Cultura y Deportes.
Gobierno de Canarias

ISBN: 84-87137-28-8

Depósito Legal: M. 7.977-1990

Fotomecánica e impresión:

MARIAR, S. A. - Tomás Bretón, 51 - 28045 Madrid

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
INTRODUCCIÓN	9
Capítulo Uno: Un día de noviembre de 1931	23
Capítulo Dos: La Fundación	27
Capítulo Tres: Una mañana oscura	47
Capítulo Cuatro: La familia	59
Capítulo Cinco: La busca	73
Capítulo Seis: Los ritos	83
Capítulo Siete: Las desgracias	93
Capítulo Ocho: La memoria es un río que viene de lejos	107
Capítulo Nueve: El proceso	129
Capítulo Diez: Las brujas	149
Capítulo Once: Los testimonios	163
Capítulo Doce: El viaje	181
Capítulo Trece: El maleficio	197
Capítulo Catorce: El fin	209

INTRODUCCIÓN

I

Las espiritistas de Telde ocupa el vértice central de las cinco novelas publicadas hasta el momento por Luis León Barreto (Sta. Cruz de la Palma, 1948); la preceden *Ulrike tiene una cita a las ocho* (Akal, 1975) y *Memorial de A. D.* (Edirca, 1978 y 1980); la siguen *La infinita guerra* (Planeta, 1985) y *Los días del paraíso* (Orígenes, 1988). El total de las publicaciones del autor se completa con un libro de poemas, *Crónica de todos nosotros* (Inventarios provisionales, 1972-73), y un conjunto de relatos breves bajo el título de *El mar de la Fortuna* (Interinsular, 1986).

En la totalidad de la obra de León Barreto —aunque con diferencias en proporción y en matices— subyace como intencionalidad común la de interpretar la referencia inmediata insular en clave de ficción narrativa. Aquella interpretación, esta clave y una hábil y eficaz manipulación de los recursos formales del lenguaje narrativo, consiguen alejar el producto literario resultante del peligro de la crónica y, a la vez, elevar el referente real de partida a la categoría de mito literario. Tal producto literario se encamina a desvelar los condicionantes de la identidad insular y a despertar la conciencia de esa realidad desde una perspectiva cuestionadora y desde una actitud crítica preocupada

por la indagación de los *porqués* y por la explicación de los *cómos*.

En el devenir de la creación, en la trascendentalización de lo real a categoría literaria, es evidente la presencia del autor que, oculto en el telón de fondo de su texto —ya disfrazado de omnisciente narrador interesado, ya parapetado tras el hecho narrativo para justificar hitos y derivaciones, ya manejando hábilmente los hilos motores de sus personajes— deja jugar en la luz del escenario a sus “demonios” generacionales y particulares. Esta imbricación (absolutamente lícita, y que constituye, hasta ahora, una “marca de estilo” del autor) permite reconocer al León Barreto de la generación narrativa canaria que se inicia en los años 60, con cuyos compañeros compartió contenidos —la coincidencia referencial en el “universo-isla”, la voluntad de “cronicar” su presente—, formas —una profunda preocupación por el lenguaje— y fantasmas —el de la insularidad y sus problemas—; también al periodista vocacional amante de los retratos reales y efectistas; por fin, el isleño un tanto acomplejado, eternamente desconfiado y pesimista (¿realista?).

Las dos primeras novelas del autor pueden aunarse, en su trayectoria narrativa, como expresión de una voluntad de crónica que se asienta en el testimonio individual para abrirse ambiciosamente del presente al pasado: *Ulrike tiene una cita a las ocho* es la novelización del presente que, entre audaces juegos formales de mezcla de recursos técnico-estilísticos, presenta caracteres de crónica desesperanzada con fondo de crítica social nada velada; supone la conciencia de la realidad insular aprisionada por el Atlántico y marco de una juventud urbana insatisfecha, sin más caminos fáciles que el alcohol y el sexo. En *Memorial de A. D.*, una historia común extraída de la página de sucesos sirve de lanzadera para ampliar la perspectiva de la crónica desde el pasado lejano al inmediato y desde el presente próximo hasta el futuro, en visión y premonición muy poco consoladora y optimista. Llegando al vértice central de la producción novelística, *Las espiritistas de Telde*, abandona

totalmente el testimonio individual para iniciar el camino de una incursión profunda, interesada y testimonial, en la histórica pasada y presente de las islas.

Las espiritistas de Telde supone, también, el punto de partida de una trilogía "que podría titularse *Pueblo Atlántico*" y que va encaminada "a la búsqueda de la identidad de la sociedad canaria", repitiendo manifestaciones del propio autor. Para esa búsqueda el mundo narrativo de esta trilogía indaga en las bases y las circunstancias que han conformado y que dan vida a nuestra sociedad: arranca en *Las espiritistas...* de los orígenes, de la memoria más profunda de nuestro pueblo, de la realidad étnica y cultural del mestizaje —lo europeo, lo africano, lo americano—, de la lejanía, del abandono; continúa en *La infinita guerra* con el análisis de la respuesta isleña a un hecho real determinado y relevante para bucear en la difícil historia de las islas, para reindagar en el mundo rural y mágico; culmina con *Los días del paraíso*, su novela más reciente, que supone "una tercera respuesta contra el agobio de la insularidad" que disecciona —desgarrando— el mundo urbano de los 80 y los avatares económicos y sociales que lo condicionan.

II

Una noticia retrospectiva extraída de la crónica de sucesos de un diario local despierta el interés del periodista con sólida vocación fabuladora que es Luis León Barreto. Se trata de un extraño crimen perpetrado en la persona de una joven teldense en el que aparecen entremezclados el fanatismo, la marginación cultural, la pobreza, los traumas familiares y sociales... El hecho y sus ramificaciones constituyen material idóneo para aplicar aquella voluntad de novelizar la realidad indagando *porqués* y *cómos*, a la que ya aludimos. Y el periodista se acerca a la historia: investiga, revuelve legajos, pregunta... Y reflexiona sobre causas, sobre condicionamientos que han hecho posible tal crimen: cree

ver en él el resultado de "la carga esotérica, mágica y difícil que las islas llevan consigo", las consecuencias de un mestizaje extremado y determinante, el fruto del abandono y la incultura... Por fin, aunando esfuerzo e inspiración, prepara un entramado novelístico convincente y eficaz, a la vez que congruente con sus intenciones explicadoras. Sólo falta un título, que surge directo, sencillo y transparente: *Las espiritistas de Telde*.

III

1. En la novela, los materiales de la historia (el *Qué pasó genético*) y su argumento (el *Por qué pasó* y el *Cómo pasó*), destacan con total nitidez.

Para la historia, el hecho real del famoso crimen de 1930 que había despertado el interés del autor y cuya novelización lo convierte en consecuencia final de la depravación de una dinastía familiar cuya diacronía se contempla a través de 350 años de historia: la de los Van der Walle; desde Pieter, el judío holandés que en el siglo XVI se asienta en las "islas de la Fortuna", hasta su último vástago —ya en nuestro siglo— de quien es hermana la desdichada víctima del crimen, Ariadna. Con la historia de los Van der Walle se analiza el pasado de las islas y su presente; se revisa la historia canaria desde la sociología, la antropología, la etnología..., y desde la cultura de lo mágico y lo esotérico cuyo análisis y explicación entronca el pasado de las islas con su presente.

Para el argumento, los materiales se basan en cuatro componentes temáticos:

a) Un componente histórico que revisa la historia de la isla de G. Canaria, bajo el pretexto del enraizamiento de la saga de los Van der Walle desde el siglo XVI hasta el XX.

b) Un componente sociológico que pretende la justificación de la historia y que se convierte en denuncia de los condicionamientos socioculturales de las islas.

c) Un componente mágico que sirve para descubrir toda una infracultura del tema justificado en influencias de las interemigraciones Cuba-Canarias-África mezclado con algunos restos de la cultura aborígen.

d) Un componente actual personificado en el joven periodista, que por fin "halla un buen tema", y que sirve de contrapunto histórico para mostrar el presente de una sociedad en la que perviven creencias ancestrales.

En la elaboración de la novela, estos cuatro componentes textuales se disponen en planos narrativos diferentes cuya sucesión concatenación y confluencia final, conforman el tempo narrativo particular de la misma.

2. Las coordenadas de espacio y tiempo son amplias; las espaciales: Flandes, Sevilla, Tamarán (Las Palmas de G. Canaria, Telde) y Texas (marginalmente) para el primer componente; la isla, concretamente (Tamarán-G. Canaria) para el segundo; Cuba y Tamarán para el tercero; Madrid y Las Palmas de G. Canaria para el cuarto; las coordenadas temporales abarcan un período muy dilatado desde el siglo XVI hasta la época actual.

3. La estructura formal de la novela se distribuye de forma circular en catorce capítulos perfectamente individualizados conceptual, espacial y cronológicamente. Los tres primeros capítulos sirven de presentadores de los hitos narrativos y señalan los diferentes tiempos y espacios de los mismos ordenados según la relevancia del material, lo que supone un desorden cronológico; así, el primero, *Un día de noviembre de 1931*, reproduce parte del proceso del crimen de Telde, es decir, presenta el tema de la novela situándolo en un pasado próximo y con una localización fija; el segundo, *La Fundación*, describe la historia familiar de los Van der Walle desde 1508 a 1905: pasado remoto, pues, y localización variada (Flandes, Sevilla, Tamarán); el tercero, *Una mañana oscura*, halla su centro en Enrique López, el periodista, y con él la cronología coincide con la actual de la escritura y la localización se centra en la capital madrileña. A partir del capítulo tercero, los tres planos cronológicos se alternan y los materiales textuales

se concatenan: guardando la independencia por capítulos hasta el séptimo, acumulando los mismos a partir de éste.

El capítulo octavo es el más complejo pues la historia se vertebra en temas, tiempos y espacios que se entrecruzan: a) los antecedentes familiares; b) el periodista que investiga datos directos en las tierras sureñas del crimen e indirectos en hemerotecas; c) la crónica particular de uno de los componentes de la saga Van der Walle.

Los capítulos noveno a trece tratan el proceso judicial en sí, amplificado en sus raíces y sus derivaciones: los contaminantes mágicos cubanos con Juan Camacho —uno de los principales encartados en el proceso— como actor central, y la visión esotérica de la isla derivada de aquéllos.

El capítulo catorce, el final, en marco crítico desesperanzado, anuda los hilos narrativos abiertos en los tres primeros capítulos: el del tema central, con el final del proceso; el de la saga familiar, con el destino desgraciado de sus últimos miembros; el del periodista, con su regreso a Madrid.

4. Aludíamos al principio de este trabajo a la habitual aunque encubierta presencia del autor en el telón de fondo de sus narraciones como marca personal de las mismas. En *Las espiritistas de Telde* esa presencia se diluye, se transparenta o desaparece mediante los diversos puntos de vista que adopta su narrador. Se diluye en el narrador-observador (el más común) que objetiviza el mundo físico de sus personajes, que los presenta para luego dejarlos actuar: apenas deja rastros el autor tras este narrador; sólo se atisba su presencia en cierta actitud distanciadora, irónica y pesimista que asoma en la presentación de los hechos. Se transparenta en su voluntad de crónica que le impele a hacer de aquel narrador-observador un narrador-cronista que transmite noticias de la realidad insular intercaladas al hilo de las secuencias narrativas en actitud interesada: a veces sería (así en las noticias de sucesos desgraciados como las plagas del cólera, de la peste o del

cigarrón berberisco); a veces ponderativa (como en la alusión al valor del retablo de San Juan de Telde); a veces irónica (como en el tema de la fiebre popular por los nombres guanches o en el del robo de las joyas de la Virgen del Pino); a veces de denuncia social (como cuando se alude a las inversiones alemanas en el sur o a la discriminación de los canarios en los puestos de trabajo insulares); a veces risueña (como en el tema de la prohibición de los carnavales por el obispo Pildaín); a veces trascendentalizadora de hechos o de personas (como en el tema del papel de la isla en la gestación del golpe del general Franco, o la conversión en personajes de los poetas Alonso Quesada y Saulo Torón). Desaparece el narrador cuando el autor, por razones de eficacia novelística, le impone que deje solos a sus personajes: son éstos los actores de la historia real que, en la desnudez de la primera persona, con la fuerza del testimonio vivo, han de destacar la crudeza y la transcendencia de los hechos.

5. Muchos son los personajes de la historia; sólo unos pocos destacan con estructura psicológica individualizada y fuerza de *actante-actor* generador del hilo narrativo: como Pieter, el primer Van der Walle, en quien se asienta el hilo histórico del relato; como Juan Camacho, el interesante sujeto que ha asumido en Cuba la fuerza mágica africana y que actúa de inductor en las ceremonias espiritistas que exigen una víctima; como Francisca, la hermana mayor de la desgraciada Ariadna, factótum en su locura del hecho criminal; como Enrique López, actor "funcional" para el enlace de la historia con el presente. El resto de los personajes, incluso muchas veces los citados, se diluyen en la historia quedando englobados en un especial *personaje colectivo*, muy eficaz en la categoría mítica en que se desarrolla la novela, cuyo gran protagonista, cuyo verdadero *actante-actor* es —en palabras del autor— "el pueblo canario, con toda su marginación, con toda su carga de dificultades, de asechanzas y de demonios particulares".

6. El estilo de un autor no es otra cosa que el modo particular de su lenguaje literario; y en un texto novelístico

como el que nos ocupa, además, el modo personal de organizarlo. Pero no es sólo expresión de una voluntad sino producto de unos condicionantes textuales entre los cuales cuenta, además de la personalidad del autor, las características del mensaje que emite, la intencionalidad que pueda conllevar el mismo y el público al que va dirigido. En el caso específico de nuestra novela, y desde una exigencia rigorista por un lenguaje literario barroco y experimental, interviene la intencionalidad de destacar la idea central de la historia enmarcada en el devenir histórico, y justificada en el análisis trascendente de los hechos. Encuadrado en estas coordenadas, el estilo de nuestra novela ha de ir encaminado a lograr un clima narrativo, atractivo y convincente además de verosímil. Por eso, se ajusta a los diferentes componentes textuales de la novela arrastrando con él la perspectiva del narrador. En las secuencias de contenidos históricos, remotos o próximos, el estilo directo del narrador omnisciente en lógica tercera persona, es lo habitual. Para la historia remota, puede ser adoptado un distanciador "Cuentan... Dicen que... Incluso opinaron... Decían..."; o puede acudir a un estilo intencionadamente moroso, expresivamente anacrónico, estructurado en amplios períodos rítmicos, para adoptar seguidamente una sorpresiva rapidez aglomeradora de materiales en voluntad experimentadora. En el tratamiento narrativo de la historia próxima no faltan rupturas de la linealidad estilística en pro de audacias formales que se justifican contextualmente, tal es el caso del capítulo III en que el apresuramiento de la vida ciudadana, la rutina laboral, se reflejan en una secuencia compleja donde el monólogo interior, el estilo directo y la narración indirecta aunados, se mezclan con retrospectivas mentales, mensajes publicitarios o lenguaje televisivo sobre un fondo distorsionado entre el espacio mental y el físico.

Las secuencias centradas en el proceso de los presuntos espiritistas —las más numerosas— conllevan un tratamiento estilístico especial. Allí la prosa narrativa detiene su ritmo para recrearse en la descripción de los hechos tra-

zando verdaderos cuadros de ambiente donde se reflejan costumbres, mentalidades, demonios ancestrales y lejanos, modos de hablar, psicopatías...; son crónica pura, mitificada en ocasiones, pero cuya realidad palpa el lector con toda su fuerza crítica. Allí también se acude a recursos estilísticos convincentes y apropiados (contenido y forma en total consecuencia) como la acumulación caótica de materiales que irrumpen en la narración para describir prácticas espiritistas y "rezados" en las sesiones mágicas o como la morosidad descriptiva, casi reflexiva, con que se relatan los testimonios de los procesados.

El capítulo final, el que cierra el círculo de la novela anudando los hitos argumentales, encierra especial interés estilístico. Se estructura en cinco secuencias narrativas separadas por espacios en blanco. Las dos primeras se refieren a los procesados y su destino final: directamente narrativa la primera, con mezcla de narración indirecta y en primera persona la segunda para reproducir declaraciones de las principales encartadas o del forense. La secuencia cuarta, que cierra la parte histórica, se conforma en tres amplios párrafos concatenados por comas o ilaciones coordinativas e introducidos por un mismo concepto ("vienen", "vinieron", "vino") repetido con ritmo abrumador: como el de las cabalgadas apocalípticas de los Van der Walle sobre las islas oscureciéndolas con la tragedia de su amenaza. Las secuencias tercera y quinta se centran en el periodista madrileño: el estilo directo convencional recoge sus conclusiones reflexivas en el primer caso; en la secuencia final, una intencionada morosidad descriptiva, que quiere ser acariciadora, triste y agorera a la vez, acompaña al periodista en su camino de aguacero y bruma hacia el aeropuerto para darle el adiós final. Conforme con el laberinto mental en que se hunden los Van der Walle, la marcha de la novela presenta aspectos laberínticos concretados en las alteraciones de tiempos y espacios que el autor se permite o en desvelar luminosamente o velar con idéntica intención determinados elementos textuales. Pero el laberinto no es tal para el lector, que siempre encuentra una señal que

lo guía: no puede serlo porque restaría eficacia a la novela; es un atractivo juego formal felizmente concatenado a los distintos contenidos. A los cuales también se ajusta el punto de vista del narrador.

El lenguaje de nuestra novela es de un barroquismo evidente. Es abundante, recargado, obsesivo, abigarrado de acumulaciones léxicas, de imágenes que se encabalgan... como corresponde a los contenidos narrativos que enmarca y a la realidad compleja y laberíntica que analiza, exigentes ambos de esta escritura "discursiva y explicatoria", tan propia, por otra parte, de la novelística hispanoamericana en que bebe el autor. En el vocabulario hallamos clara intención de hacer constar voces veráculas y giros propios del habla de las islas: así son muestras léxicas, nombres como *gañanías*, *baifo*, *pejines*, *enyesques*, *bejeque*, o topónimos como *La Era de Mota*, *Lomito de Correa*, *Güines*, *Bejucal*, *Jaruco*...; son giros característicos del habla isleña expresiones como *desembarcar en Gando*, o *varios días con ese guineo*, o *yo ya había cogido los güiros*. La intencionalidad de destacar estos hechos lingüísticos no es otra que la de mostrar concomitancias entre Canarias e Hispanoamérica rastreables —ha explicitado el autor en una entrevista— en muchos autores de aquellos países, como Onetti, Otero Silva, Carpentier, Sábato, García Márquez...

IV

Luis León Barreto halla el tema de su novela en un documento periodístico que refleja un hecho real con muchas posibilidades, todas ellas positivas para un novelista: es sorprendente por su carácter reproducible, casi abyecto; es atractivo por las concomitancias mágicas que posee; es sugerente por las implicaciones socioculturales que guarda; es tentador porque puede estar enraizado en el pasado y a la vez entroncado con el presente; es apasionante porque, como hecho humano real y próximo, no puede ser considerado como ajeno. Es, en resumen, —como dice en

una ocasión el periodista de la novela, trasunto del autor—"un buen tema". Convencido del hecho, personalmente involucrado en el mismo, indaga en sus posibles raíces, ahonda en sus significaciones, reflexiona sobre sus ramificaciones presentes y futuras... y el documento trasciende sus vinculaciones reales para expandirse en alegoría y convertirse en mito.

Para la elaboración de ese mito en clave novelística, nuestro escritor busca asideros firmes y convincentes. Y acude a la historia de las islas, de Gran Canaria en particular, para darle base: en ella asienta a los Van der Walle que le servirán de hilo conductor desde la historia remota hasta la actual, y como protagonistas-testigos más o menos directos de episodios espléndidos y de hechos desgraciados: así —entre los primeros— el surgir de los ingenios azucareros, la gesta-epopeya de la resistencia a los piratas, la presencia isleña en la conquista americana; entre los segundos, las abundantes sequías, las epidemias, los procesos de la Inquisición, el lastre de la insularidad, cerrada y ahogadora. Para el espiritismo y la brujería acude al asidero de la interemigración Cuba-Canarias: ensamblando ficción y realidad convierte a "el cubano" —un emigrante que en las tierras caribeñas se inicia en la magia negra y queda *poseído* para siempre— en el principal encartado entre los presuntos culpables del proceso real. Para asir el mito a la realidad presente se presta el mismo autor oculto en la personalidad de otro periodista, Enrique López, que indaga —como él— en una isla cerrada, abandonada en la desidia y en la incultura; que pasea en una ciudad caótica, abigarrada de humanidad amorfa y de reclamos publicitarios; en una tierra, en fin, abundante en crónicas de sucesos novelables, pero de la cual la mejor salida es la del aeropuerto del que parte Enrique al final de la novela.

Pero la ficción alegórica que refleja esta novela, como mito humano que es, no puede dejar limitada su trascendencia a un entorno cerrado y concreto. Así ha de ser por principio. Así lo declara el autor encadenando su relato, capítulo a capítulo, a los valores culturales consagrados

mediante escogidas citas ensambladoras del significado profundo del texto en sí con el universo que representan: así Marín y Cubas refrenda el capítulo II, el histórico por excelencia; el Deuteronomio, San Lucas, San Justino, Pitágoras, presiden los capítulos rítmicos; Unamuno, Sábato y Yannis Ritsos los espacios narrativos destinados al proceso; Borges y Carlos Fuentes encabezan los espacios destinados a las andanzas de Enrique López por Madrid o Gran Canaria; un salmo de David, el "Miserere mei, Deus...", cierra las citas en el desesperanzado capítulo XIV. Presidiendo la novela, un texto de Antonio de Torquemada condensa significativamente el tema básico de la misma: "Muchas cosas han sucedido y suceden cada día en el mundo que sería temeridad pensar de llegar a lo último de lo secreto (...) y siempre habremos de pensar que nos queda alguna cosa encubierta".

V

Decíamos al comienzo de esta Introducción que *Las espiritistas de Telde* ocupa el *vértice central* de las novelas publicadas hasta ahora por Luis León Barreto. Y esto es así no sólo porque le corresponda ese lugar en el orden cronológico —que efectivamente le corresponde— sino porque significa culminación de una trayectoria y destacado punto de partida de un nuevo aspecto de la misma. También porque sigue siendo, en nuestra opinión, la más ambiciosa, rotunda y atractiva de sus obras.

Ha sido adaptada al teatro. Está siendo traducida al alemán. Muy pronto podremos verla en versión cinematográfica de Miguel Picazo.

YOLANDA ARENCIBIA

LAS ESPIRITISTAS DE TELDE

Muchas cosas han sucedido y suceden cada día en el mundo que sería temeridad pensar de llegar a lo último de lo secreto, aunque podamos sacar por el rastro parte de lo que hay en ellas; y siempre habremos de pensar que nos quedará alguna cosa encubierta.

ANTONIO DE TORQUEMADA (Siglo XVI)

CAPÍTULO UNO

UN DÍA DE NOVIEMBRE DE 1931

No haya entre vosotros quien pretenda purificar a su hijo o a su hija haciéndolo pasar por el fuego, ni quien consulte adivinos u observe sueños y augurios, ni quien sea hechicero o encantador, ni quien consulte a las pitonisas o adivinas, ni quien indague de los muertos la verdad. Porque todas esas cosas las abomina el Señor y por semejantes maldades Él exterminará estos pueblos.

(DEUTERONOMIO, XVIII, 10-12)

El reloj de péndulo marcaba las dos y media de la madrugada.

Nadie había abandonado los sitios de madera labrada, salvo en las dos horas de interrupción que concedió el presidente para el almuerzo y la cena.

—Por todo ello, señores, ¡pido la pena de muerte para las dos principales instigadoras de este abyecto crimen, doña Josefa Calderín y su hija Francisca Van der Walle!

El fiscal concluía su informe, dieciséis horas después de que el juicio comenzara.

La luz amarillenta de las bombillas dispone como una gasa, y de cuando en cuando se escucha el chirriar de los grillos, y entre uno y otro golpe de mar el viento remueve las adelfas y los ficus mientras los pescadores faenan por fuera de los antiguos varaderos de San Telmo, iluminados

con aquellas luces de carburo que eran como estrellas en el horizonte.

—El jurado tiene la palabra, pero medid el paso primero que dais en la justicia popular que nos ha traído nuestra República. No actúo, pues, como verdugo ni vengador de las tinieblas del pasado, sino como defensor de los estrictos derechos ciudadanos. Por eso pido que el peso de la ley caiga sobre estos seres iluminados que llevaron a la tumba a esa joven virginal en una noche de aquellarre.

Rígidlos, envarados en el cargo que estrenan, los hombres acusan la tensión de los testimonios de los señores psiquiatras, del cura y del alcalde, de los familiares más allegados, del propio presidente del Centro Republicano y otros testigos principales, así como las disgresiones de las defensas que ahora pasarán a rebatir esta horrible petición del fiscal, que levanta una vez más su dedo índice para recordar a los ocho jurados el inicuo martirio de la joven Ariadna, a manos de sus propios familiares.

Abejorros y mariposas noctámbulas se aglomeraban sobre aquella luz pálida: el viento arrecia hinchando las hojas de las palmeras, que bailan sobre los pilares de las fuentes danzas de encantamiento.

—Y ahora que ha sido restablecido el imperio del pueblo, recordad que esa justicia ejercida por los ciudadanos puros ha de ser ejemplar y efectiva. Es por eso que insistimos en solicitar castigo tan grave, pese a que las ejecuciones repugnan a los ideales del nuevo Estado.

Su palabra cascada y vehemente retumba en la sala repleta de hombres bien trajeados, aunque allá, en las últimas filas, hay incluso marinos y gentes del campo con el sombrero en la mano.

Tomaban nota junto al estrado los cronistas de la prensa local, que al mediodía esperan sacar una edición extraordinaria para recoger el fallo del proceso que puso en vilo a la isla. Había junto a ellos un corresponsal de Madrid y otro de Londres, tal era el relieve del caso, y todos apretujaban sus notas, garabatos taquigráficos, cuadernos apretados de frases calientes.

—Por todo ello, y teniendo en cuenta la suma gravedad de los hechos, pero —sobre todo— deseando aplicar un castigo que sirva de ejemplo para quienes trafican con la ignorancia, pido que sean ejecutadas en garrote vil, así como el internamiento en hospicio de las criaturas menores de edad que asisten a la causa, las señoritas Cristina y María del Pino Van der Walle Calderín.

Los ocho jurados y los dos suplentes que se hallaban a pocos metros miraron fijamente a aquel hombre de pequeña estatura, casi insignificante, de hombros caídos y manos huesudas, y les impresionó la brusca resonancia de su voz y la gravedad de su gesto cuando tomaba asiento tras inclinarse ante el presidente, que ya daba paso a los abogados; pero antes ordenó a los guardias de asalto que despertasen a las procesadas, pues de nuevo parecían haber caído en un largo sopor que las mantenía insensibles, ajenas.

—Los señores letrados de la defensa tienen la palabra —dijo.

El fallo no estaría dispuesto hasta cuatro horas más tarde, cuando el día ya despuntaba desde el mar, abriéndose como una boca entre el techo de nubes y una llovizna tan tenue que el viento la deshilachaba: gotitas tibias bajo el toque de los campaniles de las iglesias y las ermitas, cuando los rebaños cruzaban los arenales y el viento seguía arremolinando las dunas del istmo, y los esquilones de las cabras atraviesan el jable y el sol se levanta desde los trópicos.

CAPÍTULO DOS

LA FUNDACIÓN

Decían que Acorán era Dios, solo, eterno, omnipotente, y le adoraban en idea. Juraban por Magec, que es el sol. Decían ser sólo un Demonio, que padecía tormentos y fuegos eternos en la entrada de la tierra, llamada Gabiot. A los fantasmas llaman Majíos o hijos de Magec. Llamaban Tibicenas a las apariciones del Demonio.

TOMÁS ARIAS MARÍN Y CUBAS

Cuentan que Pieter Van der Walle era un judío prestamista que tenía su casa entre el palacio de los señores de Gruuthuse, la escribanía y el convento de las beguinas, en un pasadizo sombreado desde el que podía contemplarse un fragmento del gran canal y del puerto.

Desde allí sus bisabuelos habían visto llegar los bajeles con el ámbar de Prusia, el trigo báltico, la cerveza de Hamburgo, las pieles de Nóvgorod, la madera y el bacalao de Noruega, los terciopelos de Génova, los brocados de Venecia, las lanas de España, las especias de Oriente y el vino de Francia que, junto mismo a la torre del mercado, eran intercambiados entre sí y por los paños y encajes de la ciudad.

Sus antepasados fueron agentes de las grandes compañías financieras, de los Bardi y los Peruzzi, entre otros, hasta que se establecieron por su cuenta, lo que les permitió amasar una cierta fortuna, que hubiera sido de consideración

si el puerto no padeciese la acumulación de aluviones y la competencia de Gante y Amberes, pues los depósitos de limo del Zwyn iban desplazando la actividad portuaria en provecho de Damme y, sobre todo, de los puertos abiertos al mar.

Dicen que fue en L'Ecluse —aunque otros opinan que ocurrió en Zeebrugge, en Gante o incluso en Ostende— donde Pieter, que por entonces disimulaba su identidad como Pieter Vanderst debido a la persecución de que era objeto tras el desfalco de fondos del municipio sometidos a su custodia, vio desembarcar los primeros envíos de las Islas del Azúcar.

Tenía treinta y dos años cuando concibió el loco propósito de esconderse en las bodegas del velero, arrebujado entre los fardos vacíos, que así recaló en la ciudad de Sevilla, donde se hacía llamar Pedro Vandale y se titulaba súbdito fiel del emperador Carlos, nuestro Señor, que a la sazón era príncipe de los Países Bajos, rey de España y de Sicilia, y titular del Sacro Imperio Romano Germánico.

Lo vieron deambular desde La Lonja a la Puerta de La Almedilla, por el Hospicio y La Alameda de Hércules, por las murallas del Alcázar y el Palacio de las Dueñas, por la Casa de Pilatos y Las Sierpes, delante de los conventos, cuarteles y posadas, hasta que no lejos de La Giralda trabó amistad con María Vargas, que era pupila de la famosa casa de doña Lucinda Molina, a la que encandiló con un puñado de monedas que había salvado en su travesía bien cosidas en una faltriquera del jubón.

Tras semanas de holgar y comer fritangas, habiendo contemplado muchas tardes la actividad de los muelles, el embarque de la seda y la cerámica, el jabón y la pólvora, los toneles y abalorios, los juegos de cartas de la plaza de la catedral y —en ocasiones— las fiestas en que alanceaban toros y los lidiaban a caballo en las corralas, concibió en una larga vigilia el propósito de viajar a las islas del sur, que por entonces eran punto de enlace con las colonias recién ganadas del Nuevo Mundo y donde

había tierras a buen precio, según aseguraban los marinos de las naos.

María Vargas lo encoló hasta el punto que le propuso matrimonio y, como los deanes no consentían casarlo en público, y mucho menos en la catedral, hubo de hacerlo en Santa Ana, que le pareció iglesia oscura y vieja, pues no estaban sus ojos dispuestos a admirar su retablo a tal hora del alba, sin otros testigos que doña Lucinda y seis de sus oficiantes, inscribiéndose él como Pedro Vandale y su esposa como Josefina Aurelia Montañés, lo que fue posible merced a las últimas platas que había separado después de ajustar el pasaje en una nave que saldría con la próxima marea desde las rampas del Guadalquivir, en un día ventoso de abril, llevándose en los ojos la gallardía de la Torre de Oro, los fastuosos salones de los palacios, los espléndidos azulejos de los oratorios, las risueñas fontanas de los patios, el minarete de la gran mezquita, la fachada del ayuntamiento, los parques y las puertas de la ribera izquierda, así como las nuevas edificaciones que ya crecían en la otra margen del río, que era el barrio de Triana, dando señal de la pujanza de la villa el brío de los alarifes y el hormigueo de los comerciantes. Lloraba María Vargas, que era la señora Josefina Aurelia, natural de la localidad de Sigüenza, en Castilla, pues así quedaba escriturado en las partidas matrimoniales y en los registros del síndico, ante el que obtuvo licencias con sus doblones y escudos para ser tenido como personaje de sangre pura, cristiano de los reinos del norte y súbdito de Su Majestad ahora y siempre, para lo que fuese mandado en honor suyo y de la Santa Madre Iglesia de los católicos, de la que se consideraba amadísimo hijo y primer penitente.

Fue así que, tras diecisiete días de travesía azarosa por la sucesión de calmas y turbulencias, divisó Pedro Vandale—quien había acariciado ya la idea de recuperar su primitivo apellido en cuanto las circunstancias lo aconsejasen— el perfil de un campo de arenales rodeado de montes desnudos, casi tétricos por su marcada lividez y la ausencia de

árboles, y a unas tres millas de distancia, hacia el sur, adivinó una campiña más fértil con un pequeño castillo de apariencia redonda, que luego supo era el de San Pedro, y una muralla en dirección norte como un lienzo de piedra con baluartes a sus extremos, y le pareció pobre lugar si lo comparaba con la ciudad de Sevilla, pues no había de tener más de ochocientas casas debajo de los riscos, a las que sólo adornaban islotes de palmeras en las márgenes de un escaso río, a poca distancia de las obras de la catedral, que eran apenas un esqueleto, pues ni siquiera tenía concluido el crucero porque los caballeros eran remisos a pagar los diezmos de la orchilla y, a la amenaza de los corsarios y una sequía que agotó los nacientes, se añadió la discordia entre los distintos señores y una epidemia de cigarrón berberisco que devastó los cañaverales.

María Vargas suspiraba de dolor cuando la barcaza se aproximaba al desembarcadero reprochándole a su señor el haberla traído a tan vastos jables, a unas yermas areniscas más propias para que las habite el moro que el cristiano, mientras don Pedro contrataba unas caballerías para acercarse a la ciudad y examinarla a fondo antes de decidir qué rumbo podría tomar un prófugo sin muchos reales ni amistades que le guarecieran. Siendo hombre enérgico —y de ello podían dar fe los huesos del amante de María, a quien puso en fuga siete semanas antes— no llegó a dominarle el abatimiento, aunque por un momento le nubló la vista la limpidez de aquel cielo, y le golpeó la brisa que se arremolinaba desde Oriente sobre el paraje de dunas reverberantes al sol, y le pareció que le acogotaba el peso de la mañana tras la fatigosa travesía, aunque al punto ya estaba ajustando el precio con los palafreneros, que le mostraron unas mulas picadas por las moscas y servidas por sillas de cuero cuarteado por los años. Y, tras acomodar a doña Josefina, se puso en marcha y al punto la nave era un minúsculo paño de vela hinchado por el marismo, perdiéndose al extremo de la península de Las Isletas.

Dicen que llegó a observar por sus propios ojos el tapiz del ayuntamiento de Amberes en el que se representa al burgomaestre de la ciudad dando la bienvenida a los capitanes de los primeros navíos llegados con cargamentos de una tan excelsa pureza que enseguida se despertó el interés de los banqueros por importar mayores partidas para distribuir por el continente, pues las Islas Afortunadas producían una mejor calidad que las de Madeira en cuanto fructificaron las estacas que plantaron los propios maestros de Portugal.

Así, Pieter admiraba el realismo de la tela: examinaba la fila de edificios entre los que cuelgan los gallardetes de las naves y, en primer término, sobre los adoquines del muelle, una comitiva de las mejores gentes de la ciudad a espaldas de su alcalde, que adelanta la mano en busca de saludo de los jefes de la expedición y, detrás, como fondo, el buque con las bodegas repletas.

Fuere o no debida a Verhaert, la escena se dató en 1508, lo cual puede ser considerado inexacto, toda vez que el apogeo del tráfico —que duró hasta las luchas religiosas y la sublevación de las provincias del norte— debió producirse más tarde, hacia la mitad del siglo. Bien que lo sabían los agentes de Flandes, pues ellos mismos favorecieron la marcha de intermediarios que recibían datas de hasta veinte fanegadas en vez de las doce que constituyeron La Vega de Pieter Van der Walle, sobre el barranco principal de Telde, uno de los ingenios más prósperos de toda la isla, pues —según las datas que aparecen en los libros de la familia— pudo amortizar la deuda suscrita con don Pedro Jáimez en sólo siete años, y aun así se asoció con él en nuevas explotaciones de Tenoya y Agaete, junto con otras dos en la ciudad de Telde, en los lugares conocidos por Los Picachos y San José de Las Longueras, de tal modo que a su muerte —en 1593— el apogeo de la familia era considerable.

Los controles de los lealdores certificaban, año tras año, la benignidad de los azúcares, las mieles y remieles, las confituras y conservas de los ingenios de Pieter y su socio

Pedro Jáimez, y al poco vinieron mercaderes de Génova a competir con los de Amberes, y la isla fue una red de ingenios donde se amasaban las primeras fortunas. Al cabo de pocos años se concertaron los matrimonios, que fueron base de los mayorazgos y mayoríos de Tenerife, Gran Canaria y la isla de La Palma, con los centros de Adeje, Güímar, Arucas, Argual, Tazacorte, y Los Sauces, algunos de los cuales se mantuvieron en uso hasta bien entrado el siglo XIX, pese a que las Islas de la Fortuna —que habían desplazado a las de Madeira— se vieron, a su vez, destronadas por Cuba, donde arraigó Juan de Vendoval tras la condena que su padre le impuso en su última voluntad, en castigo por su escandalosa vida de mancebías, dilapidando la fortuna familiar en partidas de baraja y en hijos naturales, vicios que mantuvo en Cuba, por lo que al cabo de unos lustros los Vendoval eran gente del común.

Se asentaron, pues, en la isla familias que llegaron incluso a armar hombres de su pecunio para finalizar la conquista de Tenerife, que era la isla mayor y la de resistencia más arisca, así como artesanos y campesinos de Portugal, judeoconversos de Castilla y almocrebes de Madeira para el acarreo de la caña durante la zafra, cobrando cuarenta y ocho maravedís por caldera, además de dos medidas de retescumas y la remiel precisa para las bestias.

Trajeron también esclavos moriscos y negros, de Berbería y Guinea, para las tareas más duras, así como sudaneses que se reprodujeron y mezclaron con las gentes humildes y los calaveras como don Juan, al que contaron hasta nueve hijos mulatos de entre las esclavas de su padre, cuando la Ciudad Real de Las Palmas ya disponía de bachilleres y escribanos, obispo y canónigos, priores, chantres, tesoreros y arcedianos que supervisaban las obras de la santa iglesia catedral de Santa Ana, siempre erizadas de dificultades, pues ora había que redactar nuevos planos, ora que contratar a don Diego Alonso Motaude por sesenta doblas de salarios, ora a don Juan Palacios, que la dejó

imperfecta, en cuyo estado permaneció por cuatro siglos, pese a que ya la iban poblando capillas y reliquias como el casco de San Joaquín y la rótula de San Pancracio, amén de las fundaciones de La Antigua, San Pedro, San Francisco de Paula y otras hasta completar el número de once.

Otras veces encallaban las naos con esclavos para las Antillas, pilotadas por hombres que desconocían la trampa de los arrecifes y bajíos entre Gando y Melenara, y el resto lo compraban a los portugueses, o lo adquirían en las rapiñas de Costa de Oro, y todos eran diestros en el trapiche para el acarreo de la caña y los envases donde guardaban la cachaza y el guarapo para el refino, y se hacían cristianos y eran bautizados en la ceremonia del día de Corpus, y desde entonces recibieron el nombre y apellido que sus dueños quisieran darles, y con todo eran parcos y diligentes, por lo que les fue permitido recolectar cardones secos para las hogueras de San Juan, así como hacer los enramados del templo y el acompañamiento de las procesiones con sus danzas al son de cascabeles sujetos por tiras de balango en las piernas. Y cada primero de noviembre recorrían las calles estas comparsas haciendo sonar la esquila de ánimas.

Dícese, pues, que Pedro Vandale —quien ya fue, para siempre, Pedro Van der Walle— no fue importunado por las pesquisas del tribunal de la Santa Inquisición, pues lo primero que hizo tan pronto puso pie en el Real —que era ya cabeza del reino de las islas de Canarias por hallarse en él la seo, la casa del capitán general y la audiencia— fue hacerse ver de las más altas dignidades, a las que se presentó como colono de ilustre origen, aunque menguada hacienda, pero dispuesto a obtener concesión de alguna de las vegas que daban los mejores azúcares del mundo, para lo cual no dudaría en concertar sus servicios con los nobles descendientes de los conquistadores que disfrutaban los buenos lotes de tierras y acequias, o bien aprovecharía por poco precio los riscos donde crece el drago, el castaño, el nogal, el saúco, el áloe y la higuera, pues tenía conocimiento de que aun en el secano era posible obtener mu-

chas arrobas de frutos, ya que todas las plantas europeas y americanas podían germinar en el clima de las islas, que así había trascendido en su ciudad natal de Brujas. Y explicaba todo esto en lengua castellana, en la que ya tenía cierta desenvoltura por ser hombre despierto de juicio y tenaz en el aprendizaje.

Le acompañaba en sus diligencias doña Josefina Aurelia, que siempre causaba grata impresión en los caballeros por la verde claridad de sus ojos y lo generoso de sus escotes, desusados en las escasas damas que tenían vecindad en el recinto del Real, que por entonces se extendía apenas dentro de la portadilla de San José, hasta la muralla que de ella partía por la parte del sur con rumbo al mar, mientras que en el otro extremo la sitiaba el muro que salía del fuerte de Santa Ana —junto al que armaría después el espigón de San Telmo— y que sube hacia el castillo de Mata por la montaña que hay en su envés, que es el lomo de San Francisco, también fortificado con una batería, mientras que el Castillo de La Luz o principal de La Isleta resguardaba la parte del este y el torreón de San Pedro velaba la llanura del sur.

Se apresuraban los caballeros a sonreír y lisonjear a la dama, pues les maravillaba la diferencia de edad entre los esposos, ya que si don Pedro debía estar en los treinta y tres años, doña Josefina Aurelia apenas cubriría los diecinueve, y bien agraciado que era su rostro pese a que ella se acostumbrara a embadurnarlo de aceites. Placía a don Pedro este fervor que María Vargas fomentaba, pues tenía en sus planes utilizar sus encantos si fuera menester, en cuanto recompusiera la figura tras dar a luz al primogénito que ya guardaba en su vientre desde hacía tres meses, y contaba con abatir así las dificultades que pudieran presentarse hasta tener en su mano la cédula para alzar el primer ingenio junto al barranco mayor, en los terrenos que le había confiado como capataz don Pedro Jáimez de Sotomayor.

Parió una criatura que hubo de ser pasada como siememesina, pues en poder de los alguaciles obraba la fecha

de las nupcias en Sevilla y aún no se cumplía el tiempo que las mujeres han de guardar desde que toman estado, y a todos maravillaba la vitalidad del infante, el mechón rubianco de su pelo y los ojos tan azules que era difícil verlos en la isla. Fue bautizado en la pila verde de barro cocido, de loza sevillana con relieves florales y el águila bicéfala de los Austrias, que se hallaba en el interior de una reja de madera en la parroquia matriz de San Juan, y le pusieron el nombre del Bautista para mejor congraciarse con las gentes del lugar, que ya tenían en estima la diligencia del esposo y la gracia de la señora, aunque la asociaban con habladurías por las frecuentes visitas de don Pedro Jáimez con el pretexto de ajustar las cuentas de la hacienda.

Más sorpresa causó aún que al cabo de cinco años don Pedro recibiera la escritura de compraventa, declarada por tres mil doblones de oro, es decir, dos millones con cuatrocientos mil maravedís que dijo don Pedro Jáimez haber recibido al punto, con lo que acotó las doce fanegadas que corrían a lo largo de la ribera valiéndose de cercas de madera y espino, y les puso por nombre La Vega.

Aquel mismo año dio a luz doña Josefina al segundo y último hijo, pues la señora murió de parto cuando traía el tercero. Le pusieron por nombre don Nicolás y el vulgo se dio a decir que era el vivo retrato de su padrino don Pedro Jáimez, el protector de la buena estrella familiar hasta que los malos azares de la vida convirtieron a don Juan en un zagal aficionado a la baraja y los dados, así como a la carne de mujer y al ron, de modo que fue preciso darle un tercio de la hacienda y disponer su partida, y reemplazarlo en el gobierno de la casa por don Nicolás, que —en cambio— se presentaba como hombre de juicio capaz de enderezar las pesquisas que el Santo Oficio dióse en incoar por sospecha de que su padre hubiera actuado de enlace con los hugonotes y fuese síndico en las cofradías de Lutero que intentaba introducir en la isla, pues se tenía noticia de que habían entrado cincuenta ejemplares de la Confesión de Augsburgo y otros tantos de la Apología,

los Catecismos y la Fórmula de concordia. Pero don Nicolás supo demostrar que todo ello era producto de una campaña de infundios aventada por quienes se encelaban con el progreso de La Vega; hasta el infatigable don Pedro Ortiz de Funes y sus comisarios y oidores supieron reconocer que su padre era inocente de las acusaciones de actuar como enlace de los factores de las compañías comerciales de Flandes e Inglaterra, sin tener relación con Tomás Nichols ni con Eduardo Kingsmill ni con Juan Hilt, todos los que fueron juzgados severamente por esparcir la discordia.

Era tan valeroso don Nicolás, y deseaba hasta tal punto alejar las insidias que, siendo avisado de que la armada neerlandesa de Pedro Van der Doeze se proponía realizar un nuevo saqueo con nueve mil hombres de desembarco y setenta y tres embarcaciones de guerra y transporte, acudió presto al gobernador Álvaro ofreciéndose con la gente de su hacienda a defender la caleta de Santa Catalina en compañía del obispo don Francisco Martínez, el clero, los escribientes y los inquisidores, pues era preciso el concurso de todos contra los enemigos de la fe.

Así, en la amanecida del 26 de junio de 1599 comandaba don Nicolás una de las milicias de voluntarios que fueron diezmadas en los tres días siguientes en que, escaseando las balas, los isleños hubieron de fundirlas de plomo hasta que los cañones reventaron de tanto fuego como hicieron, y pese a que el licenciado Pamochamoso —a la sazón nombrado gobernador interino— elogió el arrojo de don Nicolás y los suyos, ordenó entregar el fuerte, ya que el enemigo había conseguido subir la loma, derribando las murallas y allanando las puertas de los castillos. Cuentan las crónicas que el propio alcaide Alfonso de Venegas, viendo la falta de artillería, arrojó las llaves como proyectil, después de lo que los canarios hubieron de adentrarse en los montes de lentisco que había por encima de la ciudad, a donde el almirante holandés mandó prisioneros con el encargo de negociar la entrega de cuatrocientos mil ducados en rescate, así como el reconocimiento de que las islas pasaban

a ser vasallas de los estados de Holanda y Zelanda, con el abono anual de diez mil pesos.

El día dos de julio, don Nicolás y los otros alféreces y regidores y los paisanos y los esclavos salieron al paso de las divisiones consiguiendo matarles ochenta hombres en la Cruz del Inglés, mientras el resto se precipitaba en fuga. Murieron otros despeñados desde los riscos del Dragónal, con lo que aquella misma noche el almirante promulgó la orden de retirada sin que pudieran embarcar otra cosa que alguna pieza de artillería, las campanas de la catedral, ciento cincuenta pipas de vino y varios cajones de azúcar, aunque aún redujeron a ceniza la iglesia de San Francisco, el peso de la harina, los graneros del pósito, el palacio del obispo, las casas del ayuntamiento y la audiencia, los archivos, las cárceles y cuarenta edificios de vecindad, así como la madera de los castillos de La Luz y Santa Ana, el monasterio de monjas de San Bernardo y el convento de Santo Domingo, donde moraba un súbdito neerlandés recluso de la Inquisición por el crimen de herejía, y que fue el primero en dar cebo a las llamas con brea y alquitrán, embarcándose con los suyos hacia Santo Tomé, donde lo malsano del clima arrebató la vida al almirante y buena parte de sus oficiales.

De todo ello sacó don Nicolás para los suyos la distinción de capitán honorario y la merced de contar con escudo familiar en el que añadiría una guarnición de cota y malla, con espada y rodela, del modo que puede comprobarse en la lápida de su sepulcro, junto al baptisterio de la iglesia de San Juan, donde celebró sus nupcias el año del Señor de 1601, a la edad de 43 años, con Eduvigis Múxica y Saavedra, de cuya unión nació el primogénito don Jácome Teótimo y tres hembras más que continuaron viviendo en las mansiones de la hacienda, enriquecida por el arte de arquitectos de Venecia que se dieron en disponer fontanas y paseos, estatuas de bronce, dovelas de granito y albercas de alabastro, pues los negocios seguían prosperando, ya que don Nicolás amplió La Vega en otras cinco fanegas, con lo que ya cumplía diecisiete, y una parte de ellas la

dedicó a la viña y al millo, y sus caldos fueron afamados incluso en la corte de Inglaterra, y su azúcar seguía siendo el de mayor dignidad de toda la isla, y la embarcaba en navíos ajustados por él mismo desde el abrigo de Gando. Era un hombre feliz viendo que el joven Jácome aceptaba de buen grado sus enseñanzas en el gobierno de las propiedades, y que sus tres hijas —doña Clarisa, doña Benedicta y doña Primitiva— ingresaban por propia voluntad en el convento de las bernardas descalzas, con lo que satisfacía por entero la voluntad del ejército y de la iglesia como perfecto hidalgo, muriendo en la paz del Señor el doce de agosto de 1631, a la edad de setenta y tres años, cuando ya había venido al mundo su nieto Aristeo, quien comandó la dinastía tras don Jácome hasta su muerte en 1710, trasladándola a don Nicéforo, quien, por haber resucitado la pasión en el juego que padecía su vicietatarabuelo don Juan, fue apartado de los negocios de la familia a manos de su hijo don Aristóbulo, a quien sucedió en el año 1760 don Eutiquio, pues ya los Van der Walle solían adoptar nombres con resonancias helénicas, y así nació en 1745 don Antero, y en 1778 don Edesio, y en 1810 don Everar Doroteo, y en 1839 don Eurípides, y en 1872 don Cayo Aurelio, y en 1905 don Jacinto María, y con ambos llega el fin de las trece generaciones de la familia.

Consumada, pues, en Ansite la rendición a las tropas del jerezano Pedro de Vera, éste —que ya era célebre por su crueldad— envió compañías de caballeros e infantes a ocupar los lugares de la isla, donde fundarían poblados bajo la advocación del Rey Nuestro Señor para su mejor gloria y servicio.

De este modo dispuso que marchasen hacia el sur los hombres de la Santa Hermandad de Andalucía, que eran gentes a caballo, con los capitanes Pedro de Santi Steban y Ordoño Bermúdez.

La ciudad nació cuando hicieron levantar una fortaleza de planta cuadrada, con cuatro torreones coronados de aspilleras para disparar a través de sus ranuras, así como un puente levadizo con foso circundante, pues era común esperar que luego de la conquista —al igual que ocurría en la Península en la lucha contra el moro— queden brotes levantiscos, por lo que se hace preciso alzar este vigía culminado con almenas y saeteras que ante los aborígenes supervivientes aparecerá también como lugar de oración pues, años después, será un campanario que corona la iglesia matriz de San Juan Bautista con su suelo grande para dar sepultura a los hombres de armas y de haciendas, a los curas arciprestes, a los deanes y a los dueños de los primeros trapiches, y con la explanada que reservan para los esclavos negros y moriscos, así como para los indigentes incapaces de ganarse con los diezmos el derecho a yacer en sagrado.

Fue, así, esa torre con su cobertura de cantería azul el guardián que descubrió las tentativas piratas que infestaron la costa durante siglos, y los incendios que devastaban las plantaciones, y las crecidas del barranco en las noches de temporal mientras el templo se ampliaba sobre la plaza y la alameda, con las capillas mayores y menores que le fueron dando rango de seo, tan esplendorosa o más que la catedral de Santa Ana.

El templo resultó híbrido, con reminiscencias moriscas que dan fe del arte de los maestros canteros, pues entre los trazos góticos del arco ojivo decorado con vástagos serpenteantes —hojas de acanto y figuras vegetales, estilizadas, que enlazan monstruosos cuerpos de ave, pelícanos, flores de cactus, minotauros, vampiros con cabeza de hombre— permanecen elementos románicos como el arco del fondo, ubicado sobre jambas y restantes que conforman el abocinado de la misma sobre mínimas columnas con capiteles de cubo rebajado y el adorno de hojas y frutos, amén de que una de las ménsulas —sobre la que reposan las archivoltas guarnecidas de besantes— está formada por un engendro con cabeza humana, tronco de arpa, trasero

de can y cola de uno de esos lagartos azules que debieron encontrar los castellanos oreándose al sol del mediodía.

Si el visitante penetra desde la puerta principal se da cuenta del aspecto sobrio pero luminoso del interior por los ventanos abiertos en los muros de las capillas y los colaterales, a través de un encaje de piedra de inspiración mudéjar. Observará el artesanado de tea del país arrancada a reliquias del pinar, que dieron una madera olorosa y dura como el ébano, techumbre que estuvo oculta muchos años por un enlucido de cañas y yeso, trabajado con pelo de cabra por creer que la cal ahuyentaría cualquier epidemia.

Además, si los arcos formeros de la central son de medio punto y se aposentan sobre columnas recias, en cambio, los transversales son trespuntados y tienen en su base pilares de baquetón. Cada uno deja ver su base y capitel, y se alongan las plantas hasta la clave de los arcos, y en la primera capilla se forman por hojas de acanto entre dos molduras; allá son cabezas cónicas entre molduradas y en la nave mayor son historiados con motivos bíblicos —la manzana con la serpiente, el Bautista, predicando al Mesías—, siendo conveniente anotar la alfarjía de notable porte como obra de los alarifes moriscos que no abandonaron la isla cuando Felipe III ordenó en 1609 la definitiva expulsión peninsular, por cuanto se hizo valer la circunstancia de que éstos no tenían parentesco con los moros de España, pues habían venido de las estribaciones del Atlas y construyen valiosos edificios, aran el campo y son cristianos de mucho cumplimiento, como han afirmado al defender la ciudad en las incursiones argelinas, dándose además el particular de que ninguno de ellos ha sido requerido en las cartas de excomunión.

Muchos años después se enconó el debate en torno a si fue don Pedro Van der Walle o, por el contrario, su segundo hijo don Nicolás quien ordenó traer de Brabante el magnífico retablo del altar mayor, la más valiosa joya del archipiélago según reputados investigadores, cuya complicación en el ornamento y la compostura de sus detalles,

lo pintoresco y ameno de la composición, la vestimenta de los personajes con múltiples filigranas, el tocado y calzón de gran realismo, la hacen provenir de aquella región, pues lo evidencian los doseletes de la parte alta de las escenas como el modo de disponer los ropajes, sus pliegues y ángulos.

Incluso opinaron que fue el hijo pródigo, don Juan —el desterrado a Cuba con nueve de los esclavos de su padre— quien, en pago de sus pecados, ordenó la compra de tan magnífica pieza, para lo que envió buenos centenes de oro, teoría que parece refutada hoy, puesto que tanto el bachiller don Pedro González como sus sucesores don Andrés Estévez Bernal, don Francisco de Cubas y don Diego de Flores, beneficiados que fueron de la parroquia entre 1586 y 1673, tuvieron ocasión de reclamar a don Juan y sus descendientes el cumplimiento de la cláusula establecida en el lecho de muerte por el fundador de la dinastía, sin que sus correos hallaran respuesta pese a las amenazas de excomunión.

Es más corriente, pues, la creencia de que fue don Nicolás quien trajo el retablo en uno de los navíos que regresaban tras llevar sus bodegas repletas de azúcar y vino a las tierras húmedas de Flandes, de donde vinieron tapices, paños y encajes de la mejor calidad, así como pintores que elaboraron retratos de las señorías de toda la isla, privilegio que no alcanzó a la rama espúrea que fundó a veinte leguas de la bahía de La Habana don Juan Vendoval.

Consideran, además, los expertos la magnificencia del conjunto labrado bajo el arco moldurado, que ondula más arriba de tres tramos de dos postigos con las escenas que los artistas de la época llamaron de Los Gozos de la Virgen, guardando el conjunto un tratamiento propio por lo abundoso de detalles. Y se maravillan ante las inscripciones latinas a cincel en las losas de mármol de los sepulcros que están delante de las capillas, a modo de cornucopias, y se sorprenden ante la disposición de esas laudas que ofrecen dificultad a los discípulos de la heráldica y la epi-

grafía por la frecuencia de insignias, timbres, divisas y emblemas, así como escudos de armas que son muestrario de la humana vanidad: yelmos y celadas, escudos de los capitanes de la Santa Hermandad y de los regidores y señores. Y se extrañan ante las señales en clave, signos ejecutados sólo en el intradós de las dovelas de los arcos de medio punto que pudieron tomarse gracias a los calcos, mostrando un bosque de cruces esvásticas y latinas, estrellas de cinco a diez puntas, círculos quebrados, cruces enjauladas por círculos, circunferencias sajas, palmeras y compases dentro de esferas, cuadrados y segmentos de líneas onduladas en combinación con arcos, puntas de flecha y trapecios.

Llegaron, sin embargo, a identificar casi cuarenta de esas contraseñas, marcas de inteligencia entre el picapedrero y el oficial asentador de los sillares labrados por aquél, pero también indicio de vínculo con cofradías secretas, marcas que no aparecen en fustes, basas ni capiteles, y sí en los sillares y arcos; escritura de los iniciados en la cábala y la Rosacruz, de los que hubo egregios representantes pese a lo reservado de sus arcanos.

Encontraron también una de las joyas de la familia: el testamento de Pieter Van der Walle, que don Cayo publicó en la memoria del archivo parroquial de 1902 —pues le placía tanto rebuscar en los legajos como darse a la invención de norias y poleas para subir el agua de los pozos, así como cruzar pájaros y recolectar bucios y estrellas de mar, aficiones que aprendió en los papeles del fundador— y lo reprodujeron por lo que ilustra sobre la personalidad del judío prestamista que vino con María Vargas:

«En el año del Señor de mil y quinientos noventa y tres, a veinte días del mes de octubre, yo, Pedro Van der Walle, natural que soy de la ciudad de Brujas, en Flandes, y vecino de la isla de Canaria, en la ciudad de Telde, dis-

pongo por ésta mi postrera voluntad ante el escribano don Jerónimo Gutiérrez, que suscribo hallándome postrado en mi hacienda, donde llaman La Vega, que es sobre el río y frente al poblado de Cendro. Y bajo mi total sometimiento al ilustrísimo señor don Luis de la Cueva y Benavides, gobernador y capitán general de este reino,

Digo y declaro que como cristiano viejo que soy, habiendo oído de la existencia de estas islas, concebí la idea de fundar aquí solar para los míos, y aprovechando el oficio de cuatro maestros que traje de las islas de Madeira, que son de la corte portuguesa y están al norte de éstas, mandé enclavar un ingenio para moler la caña de azúcar, que se da lozana,

Y al poco hice un aposento para vivir en el tiempo de molienda, y levanté una ermita para oír misa los días de fiesta, dedicada al señor San José, a quien tengo por mi abogado desde que casé con doña Josefina Aurelia Montañés y Macías, natural de Sigüenza, en Castilla,

Hacienda que compré a los herederos del capitán Pedro de Santi Steban, y la elegí junto al río por ser tierra apropiada para el vino, el trigo y los demás tesoros de la tierra, y preferí asentarme en Telde en vez de en Las Palmas, que es la capital, por parecerme lugar más plácido, ameno y de mejores aguas, habitado por gente aficionada a la tranquilidad en vez de a los litigios y disensiones del Real.

Y habiendo oído que mi hijo primogénito don Juan requiere una parte de los esclavos que he tenido a mis órdenes, pues quisiera trasladarse a la isla de Cuba, donde se están introduciendo colonos dedicados a la caña y al tabaco, antes de morir quiero dar cuenta de que autorizo a estos mis siervos llamados Bartolomé Gorgojo, negro; Antón Faneque, morisco de Berbería; Antonia Pérez, negra de Guinea igual que Bartolomé, Hernando y Pedro, que los tengo por entenados suyos, pues fueron hijos de Santiago, mi esclavo ya difunto; Julián Garita, también negro, así como Juan Ronquillo, que vino de Cabo Verde, y la otra que llamo Ernesta, a todos los cuales autorizo para

utilizar mis nombramientos y trasladarse al citado destino, por donde llaman Bahía de Matanzas,

Ítem, dispongo que mi primogénito reciba el tercio del producto de la casa de molienda y los edificios de aposentar altos y bajos, y los lugares de las calderas y sus diversos hornos así dispuestos, despensas y casas de hacer espumas, casas de esclavos y las que son para corral y leña, con el molino de pan, su ejido y canales, ruedas y ejes, prensas y cureñas, y todas las otras cosas y aparejos, con los cobres y herramientas grandes y menudas pertenecientes a la fabricación del azúcar, más las casas de purgar, las de refinar y las de mieles, así como las de piletas, los tanques de remiel y los cobres, amén de los porrones, faros, tinglados y otras pertenencias,

Mando que reciba la misma porción de los bernegales y dornajos, el alpende y mis colecciones de bucios, burgados y capirotes de raza, amén de las bestias acemilares y diez recuas de caballos, cada una de las mejores que se hallaren, separando otra parte para mi segundo hijo y la tercera para mi esposa, quien acatará las decisiones de don Nicolás para que la producción de la hacienda no merme,

Ítem, que antes de que emprendan viaje en las expediciones que la Corona envía a las Antillas se oficie de solemne en la susodicha ermita, y que se obligue a mi primogénito don Juan a levantar de su patrimonio una capilla en la iglesia del Bautista, que es el principal templo de la ciudad para que le ayude a expiar sus faltas,

Dispongo que lleve a dos de los mejores maestros que traje, pues harán lo conveniente para que germine el fruto, así como le prohíbo que use de los bienes particulares que aportó a la hacienda mi esposa, consistentes en su dote de una saya amarilla con tres revetones de terciopelo verde, otra presada con cuatro fajas de terciopelo encarnado, otra con un sayito rojo de puntas del mismo color con tres fajas carmesíes y seis más de tafetán negro, una saboyana y un jubón de holandablanca, otro

de telilla de oro con botones de plata y franjas de alquimia colorada,

Ítem, un cocete, una saboyana de seda y otra de Cambray, llana y blanca, y un capotillo guarnecido con pasamanos y un sombrero con cinta de oro, otro de terciopelo llano y otro más de fieltro, un par de chapines de terciopelo, otros dos dorados y seis negros, así como cuatro camisas con los pechos labrados, un bonetillo con piezas de plata y un escofión de seda labrada verde con hilo de oro, dos tocas de volante y un rosquillo de aljófares, una toca de seda labrada volante, tres de hilo delgado con cabestrillo de perlas y cuentas de oro con joya vidriada y corales en los extremos, un apretador de oro y diez anillos, cinco con piedra blanca preciosa y los otros veinte cuadrados labrados de red,

Mando, por último, que antes del viaje se celebre una procesión a la que ha de acudir la Cofradía de las Ánimas en la que me tengo inscrito, así como toda mi gente,

Y sintiendo próximo mi fin, les digo que el Día de la Asunción de Nuestra Señora deben darse a la parroquia los diezmos de toros, cabras, ovejas, quesos y trescientos cincuenta doblas, con cien almudes de trigo y cincuenta celemines de azúcar,

Y mando que mis esclavos marchen en la forma acostumbrada, tocando sus instrumentos y haciendo sus danzas, con el tamborino y los cascabeles, y que sean cumplidas las misas a mi memoria para que mi ánima se encuentre a los pies de Jesucristo Nuestro Señor, amén.»

CAPÍTULO TRES

UNA MAÑANA OSCURA

Era preciso que las cosas fueran inolvidables.

JORGE LUIS BORGES

El domingo doce de marzo de 1978 amaneció sobre Madrid una ventisca plomiza, el aliento helado de la sierra del Guadarrama que era como una última señal del invierno.

Enrique López despertó a las 9,40.

Por un instante sintió aquella sensación de los otros domingos, como si el sentido del deber le siguiera acucian-do aún hoy, su día libre, a levantarse igual que un resorte tras el timbrazo del despertador —las 7— para recordarle que aún es preciso llamar a Gloria, obligarle a echar en la almohada los últimos fragmentos de su sueño, pasar al lavabo bostezando, empezar a vestir al niño y recordar que hay que esperar tres minutos, tres, hasta que el agua sale bien caliente, apropiada para ducharse o hacerse un lavado de urgencia antes del desodorante y el maquillaje. El niño protesta porque el biberón está demasiado frío o demasiado caliente, le ponen la ropa mientras la Radio-Reloj va soltando noticias ya envejecidas por el trotar de los teletipos de la madrugada, acontecimientos lejanos a esa hora gris en que la ciudad se despereza de pronto y comienza a vomitar ríos de automóviles que protagonizan los primeros altercados; histéricas sabandijas de una ciudad alfombrada de desechos, cuatro millones de hormiguitas

corriendo hacia las bocas de los ferrocarriles subterráneos, el metro más sucio y feo del mundo, como sentenciaba Ramón, presumiendo de haber vivido un verano en Londres, de la cocina de la pizzería a Hyde Park; serpiente de utilitarios por la mañana de la M-30, desde Alcalá o hacia la Avenida de América, por Princesa o Recoletos, subiendo por Delicias o bajando desde Tetuán, penetrando en Moncloa o la carretera de Toledo desde los fantasmagóricos bloques de Vallecas, Aluche y San Blas; en la legión de madrugadores que abarrota el convoy antes del viacrucis de los trasbordos y los retrasos, máxime si hay avería o incluso accidente o si quedó inundado algún tramo por los aguaceros o, simplemente, si todo el mecanismo añoso se hubiese trasmutado en una amasijo de chatarra, astillas de plomo y latón por los cuatro costados de la ciudad que pone todos los días puertas al campo, arañando dentelladas de páramo, erigiendo torres para dar cama a los manchegos, andaluces y extremeños desahuciados que siguen haciendo tabla rasa del pasado para integrarse en el monstruo que les exclaustra o la periferia de las celdas en que se levantarán cuando el día no es sino velo de escarcha, y así la repetida odisea de correr con el gabán y la bufanda, siempre correr.

Pero no: afloja la primera tensión de sus músculos faciales y se relaja. Hoy es domingo y —aunque la tele balbuceó algo sobre las raíces del anticiclón tras el frente de grani-zo y aguanieve— la mañana es un revoltijo helado (cuatro o cinco grados) y el sol un disco blancuzco, y Gloria yace al lado doblando la almohada de aquella manera tan suya, el pelo teñido por las mechas rubias que se aplicó hace días.

Cae en el sopor del domingo tras el breve asalto amoroso de la noche, al término del telefilme en que el camionero de Oklahoma mostró la rectitud moral de los hom-bretones que están ahí mismo, en la base conjunta de Torrejón, con su propia emisora de radio, sus tiendas y su *ghetto*; el rubio Archie surca las autopistas de Chicago a Dakota y de Nuevo México a Buffalo, iluminado por

el bien; maniquea historia que Quique y Gloria contemplaron en el silencio del salón antes de que el uno penetrara en el otro cumpliendo así el rito premeditado del fin de semana, cansado de la paliza que supuso acercarse al Parque de Atracciones, el suplicio de atravesar la Gran Vía atestada de gente que va al cine, siguiendo por Alcalá tras Cibeles para virar en la Plaza de Roma, vulgo Manuel Becerra, bajando Doctor Esquerdo para llegar ahí, a la calle Fundadores, Madrid-28, que es más bien un pasadizo en esta zona donde la villa se pierde hacia los secarrales de la meseta.

Perra vida, pensó al acariciar el pelo de Gloria. Ésta se revolvió, y fue como si sintiera sus ojos marrones, la nariz respingona, sus labios finos, casi sin dibujo, las gudejas de cabello ocultando sus orejas, los senos pequeños pero prietos, las caderas estrechas, las manos nerviosas, el tornasol de su piel girando entre sus brazos.

Las 9,53: el niño reclama su desayuno, debe hacer horas que lloriquea y Gloria, indolente, se pone en pie, va a la cocina y Enrique al servicio para expulsar la bolsa de orín que ha venido conteniendo. Se mira al espejo, ve que sus ojeras han mejorado con respecto al día de ayer, aunque es posible que empeoren mañana. Entra en la cocina, está ya tibia la leche: añade la ración de azúcar y cacao en polvo.

—¿Qué hora es? —pregunta arrebujaada en el sueño, y Enrique grita que casi las diez, ya sabes que la carretera estará imposible aunque haga un día de perros, falta poco para que llegue tu hermano, el que hace COU en Béjar, que para aprovechar el puente se ha dado un paseo con los amigos, deseará verlo todo en un santiamén, desde Aranjuez a La Granja y desde El Pardo a Toledo para constatar el gusto que tuvieron los Borbones alzando copias de Versalles sobre el llano, las casitas del Príncipe, las salas capitulares y los salones chinoscos y los de pasos perdidos entre setos de boj y fuentes, el fasto de las Luces mientras el populacho de Castilla olvida cualquier ansia levantisca, enterrada la espada comunera en Villalar, pueblo

agazapado al socaire de revueltas y contrarreformas, cadalsos y conventos. Recuerda: los himnos del patio de recreo, Arriba España / alzad los brazos hijos / del pueblo español / que vuelve a resurgir / Gloria a la Patria / que supo seguir / sobre el azul del mar / el caminar del sol; canta bajo el relente o el solajero, pues sois soldados del mañana, vigías del glorioso amanecer que nos alumbra, torreones de la grandeza renovada, cimientos del régimen que urdió el viejo general en los remotos días de su destierro a las islas, desde donde llegó a la tierra del moro para azuzar a las criaturas del Rif en una nueva invasión de la yerma Península, solar de odios y abrojos, de crucificados y almas en pena, instaurando una definitiva Edad Media en el Finis-terrae de occidente, porque en la escuela de Pedraza, adosada a la capilla románica, se colaba la humedad por los poros de la pared remendada de adobe, pero aun así es preciso que los candidatos a flechas, a cadetes y jefes de centuria salgan al patio, la cabeza enhiesta, el brazo recto, la vista al cielo, tras escuchar la diatriba del profesor de Formación de Espíritu Nacional que les mantiene enardecidos con la camisa nueva / que tú bordaste en rojo ayer. Recuerda: buena formación si quieres la beca.

—¿Qué tal día hace, cariño? —preguntó desde su somnolencia mientras el pequeño sorbe con avidez la tetina y desde el patio interior que rodea la vivienda de apenas ochenta metros cuadrados llegan los rumores del domingo, el cansado ascensor que viene y va a las primeras misas, gente de orden, gente de mandamientos que, con el deber cumplido, se dispone a tomar cualquiera de las salidas que parten de la ciudad en la ilusión de que vuelven al origen. Pues al otro lado de las colinas y los repechos está el campanario donde anidan las cigüeñas y el riachuelo de aguas limpias, allá donde el aire es puro y las viejas conversan en los soportales, o bien se abrigan en el hogar bajo los techos de pizarra para revisar los viejos cuentos de ruinas y fantasmas.

Huyen por las vías nacionales que tienen su kilómetro cero en la Puerta del Sol, enervados, pisando el acelerador de sus vehículos de fabricación nacional a los que fuerzan a superar el límite de sus motores, la aguja raspando lo imposible cuando se sienten miembros de una raza de conquistadores, de hidalgos comidos por el hambre, pero dispuestos a ganar mundos para la causa de la cristiandad, de ilustres paniaguados prestos a ejercer las reformas que precisan las estructuras del país para que éste supere la cota de los dos mil dólares de renta, causando así la extrañeza de propios y extraños, en una nueva cruzada que haga respetable el nombre de la Patria después de los años de autarquía impuestos por el Caudillo al término de las hostilidades; pero acechad, pues el enemigo vive dentro de las murallas, la célula judía y masona aliada con Satán, manteneos alerta, abrid los ojos.

La sierpe de automóviles cruza los arroyos, las praderas y vaguadas en que plantan sementeras bajo la helada y el estiaje, los túmulos de piedra donde anidan los grajos aprovechando la corrosión de las villas en que asentaron abadías y conventos para que sus hijas penaran las culpas del pecado original, la soberbia y la pereza de sus vidas de plebeyos enriquecidos por la trashumancia de los ganados y el oro que nunca tuvieron; tierra ocre y negra por donde cruzan los regatos podridos junto a las capillas que se trocan en corral para la labranza, por los caminos que atravesaron los mozos siguiendo la luz de los oteros, por las sierras grises y blancas.

Viente donde crecen las vetas de zarzas y acacias, el espliego, el tomillo, el romero, las salvias, los lirios y cambrones espinosos, las bardanas y unas margaritas diminutas, y los cipreses que marcan la frontera de la muerte, culto que ocupó el tiempo preferente de sus bisabuelos. Haz de grietas profundas por donde se pierde el estornino ante las arcadas de los puentes: ahí viene la tropa del Cid hacia Levante, bajando desde Cardeña por las alcarrias, los alcotes, las almenas, las torres; ceñidas las lorigas y las enseñas, fruncida la cofia y el almófar caído a lo largo de las tierras

de pan llevar: atrás los palafrenes y las acémilas, los clérigos y los alcaides, los robledos tan tupidos que tocaban la bruma: hoy colgajo seco, momia.

—¿Qué tal día hace, cariño? —había preguntado sabiendo que la pregunta es inútil por cuanto hace malo; se equivocó el pronóstico, no vino un viento poderoso que barrierá el hollín húmedo de marzo, muy cubierto, con riesgo —a última hora— de chubascos o tormentas que serán de nieve y granizo en los sistemas montañosos, temperaturas bajas salvo en Andalucía y Canarias, donde todavía hay un cielo transparente como fue el de la villa, aire elemental de los lienzos de Velázquez, sólo comparable a la pureza de sus fuentes.

Dejan atrás Carabanchel, Villaverde, Canillas, Hortaleza, Fuencarral: poblados que se confunden con las ciudades-satélites donde fue a parar el aluvión de inmigrantes que dobló los censos en la década prodigiosa de los sesenta; todos entrando con su morral de miseria por Atocha y la estación del Norte sin querer recordar la imagen del pueblo que fue faro en los tiempos del moro y es sólo osario, guarida de culebras y espinas, muestra de la veta que exhibe jara donde hubo encinar y robledo, serrijones y pobres trigos, las vacías hoces, las colinas calmas, las besanas abatidas por el pedrisco y el bochorno; águilas y halcones guardando las espadañas y los cruces.

—¿Vendrá, por fin, tu hermano? —dijo cuando había terminado de afeitarse, sintiendo la caricia del agua que se lleva los restos de *ice blue*, las motas de espuma instantánea con lanolina que suaviza la piel, que la vuelve tersa, aaaaah. Supo —entonces— que Gloria se despereza; suena el teléfono una, dos, hasta seis veces el timbrazo que acaba por situarla en el plano de la realidad, en tanto él se aplica el champú que no acaba de resolver su problema pese a venir tan recomendado en los espacios publicitarios, el hombre-anuncio de ese *spot* en que se ve a los compañeros de oficina a punto de tomarse el cubata del mediodía, aplicados al análisis del increíble gol de Rubén Cano, del sensacional regate de Santillana: vociferantes, eufóricos, típicos

ejemplares de una raza vieja que es el cruce infinito de invasiones y despojos; *self-made men* que conducen rutilantes Chryslers o Citroën / Palas, ágiles, altos, seguros, hacia los pisos residenciales de las afueras, jóvenes fajadores que empujan hacia el sillón del consejo de administración, generación programada en IBM capaz de consolidar el milagro de la incorporación a Europa, territorio igualmente poblado por tecnócratas de cuello impoluto, blanqueada camisa por el enorme poder limpiador del último bio-detergente salido al mercado, alimentados sus bronquios por el aroma del nuevo doble filtro, sin nicotina ni alquitrán; elegantes en sus conjuntos de *sport*, ufanos, se deleitan ante el telecolor de Grandes Relatos, en el salón donde programan el crucero a Capri y Estambul para surcar el Mare Nostrum de los antepasados, tal como sugiere el telefilme de los viernes, o hacia las playas de Túnez y Marruecos, desde donde arribaron las hordas sagradas de Mahoma, o bien hacia el norte, a las tierras antaño dominadas de Flandes; la semilla que lleva en sí misma el germen de la discordia fratricida, *new generation* de la última postguerra que *supo seguir / sobre el azul del mar / el caminar del sol*.

—Cariño: era mi hermano, que ya viene —dijo Gloria desde la salita.

Salieron, por fin, a la mañana turbia del domingo: el 127 rojo enfiló Doctor Esquerdo arriba para girar Alcalá, deja a la espalda el barrio de Salamanca, a punto de ser convertido en zona de reserva de las muchedumbres imperiales más allá de las persianas bajas y los cortinajes.

Cruzaron la Plaza de Las Ventas (el mayor coso del mundo según la crítica oficial, pero debía de ser una de tantas mentiras amasadas por los años de triunfalismo y autarquía, pues a buen seguro en México D.F. o en Bogotá o en cualquiera de las nuevas metrópolis de Ultramar habrá plazas más vistosas) dejando a la izquierda los Jar-

dines de María Eva Duarte de Perón, el paseo de plátanos y castaños desnudos, los olmos y los sauces en el puro esqueleto de sus nervaduras porque la primavera viene con retraso.

Está ahí el parque en homenaje al dictador amigo, uno de tantos cadáveres de oro a los que la Madre Patria ofreció su regazo, la cama y fonda que este pueblo loquinario dispone cada año para treinta millones de alpargatados de más allá de los Pirineos; legión de visitantes que viene con lo puesto y pasará de largo ante los castillos derruidos, los puentes y acueductos, pues no aprecia la España de tierra adentro, el páramo donde reinan seres oscuros que desprecian la vida. Marchan, en cambio, a zambullirse en las aguas calientes, como en una cruzada puntual de agosto, mientras estos seres primitivos juegan a recordar los episodios de sus inquisiciones, su lucha contra el musulmán que les arrancó de las tinieblas medievales, sus guerrillas de cristianos que renuncian a todo para conseguir plaza en lo Alto, pueblo bárbaro que bebe la sangre del toro curtido por el sol y de madrugada extraerá el jugo agri dulce de esas walkirias que se marcan con la piel de Don Pelayo y de Abderramán y del judío Averroes y de Fray Luis de León y del Empecinado y de nuestro rey don Felipe II y de todos los que aún sueñan con las puertas del Edén, con las puertas de El Dorado, con las puertas del Cielo.

Salieron, pues, a la autopista de la muerte, sus confusas señales de acceso, los desvíos y carriles de aceleración. Bajan entre La Almudena y Fuente del Berro cruzando colonias y polígonos, el arrabal que se pierde por la Avenida del Mediterráneo, siempre hacia el escalón de miseria del sur, en el corazón bajo de Entrevías y Vallecas; hacen un quiebro por Las Carolinas, atrás el estrechamiento del Puente de los Tres Ojos, ya en busca de la N-401, escapando por el pasillo de bloques grises.

Ellos siguen circunvalando la ciudad, que es como una hondonada de arcillas entre los escarpes que suben desde la fortaleza del emir Muhammad I, conocida en los textos

árabes como Mayrit o Magerit, desde el fortín que vigilaba el río Manzanares, hoy vena de charcas infectas, cuajarones de cloaca, aluviones de larvas bajo los pomposos puentes del Rey, de Segovia, de Toledo y de los Franceses; los sillares de granito, los temples barrocos, las hornacinas. Saltan por los túneles, se dejan llevar por las flechas indicadoras, en el laberinto de indicaciones que han propiciado docenas de víctimas en esta vía de desalojo que ya nació muerta, cuando la vida era un puro colapso, un albañal vendido a la especulación más urgente para que fuesen arrasados los palacetes y corralas a cambio de hipermercados, galerías subterráneas y bosques de hormigón bajo el cielo plomizo de todos los días.

Van ya en el camino entre Leganés y Villaverde, pero antes dejan a la izquierda el poblado dirigido de Orcasitas y hacia Parla e Illescas —a través de serranías en que persisten cuencas de enebro y retama— se abre una pendiente en que malviven el barbecho y el olivo, el algodón y las forrajeras y las huertas, pero abajo el horizonte es apenas una mancha sepia, obnubilada por los terrajes de caliza, las fallas aluviales: allá yace Toledo, un paisaje de profecías.

Recordó, entonces, aquel día de Corpus, cuatro años atrás —quizá cinco— en el laberinto de callejas y escalones. Un haz de luces entre ventanas y balcones de tapices, reposteros y mantones, en medio del perfume sexual del tomillo, el cantueso, el romero y la lavanda. La gran custodia reverbera bajo el sol. El largo cortejo y luego la sangre en el tendido chato, sujeto a la furia de todos los vientos, mientras el sol arranca destellos de la piedra con que levantaron sinagogas y alcázares; estandartes, banderas y manteles, filas de niños danzantes con faldones de tiras bordadas, con sus trajes inmaculados de primera comunión, los acólitos de la catedral, la adoración nocturna, la escolanía de voces mixtas, los caballeros mozárabes con su uniforme azul-oro, los del Santo Sepulcro en rojo-blanco, los infanzones con sus túnicas rosadas y sus cuellos, el capítulo verde y los niños precediendo la custodia de Enrique de

Arfe, luces y sombras en las calles ingravidas, las basílicas y los pórticos donde ajusticiaban, las campiñas ocres junto al río que las envuelve. Avanzaban desde la Puerta de Bisagra hasta la bulliciosa Zocodover entre toldos y linternas eucarísticas.

Es mediodía cuando llegan ante las puertas de la ciudad de terrajes desvaídos, surcando la espesura de cipreses para entrar en el sepulcro de cien razas.

Desde la cristalera de la décima planta la ciudad es un bosque de tejados, chimeneas y buhardillas: abajo sigue su zapa la lombriz ruidosa del tráfico y aquí arriba la telaraña del aire sucio, un vaho que sube desde el tronco mismo de esos árboles.

El Paseo de la Castellana es una mezcla insoportable de palacios isabelinos y torres de aluminio, una muestra de la ciudad destrozada por la pista del momento en que el país dio la zancada hacia el coloso que levantaron los sucesivos gobiernos de agentes de Dios en la Tierra, el viejo general impulsando la estrategia de enfrentar a las palomas benditas con los valientes de la División Azul para que el país se motorice y se deje invadir por el turismo y exporte mano de obra y desahogue sus instintos en los coliseos del domingo.

El ronroneo del teletipo y los timbrazos de los teléfonos, el radiador caldeando el pequeño local en que se apiñan seis mesas con sus correspondientes máquinas de escribir; a la derecha la mampara que ubica el archivo fotográfico y la hemeroteca, a la izquierda el despacho del director.

—Buenos días a todos —dice Enrique cuando asoma desde la cristalera; dejó el abrigo junto a los lavabos, la piel enrojecida por el frío, el ademán inexpresivo de sus ojos, el cabello lacio, casi aceitunado.

—¿Qué pasó? Menuda paliza ayer ¿eh?

—¡Hombre, con un árbitro así, ya me dirás!

Se sienta, abre la mesa, extrae papel, echa una mirada hacia abajo:

—Sigue el fresco ¿eh?

—Ya lo creo —dice Ricardo Pereda, un santanderino que está en la cadena de publicaciones desde primera hora; entró como chico de los recados y acabó graduándose en la Escuela Oficial de Periodismo. Ahora vale tanto para un reportaje sobre la gastronomía vasca como para una información de cierre, o para coger el R-5 y plantarse carretera adelante en el pueblo donde está el tema humano: los pastores de montaña aislados por la nieve, la insólita penitencia de la tamborada de Aragón, una nueva campaña de ovnis en Murcia o la corrección de pruebas de la revista del hogar, de la revista de parapsicología, de la que está dedicada a la familia, que se van pariendo cada semana desde este piso con vistas al estadio Bernabéu, uno de tantos milagros del régimen.

—Pero yo sé de uno que se va a calentar pronto. ¿Te imaginas unas playas enormes con un sol riquísimo y unas chavalas de aquí te espero? —dice Santiago Areal, su vecino de mesa, especializado en temas de documentación.

—No caerá esa breva —responde Enrique cuando abre las gavetas, levanta la tapa de su máquina de escribir y coge la Hoja del Lunes para ver en qué lugar queda el Atlético. El noveno, ¡qué porquería!

—Pues habrá novedades, sí señor. Oye: que yo no te he dicho nada, ¿vale?

Media hora después recibió una llamada para pasar al despacho del director:

—Entra, siéntate. Tengo aquí las ponencias del segundo congreso de Brujología de San Sebastián. ¿Has estado en las Canarias alguna vez?

Aún sin reponerse, Enrique se limitó a decir que no; claro, nunca estuve, y en esta época debe ser una maravilla.

—Pues vas a ir. Mira aquí: el profesor Martínez del Real recoge un par de casos muy interesantes, basándose en sentencias del Tribunal Supremo. Una es de 1958 y otra de 1932. Esta última, que es la más interesante, dice que en el seno de una de las familias más importantes de la isla, venida a menos por distintas razones, «la pro-

cesada quiso expulsar del cuerpo de su hija un espíritu malo que la poseía, y mientras era sujeta por otras personas, ayudada por otra hija suya, la golpeó repetidas veces con un palo y la pinchó con una lezna hasta que la presunta endemoniada murió por un síncope.» Era la joven más hermosa de la casa, de unos veinte años. Aquí dice que ella misma deseaba su muerte, como expiación. ¿Qué te parece?

Estupendo, pensó Enrique.

—El asunto tuvo un enorme eco en la época, parece que consultaron a Jiménez de Asúa para el informe de la defensa —prosiguió el director, que había reposado la pipa sobre el cenicero y tamborileaba sus dedos—. Has de reconstruirlo todo; estamos en la era de las sagas, una cosa con garra para varias entregas. Y sabes que allí, como en Galicia, hay una verdadera cultura popular en torno al curanderismo y los asuntos de brujas.

Recibió el encargo de estarse diez días, hablar con la gente, remover la historia, sin olvidar que ahora mismo existen otros temas que pueden interesar: el asunto de los comandos independentistas entrenados en Argelia con la ETA, los bazares que controla la mafia de los hindúes, la droga y el turismo, y que no falte algo sobre el agua, que como no la hay parece que quieren transportarla en petroleros. Sin olvidar que allí se ven ovnis a diario, y se especula que tienen bases submarinas. Todo esto, relacionado con la teoría de la Atlántida, puede dar mucho juego. ¿No crees?

Enrique asentía, se limitaba a decir que sí, pensando en que aquella misma tarde haría las maletas y que a primera hora sacaría los billetes. Ha llegado la hora de conseguir un buen tema.

CAPÍTULO CUATRO

LA FAMILIA

*Ruina de volcán esta montaña
por la sed descarnada y tan desnuda
que la desolación contempla muda
de esta isla sufrida y ermitaña.*

*La mar, piadosa, con su espuma baña
las uñas de sus pies, y la esquinuda
camella rumia allí la aulaga ruda,
con cuatro patas colosal araña.*

*Pellas de gofio —pan en esqueleto—
forma a estos hombres, lo demás conducto;
y en este suelo de escorial, escueto,*

*y arraigado en las piedras, gris y enjuto,
como pasó el abuelo pasa el nieto:
sin hojas, dando sólo flor y fruto.*

MIGUEL DE UNAMUNO

—No temáis, dijo el hombre desde la tarima que estaba al extremo de la habitación.

Había un dosel y en su colgadura figuraba el emblema de los Hermanos, bajo una pantalla que expandía el brillo mortecino de una lámpara eléctrica, y era el lema un dibujo hecho en seda en el que se ven tres estrellas de ocho puntas en la parte superior, la más oscura, dentro de un triángulo que en realidad es como el ojo abierto de Dios

sobre la Tierra. Más abajo, dentro de una nueva estrella de ocho puntas —el ocho es el símbolo de la muerte, pero también de la reencarnación— hay un círculo con un sol que sobresale de las aguas quietas del mar y, en el semicírculo inferior, dos estrellas diminutas también de ocho puntas para dar paso, abajo, a una cinta que contiene los dos colores de la bandera nacional. Toda la habitación estaba cubierta de paño morado, casi negro.

—Repitan conmigo la oración, queridos hermanos, y verán que la Luz les cubrirá como un manto.

Así dijo, y luego dirigió el rezo que surgía igual que un clamor:

*Rompe tus cadenas.
Tu mente es tu yunque.
Que libera o embrutece.
No te aferres a tus delirios.
Pues tu meta es infinita.
Conócete a ti mismo.
Y dominarás el Universo,*

pues Todo en el Universo es Movimiento; Para la Gran Causa no puede acudir al análisis; El hombre es Dios porque es su obra; Pero el Dios que conoces es tu No Yo; Debes, pues, prescindir de tu No ser y hallarás a tu Ser, a tu Dios, el Todo de Todo, la Unidad del Entero. Con su voz tibia, persistente, lee la jaculatoria que repite Jacinto y detrás de él su propia madre, y Ariadna y Francisca, pues Cristina y María del Pino se quedaron jugando con su colección de muñecas articuladas dado que era imprudente impresionar sus mentes en estas primeras sesiones, aunque ello no excluía que más adelante pudiesen acudir todos los miembros de la familia, salvo el tonto de don Cayo Aurelio, que se encierra días enteros en su buhardilla para dibujar los planos de una bomba hidráulica que hará reventar en agua la cuenca de Tenteniguada, donde había comprado unos arrifes que apenas daban tuneras y cardos, y la tal bomba la copiaba de planos de Leonardo

da Vinci y la sala de máquinas de las fortificaciones que proyectó Torriani en su visita a Tamarán cuatro siglos antes.

Aún hallaría otras soluciones en los cartapacios comidos por las polillas del archivo de la catedral, y en ellas entremezclaba el diseño de la batisfera que vio en una revista de Londres con los bocetos del tranvía de Bruselas, los del motor diesel de inyección neumática y los del locomóvil, así como los del hidroplano de Fabre, y pensó aprovechar la fuerza del viento para mover las aspas en hélice del motor con que se proponía extraer la grandísima veta de agua que estaba debajo mismo de la iglesia de aquel pago cumbrero, pero ni los beneficiados ni los canónigos que conocía le aconsejaban la aventura habida cuenta —decían— del valor artístico del templo y, porque ya desconfiaban de sus luces, dieron cuenta de todo ello a doña Josefa, quien pareció escucharles atentamente en el salón de los pesados relojes, las cornucopias y los camafeos de amatista, bajo los hirsutos bigotes de don Everar Doroteo, que así lo pintaron: con su rostro cenizo y sus mejillas hundidas, con los ojos de almendra y el mentón saliente, con los mostachos a la germánica y las manos pálidas y translúcidas como si fueran de mujer, y desde la atalaya de los búcaros italianos paseaba su luenga figura por entre las sombras de don Pieter y don Nicolás —pues de don Juan no había quedado memoria alguna—, y de don Jácome Teótimo, y de don Eutiquio, y de don Antero, y de don Edesio, y de don Eurípides, y de don Aristeo, y de don Nicéforo, y de don Aristóbulo, pues el retrato del patriarca don Cayo Aurelio aún no había sido encargado, y difícil sería que llegase a compartir los honores del salón de los trofeos, ya que en las arcas apenas quedaba lo bastante para los criados que mantenían más por decoro que por otra cosa.

Clamaba en su parlamento, que se iba tornando vehementemente, y explicaba que la sabiduría no es otra cosa que Luz, igual que la Vida y la ciencia, porque en definitiva Luz es Dios y Dios es Luz; pero, desde que Cristo-

Dios y María-Dios tornaron a Ser, los humanos viven aislados, huérfanos de todo amor y sin vías posibles para comunicarse. Para eso, queridos cofrades, aquí les habla La Verdad.

Ariadna cree sentir, de nuevo, un irrefrenable deseo de vomitar sobre el piso de losetas que estuvieron refregando al amanecer, pues la morada del Rito debe estar libre de cualquier desecho impuro, y por eso regaron con zotal y agua de colonia antes de encender los incensarios en sus cuatro vértices.

Está ahora mejor, y él prosigue con su retahíla, ahora casi inaudible, en la que parece rezar el Yo Pecador después de empapar una compresa de harina de linaza y alcanfor para acercarla a las fosas nasales de Ariadna, que va recuperando el color, está ya dispuesta para escuchar la novísima doctrina que se propaga por todas las naciones de Europa y el Nuevo Mundo a una velocidad imparable, pues lo que aquí se cuenta no es sino el fruto de la Revelación al Arcano y Hermano Mayor, ejecutando así la voluntad divina, consciente e invisible, y por eso los Ángeles le iluminan en este gabinete en el que no penetra la luz del sol ni otro signo del mundo externo, sólo el conocimiento que es el soplo de la Teosofía o Ciencia Divina, ya que ella nos da el camino para la culminación según las doctrinas de los maestros Jacobo Böhme y Kerming, de cuya clarividencia se benefició el gran filósofo Kant, y así se prueba que los humanos son transmisores de una voluntad consciente e invisible que todo lo ordena y todo lo puede.

—Hermanos —dijo el hombre, luego de rociar por tres veces la pantalla de los símbolos con un hisopo mojado en agua y vino—, todo lo que os digo es por vuestro bien, pues mi único deseo es que vayáis asimilando los misterios de nuestra vida, que son los misterios del Ser en sus diferentes estadios. Pensad y medita, pues de ello depende el que lleguemos a la comunicación completa, que será posible en cuanto reine el Espíritu sobre la Materia.

Eran todos honrados y cumplidores con los deberes de Dios y la Santa Madre Iglesia, dijo el párroco en las declaraciones del proceso, y así lo refrendó a la vecindad más notable.

Era un ser extraordinario, repitieron en el juicio. Nunca se emborrachó ni anduvo en pendencies. No hacía vida disipada, fue uno de los fundadores de la Adoración Nocturna y estimulaba a las hermanas a rezar el rosario todas las noches del año, la sucesión de misterios de gozo, de dolor y de gloria, desde la encarnación del Verbo a la visitación de María a Santa Isabel, el nacimiento de Jesús, la purificación de la Virgen, el niño perdido y hallado en el templo, pasando a las aflicciones de la oración del Huerto, la flagelación, la coronación de espinas, el camino del Calvario y la Crucifixión, la Resurrección y subida a los cielos, la venida del Espíritu Santo y la Asunción de María, dividiendo la semana en la serie de lunes y jueves para el gozo por ser días blancos, poblados de luz; martes y viernes para el dolor, porque éstos son días de las fuerzas oscuras, así como los miércoles, sábados y domingos serán destinados a la gloria, dejando pasar las cuentas que son eslabones de la salvación, cadena de la indulgencia.

—Feliz año nuevo. Ningún alma oscura será con Dios. Arrepentíos si estáis en tinieblas —dijo Jacinto en la vigilia que hizo la Adoración Nocturna en la última noche de 1924. Desde el mediodía estaban los hermanos encerrados en la sacristía preparándose para comulgar justo cuando la medianoche rompa el año, y de pronto se puso en pie y salió a la plaza y comenzó a hablar sobre uno de los bancos:

—El que lleve la luz va camino del cielo. Quien lleve la oscuridad está condenado a servir a los seres de la mano izquierda.

Lo dijo a grandes voces, hincado de rodillas después de hacer el viacrucis en el interior de la iglesia, las catorce estaciones que recorren con sus plegarias mientras rememoran los pasos de las aflicciones del Salvador, ante las

que rezan las mismas letanías, predispuestos ya para recibir el cuerpo sacramentado que les hará penetrar en el nuevo año con total pureza, cantando el Himno Eucarístico en acción de gracias.

—En la corte celestial no entrará ningún alma que tenga manchas —insistió, y así lo relataba la prensa local años más tarde, en las primeras entrevistas con los personajes de la ciudad, para los que aquel joven seguía siendo un ser supremo al que recordaban con temor supersticioso porque su innata bondad le proporciona un aura de pureza, que a buen seguro intercederá por quienes siguen poblando la isla asolada por los ventarrones del desierto, y su espíritu es un penitente y su materia la intermediaria para quienes aguardan en esta tierra en la que nadie desea quedarse para siempre. Por eso se mortificaban con sacrificios y votos, y los seres de luz se posaban en él como las mariposas acuden a las flores que les ofrecen el mejor néctar; un hombre tan puro que jamás pronunció palabra más alta que otra, que nunca miró a una mujer con ojos de deseo, que no bebió copa de más, que no quiso ser una carga para su familia y por eso se puso a trabajar con los ingleses, aunque los Van der Walle eran todavía lo bastante ricos como para someterse a patrón, pero él era capaz de llevar la contabilidad de todo un almacén, los registros de la exportación de tomates, la conversión en libras, pintas, galones, millas, chelines, peniques y medias coronas.

Incluso entendía en su lengua a los gerentes del Bank of British West Africa Limited, que operaba en el Puerto de La Luz, en la luminosa oficina donde llegó a conocer a aquel joven mordaz, taciturno y carcomido por un mal tan invisible como luego habría de ser su propia tisis, el poeta Rafael Romero Quesada que por entonces era jefe de Cartera y con el que alguna vez conversó, oyéndole decir que estaba harto de cerrar aquellos balances, de llenar las cuadrículas del debe y del haber, de soportar la chufra de aquellos gordinflones que le apodaban Lord Byron, y por eso no sería extraño que abandonase su puesto de

siervo para emprender la huida de aquella isla de sol que raja los peñascos y de un mar que es una llanura venenosa, esa trampa de estrellas sobre los riscos pelados de Tamarán. Y sabía que no iba a ser largo su tormento, pues así lo anotaba en los versos que componía a hurtadillas en la propia oficina aquel hombre evejentado por dentro y cuya podredumbre era tan visible que apestaba, a cuya agonía asistió el 4 de noviembre de 1925, velando junto al poeta Saulo y un pabilo intermitente delante de una Virgen de la Soledad.

Desde entonces jamás volvió a la oficina, pues prefería ocuparse personalmente de las cuentas de La Vega hasta que éstas le hartaron y las cedió a doña Josefa.

Días después, el 15 de octubre de 1928, reanudaron los trabajos a las doce en punto del mediodía en el gabinete de ciento cuarenta y dos metros cuadrados sobre la calle de León y Castillo, que por entonces ya era la arteria más concurrida y ruidosa de la pequeña ciudad de poco más de setenta mil habitantes.

De vez en cuando llegaba, amortiguado, el trajín exterior: el cambio de guardia en la Comandancia de Marina, el paso de las tartanas con turistas, el chirriar del tranvía, los chispazos del trole y el traqueteo de los vagones aún descubiertos, pues no se marchaban los calores aquel año, y el tránsito de los solemnes Mercedes-Benz, Hispano-Suiza y Panhard-Levassor, así como los revolucionarios Peugeot y 5V Citroën, modelos de 1925 en su mayoría que protagonizaban alguna escaramuza por los accidentados caminos de la isla al cruzarse con los panzudos coches de hora, ómnibus capaces para dieciséis viajeros, pues ya los ingleses abrían pistas para comunicar los caseríos de la isla, y existía servicio con los pueblos de Telde, Arucas, Teror, Gáldar, Guía, Agaete y Las Vegas de San Mateo, y estaba a punto de caer bajo la picota el puente de piedra que trazó el obispo Verdugo sobre el antiguo río Guiniguada para dar paso a otro de una sola arcada; ya figuraba en el frontis de la catedral la lápida del maestro Luján Pérez que había conseguido rematar las obras, y Triana desplazaba

a Vegueta, que quedaba sumida en las tinieblas del pasado, y se edificaba a lo largo de la carretera del Puerto, y el barrio de Arenales contemplaba el experimento de la Ciudad-Jardín.

Habló en su traje de ceremonias el Arcano Mayor, con su toga de seda reluciente y el mandil amarillo, e insistía en su condena del Estado y de la Iglesia, pues si ésta esclaviza al hombre la otra condena al ser. Y nosotros, que somos los Enviados, los agentes de la Revelación, venimos a reivindicar el Ser en el Hombre. Y por eso sabemos que éste abandona con su muerte el reino de las tinieblas. Y para ayudarle a entrar en la Luz constituimos una fraternidad universal de seres iguales y libres que reconocen a un solo Dios.

Después mostró la prueba realizada la noche anterior tras una serie de comunicaciones con seres del más allá. Jacinto se interesó por la placa fotográfica que habían conseguido adhiriendo un cristal esmerilado sobre paño negro, y así quedó impregnado el rostro de Miguel Ángel, el genio de todas las artes, la silueta de su cuerpo astral que se fijó mediante el proceso reactivo de cierto líquido. Les avisó que el prodigio había ocurrido bien entrada la madrugada, cuando la pequeña ciudad de Las Palmas reposaba en la brisa, cerradas ya las casas de lenocinio de La Isleta, dormitando en sus bodegas los marinos que calmaron su sed en los vientres de las rameras reclutadas en el desierto majorero.

—Ésta es la señal de que los seres se materializan —dijo— pues vagan en los infinitos espacios los santos y los genios del arte, entre ellos Víctor Hugo y Beethoven, seres inmateriales que a veces se muestran esquivos y otras dejan prueba de su ingenio y fortaleza, de acuerdo con el grado de concentración de quienes los invocan y su conocimiento de los principios teosóficos, de las normas que presiden cada sesión.

En las últimas noches habían visto a San Ignacio de Loyola, que les bendecía e instaba a orar más, a San Juan Evangelista —que tenía al pie un águila de ojos glaucos—,

a La Magdalena arrepentida y a Judas, momento en que cortaron la comunicación porque los seres de sombras exigen una manipulación cuidadosa.

Eran las imágenes en principio borrosas, exigían mucha atención hasta que se iban perfilando con absoluta nitidez en el paño del altar. Eran como ráfagas de luz aquellos rostros que se detienen sólo unos segundos, que se van con la misma rapidez que el rayo hasta que regresan, bur-lones, y ellos permanecen de rodillas, los neófitos en los últimos lugares, sobrecogidos por la turbulencia del prodigio, adelante de otros a medida que conozcan la verdad que se encierra en el lema grabado en cada banco —Post Tenebras Spero Lucem—, síntesis de los textos que estudian de manera febril cada noche, en vigili-as que suelen alargar hasta el alba, pues ni Ariadna ni Francisca ni doña Josefa ni Jacinto María hacen otra cosa que estudiar a la luz de los quinqués y las bujías, y por eso han descuidado tanto la limpieza y el ornato de la ermita que levantó Pieter y reedificó Nicolás tras el incendio con mayor pompa, que yace solitaria y oscura en el camino de entrada a La Vega sin que hayan renovado las azucenas con las que cubrían el altar. Y por eso aparece cubierta de ortigas y grama la veredita.

—También debéis saber, hermanos, que en ocasiones es preciso castigar la materia con tal de salvar el alma, porque ésta, como esencia inmortal, tiene preferencia —dijo antes de mostrar lo que es preciso hacer cuando un mal espíritu, un alma errante, invade a un inocente.

—Bastará —añadió el Guía— unos ligeros golpes en las mejillas, que podrán ser más fuertes si persiste el ataque. Sólo utilizarán objetos de mayor consistencia, como una escoba o un palo, o de tipo punzante, como una aguja, si no cesa la perturbación, para mediante el castigo obligarlo a abandonar su presa.

Los otros escuchaban en silencio: explica también que en ocasiones un ser errante puede pasar de un cuerpo a otro, buscando la presa que sea más favorable para su

destrutivo fin, y en tales casos es preciso acudir con presteza para evitar males mayores, tratando por todos los medios de oponerse a sus fines.

Decía que la posesión suele comenzar con un profundo decaimiento, con la sensación de padecer un mariposeo en las venas así como ahogos intermitentes y un zumbido que se extiende por el organismo, que adormece los miembros y puede producir un síncope de funestas consecuencias, por lo que hay que aprovechar cualquier remedio: desde un balde de agua fría a golpear las mejillas y dar escobazos en las piernas y, si no queda otro remedio, pinchazos con objetos afilados para que, ante la sensación de dolor y espanto, la víctima quede liberada de la malsana influencia.

Es decir, que hay espíritus limpios, que van al reino del Padre, y otros turbios, mezquinos, que han de purificarse en el tiempo. Existen otros, en fin, tan negros y envilecidos que son almas en pena de adúlteras, ahorcados y asesinos, la peor calaña del género humano. Son irascibles, coléricos, capaces de dañar a los jóvenes porque éstos son más débiles que los adultos.

Así habló antes de hacer que Ariadna se acostase, bocarriba, sobre la mesa que hace de altar y, así, en posición de crucificada, recibiese las últimas invocaciones a manera de ejemplo: —¡Vete al infierno, perro maldito, que esta materia no es para ti!— gritaba para que las ánimas del purgatorio no se acercasen a estos novicios en los momentos iniciales de su experiencia.

—Reconoceréis —dijo por último— a los buenos seres de los malos, porque los primeros producen euforia y bienestar, inducen a la sonrisa y a las buenas obras y, en cambio, los segundos generan el mal estado del que os hablé.

Concluyeron los trabajos del día, y tras el besamanos habitual se despidieron. A la puerta les esperaba el taxi en el que se trasladaban a la ciudad cada tarde, todos los días salvo los domingos, pero en ocasiones también en éstos si se había programado alguna acción especial, como

entrar en contacto con familiares que se mostrasen propicios en el astral para así conocer los secretos de las trece generaciones de la familia.

La habitación a oscuras: apenas llega el eco de una caballería y el trasiego de los peones. Más tarde —a las seis en punto— suena la campana de San Gregorio llamando a misa de difuntos. Don Cayo Aurelio baja y antes de salir se santiguará tres veces con el agua bendita que robó ayer tarde de la pila que está frente al Cristo de la Buena Muerte, que reemplazará por otra fresca que conserve sus propiedades durante otras veinticuatro horas, y así la familia se sentirá protegida tal como aconsejó Francisca, que en las últimas semanas le encarga cosas peregrinas que ha de satisfacer so pena de que tire sus jaulas o revuelva los planos secretos de la bomba de agua, los rocíe de bencina y les aplique fuego, que así lo prometió si no traía agua fresca cada tarde y si no acudía a las misas del alba en San Gregorio.

Ella está vestida con enaguas que la cubren desde el cuello hasta la planta de los pies, en la cama en cuyas esquinas arden cirios ante los crucifijos, los rosarios y la imagen de San José que se libró de la ruina de la vieja ermita.

Francisca se agita, habla en un susurro que ahora rompe en chillido brusco, hiriente, hasta que de ese cuerpo inerte brota un vozarrón cascado, hombruno, mientras se agita en un frenesí que parece remover los pabilos en las escudillas de aceite.

—¿Quién eres tú? —le preguntan; la rodean y se persignan antes de besar los crucifijos.

—¿Tienes luz o sombra? —insisten.

Ella se contrae, se agita sobre el jergón de lana.

—¿Eres de la mano derecha o del infierno? —repiten cuando doblan a muerto en el barrio de Los Llanos.

Estaba muy cansado Jacinto, que apenas se levanta de su lecho salvo cuando Francisca lo requería, porque los médicos de Las Palmas no eran capaces de detener su mal y si unos le aconsejaban calcio con hidra-

cina, otros le recetaban hígado de bacalao, mucho reposo, emplastos y frotaciones para mayor desesperación de las hermanas, que veían cómo se les iba el niño entre las arcadas de la enfermedad pese a las promesas de Juan Camacho de que con los baños de mar y las ofrendas a los seres de luz se detendría el avance de la tuberculosis, las cavernas del pulmón que lo tenían resequido y macilento, los ojos hundidos, la voz congestionada entre toses.

—Seas quien seas te ordeno que respondas, ¡por Santiago el Mayor y los Santos Apóstoles! —dijo doña Josefa cuando Jacinto, Ariadna, Cristina, María del Pino y ella misma intentaban sujetarla por ambos brazos, tal es la fuerza que el ser desconocido imprime en el cuerpo de Francisca, como si un ciclón removiese sus vértebras. Juan Camacho rociaba el cuarto con agua de lavanda y esparcía incienso en las cuatro esquinas, pedía le trajeran la casulla, la estola y el azufre por si era preciso expulsarle ese demonio que la ha invadido; le acercaron la imagen de San José en su hornacina, colocó el pomo de agua bendita frente a ella, prendió cuatro cirios de gran tamaño y ordenó le quitaran la ropa y la frotasen con alcohol. También avisó que trajeran la cesta de costura con las agujas y las leznas por si fuesen precisas, y una escoba con palo de caña para golpearle en las piernas; mientras, se coloca a la cabecera, retuerce la cabellera de Francisca, que expulsa una baba viscosa.

—¡Sal, perro maldito! ¡Huye! —dijo después de dar pases magnéticos ante sus ojos entreabiertos, cubierta sólo con un camisón de muselina. Ordenó que le pusieran los brazos en cruz y el crucifijo de marfil en el pecho, y una lámpara de aceite en la palma de la mano derecha antes de bendecirla en el nombre del Padre, del Hijo y el Espíritu Santo, amén, rociándola con agua bendita al recitar la letanía: «Malos espíritus, malos seductores, salid a doscientas leguas de estos alrededores», que dijeron varias veces hasta que parece calmarse, pone los ojos en blanco, el desconocido se aleja de su lengua, limpian la saliva de entre los dientes

y Jacinto dice alabado sea Dios que la ha liberado, rezan el Credo y al final abre los ojos, la besan, ríen con ella. Está libre porque el mal ser se asustó al ver nuestra fe —rubricó Juan Camacho. Por eso ha preferido ir a posarse en otro cuerpo, lejos.

CAPÍTULO CINCO

LA BUSCA

Que no es nuestra lucha contra la sangre y la carne sino contra los principados, contra las potestades, contra los dominadores de este mundo tenebroso, contra los espíritus malos de los aires.

SAN PABLO (Efesios, VI, 12)

El DC-9 se zarandeo momentos después de que el piloto lo ladease: ahí abajo tienen las marismas de Huelva y la raya de Portugal. Se asomaban a las bocas del Atlántico a diez mil metros de altura entre las turbulencias y los reflejos del sol en el fuselaje, rompiendo el nubarrón mientras la azafata recuerda la advertencia de que usen los cinturones de seguridad por precaución suplementaria durante los próximos minutos, pueden seguir fumando si lo desean, y acto seguido escuchan la voz del comandante Requena advirtiéndole que allá tienen una temperatura de veintidós grados centígrados, los pronósticos auguran un buen disfrute de las playas en los días inmediatos, como es tradición en las Islas de la Fortuna desde el fondo mismo de su historia; ahora enlazaremos con el centro de control de Casablanca, vamos a seguir la estela de la costa marroquí hasta pasar los roquedales de las Islas Salvajes para aterrizar dentro de una hora y veinticinco minutos.

Lo primero que sintió cuando los motores ensordecían y, al fin, llegaba la escalerilla, fue una vaharada de aire

tibio, esponjoso, que venía envuelto en un destello de luz. Había sido preciso sobrevolar las urbanizaciones, las piscinas relampagueantes, los grupos de bungalows que parecían cajoncitos blancos, el campo de golf y una línea de espuma ceñida a una franja larguísima. Consumía su segundo whisky cuando vio islotes vegetales en los cerros y algunas palmeras del oasis que talaron junto a las charcas que eran punto de cruce de las aves migratorias, asfixiándose en el interior del incómodo avión repleto hasta los topes, soportando los efectos de la descompresión sin una brizna de aire.

Las seis treinta y cinco de la tarde tras ajustar su reloj una hora hacia atrás. El Honda Civic que le dieron en la oficina de alquiler se sumergió en la autovía a través de terrajes que parecían desprovistos de vida, sólo piteras y pajonales, los cortavientos esqueléticos, la funda de los invernaderos y los repechos de laderas incultivadas, las barranqueras de cardos, las colinas de granzón, el platanar sacudido por el viento junto a ese mar que tal vez guarda las murallas ciclópeas de un continente hundido, como sugirió él mismo en el número de noviembre interpretando los datos de los oceanográficos rusos, que incluso los publicó *El País*.

Vio también fragmentos de plástico, botellas, cartonajes y desechos, y luego las casas de colorines colgadas del risco y los bloques de San Cristóbal que intentan disimularlas. Cuando despertó sentía sobre sus párpados la sensación de una tenaza húmeda; salió a la ventana, hizo correr las cortinillas y vio frente a sí un trozo de agua color ceniza, picada por una ventolera que la hace chocar en los tetrápodos de la avenida. Le llegó el vapor de gasoil de las radas del puerto y vio delante del hotel hasta doce embarcaciones de distintas esloras, pero no contempló gaviotas ni otros pájaros marinos.

Vio que la ciudad es una franja alargada entre los escarpes y el agua, que se asoma al trajín de los pesqueros abarloados en los muelles —madriguera de herrajes, cubiertas carcomidas— y se encarama en lomos de jable y

se encandila por el fogaje de su cielo cuando no la cerca una panza de nubes desde el istmo hasta las márgenes donde fundaron el real de la conquista. Vio también las cumbres azules, cortadas a pico por los despeñamientos de antiguos aluviones, en los tiempos en que las frondas atraían las lluvias.

Despertó y se puso a repasar la lista de encargos que tendría que pasar por la aduana de Barajas: el tocadiscos, una radiocassette, las inevitables estatuillas que regatearía a los senegaleses en el paseo de Las Canteras, su cargamento de elefantes de ébano y rumiantes de palo rosa, todo ese material de baratijas que procura el cambulloneo del puerto franco, la garrafa de whisky, la picadura, los calados copiados en Hong-Kong y el ron legítimo de Cuba. Lo recordaba mientras se afeita y se aplica loción para entrar en el ascensor que deja oír la banda del hilo musical: seis, cinco, cuatro, encendiéndose la lucecita que da el orden de situación de las plantas del Hotel Iberia, dispuesto a enfrentar la calma de la mañana en que iniciará los tanteos, las llamadas en busca de pistas de la historia que será ofrecida en el número de mayo con una rotunda llamada en cubierta para dar paso a seis o siete páginas de material literario y gráfico, la más eficaz recreación de los sucesos del mes de abril de 1930, que desembocaron en un escandaloso proceso y una más llamativa sentencia para las presuntas torturadoras de una chica virgen de 20 años. Una exposición vendible que elevaría la cotización del redactor Enrique López, su primer aporte serio desde que obtuviera la licenciatura en Ciencias de la Información, el momento de superar los trabajos de menor cuantía sobre ovnis, parapsicología o narraciones especiales, así como la tarea de mejorar el estilo a los reportajes comprados a las agencias extranjeras, siempre traducidos en un lenguaje infame.

Recordaba, ahora, su último reportaje que —como era costumbre— salió sin su firma; trataba sobre las alteraciones de la personalidad y los fenómenos de posesión que —por increíble azar— podría ser un punto de partida para estudiar a Francisca a través del análisis de Anselme Ribot

sobre el caso de Félida Connor, así como el del doctor Morton Price en torno a las cuatro personalidades alternantes de Marta Beauchamp, o acaso fuese más lógico recordar los nueve tipos de médiums citados por Allan Kardec; es decir, el desarrollo de Hipolyte León Denizart, que en 1854 sentaba el principio de que los espíritus se comunican con los vivos a través de estas categorías de personas: 1) las de efecto físico porque mueven objetos, 2) las sensitivas, que *sienten* la presencia de los espíritus, 3) las que oyen su voz, 4) las que prestan su lengua para que ellos se expresen, 5) las que los ven, 6) las sonámbulas, 7) las que sanan, 8) las que realizan escrituras y dibujos automáticos, y, finalmente las que hablan lenguas extrañas, pues las reproducen por dictado del ser.

El mismo día había arreglado el informe que tituló: ¿EXISTE OTRA VIDA?, en el que comenzaba recordando la comunicación de las hermanas Fox en 1847, y después decía que desde antiguo se cree en la dualidad del cuerpo y el alma, así como en la existencia de un tercer principio —llamado «ka» por los egipcios, «cuerpo astral» por los teósofos y «periespíritu» por los especialistas modernos—, con lo que nos remontamos a la teoría de que el alma o parte incorruptible participa de la esencia divina, y el tercer elemento es una especie de fluido electromagnético encargado de conservar el alma en el cuerpo hasta que, con la muerte, la lleva por los espacios y es entonces, en esa erradumbre, cuando posee la facultad de manifestarse.

Escribió que la «ouiija» es ya un pasatiempo, pues el tablero permite no sólo obtener respuestas de seres fallecidos hace siglos, sino que incluso da ocasión para entrar en contacto con los extraterrestres. ¿Es la energía mental de los que «juegan» la responsable de todo ello?, se preguntaba.

¿Será que el hombre, asediado por un mundo en permanente caos, necesita confiar en mundos más puros, en paraísos perdidos, o quizá existe no una cuarta dimensión,

sino múltiples planos que escapan a nuestro cerebro, cuya capacidad sólo utilizamos en un quince por ciento?

Escribió que Friedrich Jürgenson, de Suecia, ha grabado más de seiscientas cintas con psicofonías. Por otra parte, el doctor norteamericano Raymond Moody estudió a más de ciento cincuenta seres en muerte clínica; sus investigaciones hablan de una brillante luz ante cuya presencia el moribundo revive su pasado, pero los rusos explican que se trata sólo de alucinaciones de un cerebro con poco riesgo. En otro orden de cosas, la psicóloga Edith Fiore demostró con hipnosis regresiva que sus pacientes pueden recordar sus vidas anteriores.

¿Simple fraude? —se preguntaba. Recordamos que el espiritismo, vigorosamente estructurado y jerarquizado, dio origen a una religión que aún siguen millones de seres, sobre todo en Vietnam: preconiza la fraternidad universal, toma la estructura católica —papa, cardenales, arzobispos— y celebra ceremonias de culto valiéndose de médiums que invocan a Buda y al propio Cristo.

Proseguía afirmando que la historia de la ciencia enseña que no siempre basta el sentido común, el espíritu cartesiano, para aprehender la realidad. Pero, cuando se trata de admitir que el propio hombre produce el ectoplasma y las materializaciones, la cosa es más compleja. En cuanto al transmisor ¿es el trance obra de su inconsciente? Parece que los testimonios invocados pueden explicarse por videncia, o conocimiento paranormal de un ser humano. Como ejemplo notable referiremos el caso, citado por Kant, de la visión del místico Swedenborg, quien —hallándose en Gotemburgo en 1759— observó y relató el incendio que asolaba a Estocolmo, a trescientos kilómetros. Tres años después, el propio Swedenborg quedó conmocionado en Amsterdam mientras veía cómo estrangulaban al zar Pedro III en su celda. Todo esto viene a refrendar que el hombre puede provocar energías desconocidas como las que originaron los estigmas de Teresa Neumann.

En síntesis: la civilización occidental se basa en el racionalismo, que sustituye a las creencias mágicas sin

abandonarlas del todo porque el hombre necesita del misterio, ya que su propia existencia es un enigma impenetrable.

Así concluía el informe, que fue dado en la doble plana central. Le felicitaron los amigos por la claridad, y ahora Enrique López —limpio, bienoliente— marcha al encuentro de la mañana que reluce en sus veinticinco grados centígrados, pone en marcha el coche, enfila la Avenida del Mar y ve que frente a la escollera de gigantescos bloques de cemento se extiende la balsa de océano, y al extremo de esa planicie grisazulada cruzan los petroleros. El mar anclado en la quilla de la tierra, quieto.

El Honda-Civic bajo el sol, carcomiéndole los brillos de su chapa, quedó a la entrada del camino de pedruscos por donde avanzó Enrique López, su Minolta recién comprada en un bazar indio, su magnetofón. Va como un lobo estepario por entre los cercados de plataneras y los restos de las acequias que surtían a los ingenios; sólo ve matojos entre los intersticios de las piedras, verodes en el dintel de las casonas abandonadas, lamparones de cal desprendida, arañazos en las vigas, boquetes en los tejados.

Al otro lado divisó los restos del convento de los franciscanos, deshabitado desde la amortización, con sus hueritos ya inservibles, los calvarios marcados en las calles pinas de Carreñas, Inés Chemida y Huertas; pasajes y travesías que parecen estar sólo concurridos por corujas y vencejos.

—Más alantito es la casa de los señores. ¿Y qué se le ofrece allí? —le miraba incrédulo el hombre sentado en un poyo del camino sin cesar de liar su cigarro junto al sacho, el cuchillo de mango labrado en su cintura, sus ojos desconfiados bajo el sombrero.

—Tenga cuidado, cristiano, que en esta tierra los muertos se comen a los vivos, y los vivos se comen entre sí.

Enrique se sobresaltó ante la extraña verborrea del agricultor que, pese al inicial recelo, parecía dispuesto a hacerle todas las confidencias del mundo, entre las paredes de piedra y las cantoneras.

—¿Quiere un cachimbazo, amigo? —le ofrecía su petaca de virginio cerca de donde corren las atarjeas de repar-to de agua, líquido precioso que miden en caudales de miseria —azadas, horas, dulas— y hablaba pausadamente, con esa misma indolencia del aire.

—Le digo yo a usted que poco bueno va a encontrar ahí —y veía Enrique el fondo del aljibe taponado por tuneras salvajes junto a la ermita que saquearon, algunas de cuyas tallas flamencas fueron a parar a manos de anticuarios de Londres, así como el tríptico atribuido a Van Dyck por ser tan similar al Niño Jesús que tiene la Virgen en su pecho con el que figura en la Virgen de las Perdices, aunque algunos críticos estiman que tal hurto artístico es común en la época por ser los niños modelos tan inquietos, y también los acetres y ampolletas, los cálices y copones, la custodia repujada, los incensarios y lámparas, los ciriales que pesaban más de veinte libras de plata con cinco onzas, las vinajeras y sacras doradas del siglo XVII, el crucifijo con sus brazos rematados en flor de lis, el esquilón y las candeleras del mismo material así como el San José y la diminuta imagen de Nuestra Señora Desposada, cuyo autor debió ser un tallista influenciado por el ambiente español que existía en los Países Bajos en tiempos de Felipe II, pues así lo atestigua el rostro ovalado y la frente amplia y despejada de la Virgen, que parece casi una gitana.

—Mire: desde que pasó la desgracia esa tierra no sirve ni para chochos —y le cuenta que el barranco penetró una noche de crecida hasta que abatió la casa del mayordomo y la noria de don Cayo Aurelio, cuyos restos yacen diseminados por la explanada, los cangilones comidos por el ferruje al igual que los fragmentos de la cadena y el engranaje que movía el tambor, al lado de la araucaria y los laureles de Indias que están en el centro del claro del jardín, y al otro extremo el lugar de las caballerizas que debieron ser muy animadas en la época de la recolección y el trasiego, pero donde sólo vio fragmentos de la barandilla que separaba el nido de camelias rojas de la rosaleda. Encontró cinabrio y verdín en un fragmento de

bronce que tal vez formó el basamento escultórico de algunas de las fuentes; quinientos metros hacia el naciente estaba la línea de chozas de los esclavos negros y moriscos, y los cobertizos de los camellos y las mulas. Creyó ver las hoces de la escarda y la siega, las sacas de acarreo para la molienda de la caña, las maderas crepitando para mantener encendidas las calderas y las mujeres que fabrican lejía, hilan o hacen albardas y amamantan a sus hijos que llevan media piel de don Nicolás, de don Jácome y de don Aristeo, pues sin duda fundaron dinastías de criollos como correspondía a su rango y condición en los buenos tiempos de La Vega, cuando la hacienda era un reducto de difícil acceso para los oficiales de justicia, pues entre sus muros reinaba el código del agasajo: telas y tapicerías de Ruán, Londres y Holanda, cofres labrados y carnes en salazón servían del mejor provecho para que los interdictos —por algún lance escandaloso de los jóvenes herederos, sus pependencias de taberna y sus ardides frente a maridos agraviados— se paralizasen.

—Ni para chochos. Fíjese que ni siquiera anidan aquí los pájaros —prosiguió lanzando un escupitajo turbio con las últimas briznas de tabaco, los brazos alongados sobre una pared divisoria y la vista perdida en algún punto lejano, sin mirar apenas al contertulio, observándolo de reojo mientras Enrique López permanece sin saber qué hacer.

Se santiguó al cruzar los muros de la ermita: nunca viene nadie por aquí, hay quien dice que esto está embrujado ¿sabe usted?, que ven luces y oyen suspiros a medianoche, y lo cierto es que la yerba que aquí se da ni sirve para las sabandijas, el agua no es sino una costra salina que mata las plantas, las plataneras que están lindando dan piñas de desecho, los calabacines se pasman, las judías salen negras y al millo lo pica el gusano. Esto dice el medianero que quizá lleve en sus venas la sangre que sembraron en sus mujeres de servicio, incluso pudo ser uno de los expósitos que recogían hasta que en 1917 —a la muerte de don Eurípides— la familia cerrara los hospicios que mantenían como legado establecido en el testamento

de don Edesio en 1852, cumpliendo con su voluntad por nueve más de los cincuenta años que había prescrito.

—Veneno, no hay sino veneno —dijo, y quién sabe si su propio padre alcanzó a ver las tribulaciones del venerable fundador de las dos casas de recogidos, sus penitencias en las hermandades del Nazareno y los Esclavos de la Divina Sangre del Viernes Santo, los cilicios y cadenas que arrastró por los callejones de San Francisco en las madrugadas de los días de la Pasión, sus pies llagados en sacrificio por las propias faltas y las de sus antepasados. Veneno, sólo veneno envolviendo las ruinas de la casona desvalijada hace muchos años, a la vera del barranco que hoy es un cauce de piedras lisas, pulidas por los aluviones del pasado.

Le impresiona el lento discurrir del aire, esa pachorra densa que apareció desde que desembarcara en Gando, en la capa plomiza de panza de burro que se forma a lo largo del litoral igual que una telaraña, en los gestos de los conductores y en el de los peatones que cruzan por cualquier parte, en la lasitud de los camareros y, en fin, en esa calma santa de un pueblo que parece indiferente a la proliferación de pintadas en las carreteras de la costa y de la cumbre —GODOS FUERA, MPAIAC— taponando las escasas indicaciones de los cruces, los discos de detención obligada, el firme difícil de las pistas que suben a Los Pechos, en la altura más destacada de la isla, en la atalaya desde donde se aprecia que ésta es una semiesfera cuarteada por las torrentías y enhebrada de picachos donde ya no crece el codeso ni el tagasaste ni la vinagrera ni la sabina ni el barbusano ni el amagante ni la estrelladera ni el til ni la bencomia ni el sacatero ni el tajinaste ni las fayas porque Tamarán está maldita y el dios de la lluvia no trae las nubes de vientre negro que, en cambio, revientan mar adentro, y por eso malvive el pinar de las repoblaciones que intentan borrar el carácter sahárigo de las estepas donde floreció la antigua laurisilva.

CAPÍTULO SEIS

LOS RITOS

Cuando un espíritu impuro sale de un hombre, recorre los lugares áridos buscando reposo, y no hallándolo, se dice: Volveré a la casa de donde salí; y viniendo, la encuentra barrida y aderezada. Entonces va y toma otros siete espíritus peores que él y, entrando, habitan allí, y vienen a ser las postrimerías de aquel hombre peores que los principios.

EVANGELIO DE SAN LUCAS, XI, 24-26

Así habló, antes de añadir que la Materia se emancipa del Espíritu por la reintegración del Ser y del No Ser al No Ser. Esto ocurre con la muerte, pero comoquiera que todos los humanos —a semejanza del Ser por antonomasia, el Creador— constituyen dos mitades de una unidad que, separadas, reciben el nombre de alma gemela y unidas constituyen el Ser, esto supone que mientras una mitad se encarna en el cuerpo, la otra vive en el astral y ambas desean complementarse a través de un camino de perfección que supone el avance al conocimiento de la verdad.

—Hermanos: el Doble Yo alerta y previene a su Ángel de la Guarda, pues cada uno tiene su Espíritu Protector según los sabios de nuestra ciencia, que es la auténtica para alcanzar la salvación. Y gracias a este mecanismo el Ser encarnado emerge del abismo de pasiones de la

carne que lo atrapa, mediante una comunicación subliminal: el hilo fluídico.

—¿Y por qué somos prisioneros y almas recluidas? —preguntó Jacinto María, vivamente interesado pese a que su rostro acusa los embates de la tisis; sentía ahogo por lo cerrado de la estancia y la persistencia del incienso, está débil por el escaso apetito de las últimas semanas, ahora se mantiene con hipofosfitos, pescado blanco, agua de yerbaluisa y pazote, que no otra cosa le apetece al estómago y al congestionado pecho, pues vienen los esputos, hierve en fiebre y la tos le asfixia. Sin embargo, hace tortura a su materia mortal para agrandar su espíritu, pues en verano ya había tenido importantes revelaciones en la Playa de Salinetas, en compañía de Juan Camacho, y es por eso que se siente con vocación para elevarse sobre la enfermedad, sobre las punzadas del tórax, sobre la disnea y la pus que expulsa con la flema matinal. Soporta las tribulaciones con tal de aproximarse a la enseñanza de la comunidad y, así, constituirse en uno de sus miembros más significativos pese a las dolencias del asma, que es lo que cree padecer tal como dijera Juan Camacho y, con ser achaque molesto, no es que nos haga bajar la guardia, ni mucho menos nos aparte del camino de perfección.

—Hijo: el saber alumbra tus dudas. Mira: el ser es alma luminosa, pero la unión de cuerpo y espíritu supone luz con sombra, pues si el espíritu mira al Supremo la materia se orienta a las cosas terrenas.

—Entonces ¿qué he de hacer?

—Mira esa llama de la cera: ella misma es tu vida, que se consume a pasos veloces. Pero una nueva luz se encenderá si alcanzas el saber antes que la muerte.

Sintió Ariadna un escalofrío que le cruzó las sienes; creyó que la desgracia se cebaría en la familia contra los cuidados que pone Juan Camacho en su mano, las largas caminatas, las infusiones de yerbas aromáticas y la exudación que le hace frente al brasero de hojas de eucaliptus. Ella misma estaba débil por la sangre menstrual y los intensos

cólicos que acompañaban el derrame. Por eso se contrajo cuando el Guía expone que para algunos la encarnación terrenal es el castigo impuesto por Dios al ser, aunque esto es falso, ya que el ente que se comunica con nosotros no está desencarnado y el médium es un ser elegido para hacernos vibrar con los chasquidos, señales e indicios que nos envían los seres del astral. Tú mismo podrás llegar a sentir ruidos y golpes de cuerpos duros sin que haya choque aparente, hasta verás representaciones que al común de los humanos resultan inapreciables, dialogarás con seres materializados que penan en los sótanos del Purgatorio hasta su liberación y te darán parte de su experiencia, y así serás más sabio.

Estaba revestido de un mantón violeta en el que se distinguía una multitud de estrellas de ocho puntas, y al frente usaba un mandil que refulge por el resplandor de los velones. Regularmente tomaba el hisopo de un cubo en el que han depositado agua de lluvia, vinagre, sal y tomillo, y rociaba así las esquinas de la sala mientras recita la lista de los nombres infernales a los que es preciso tener a raya en estas primeras fases de la iniciación, y así clamaba a Abaddón el exterminador, a Ahpuch el diablo maya, a Ahrimán el mazdeano, a Bafomet del Temple, a Beelzebub de las Moscas, a Damballa de la serpiente, a Hécate de los abismos, a Guayot el diablo guanche, a Mefistófeles el Fausto, a Metzli la azteca, a Moluch el fenicio, a Sekhmet la egipcia vengativa, a Shiva el hindú, a Tchort el ruso, a Thamuz el sumerio, a Thot el mago y, por último, a Yen-lo Wang de China. Y nombraba luego a los cuatro príncipes: a Satán, señor del sur y del fuego, a Lucifer, del naciente y el aire, a Belial del norte y, por último, a Leviatán que gobierna el poniente y es una sierpe surgida de las profundidades marinas, dioses todos de la mano izquierda que deben guardar reposo hasta ser llamados.

Seguía hablando con grave solemnidad desde la tarima. El segundo Hermano bendice una estola y la coloca sobre sus hombros. En ella va dibujada una cruz invertida, más

exactamente un símbolo que es coyunda de dos cruces superpuestas, la superior con brazos más recortados que la de abajo, asentadas ambas sobre un signo que parece un ocho acostado, quizá un antifaz, de manera que esta señal sobresale de un fondo en que se lee la palabra Fides en ribetes verdes.

Anuncia que va a proseguir el oficio de la palabra y para ello los catecúmenos ablandarán su mente, tomarán asiento en los reclinatorios y permanecerán, así, de rodillas, con la luz en su mano, fijando la vista en esa llamita que es tu existencia. Así entenderás que Dios habla a través de ti porque para llegar a Él serás capaz de despojarte de toda esa carga inservible y pútrida que es la materia, reconociéndolo: la Iglesia y el Estado viven atentos a la explotación del hombre, pues fomentan la oscuridad.

Venía del platanal una hendidura de luna y en el estanque croaban las ranas. Francisca estaba despierta cuando un manto de niebla oscureció las luces de Cendro.

Mucho tiempo después María del Pino habría de recordar, igual que una alucinación, el instante en que el primer animal hizo sonar la palanca y su chillido se le incrustó en las sienes. La rata estuvo tentando la trampa desde lejos, sin fiarse, como si desconfiara de la facilidad con que se le ofrecía el queso de flor que hacen por las medianías introduciendo esencia de cardo en la cuajada; el hocico olisqueando la presa y los ojillos que buscan en la penumbra mientras Francisca cae en los albores del sueño hasta que se fuga el desgarró que la pone en guardia, la rata pardusca vomitando sangre por sus fauces, con su lomo partido por la aguja que le rompe las costillas y le abre el paquete intestinal, chillando ahora que ella se acerca con el candil en alto, igual que una aparición en su enagua, el animal en sus últimas boqueadas, un hilillo de sangre por las losetas.

—¡Sal, perro maldito! —exclama; golpea con el rabo de la escoba, una y otra vez, pero el animal es sólo un bulto grisáceo y rojo, y ella le insta a levantarse y huir

por el postigo que abrió de par en par para cuando María del Pino la oye gritar por segunda vez: ¡Sal, perro!

Tenía que recordar por fuerza aquellas noches en que conseguía una, tres, hasta cinco piezas en las ratoneras que distribuía en los rincones más abandonados del desván; unas de pocos meses, esmirriadas, y otras gordas como liebres, personificaciones todas del Maligno, que sin duda pretende introducir la ruina en esta casa bendita, por lo que es justo someter a Satán, humillarlo en todas las encarnaciones de su ser, hacerle penar mil veces bajo los alambres finísimos de las trampas en que estas bestias caen una y otra vez, como si no fuesen capaces de aprender cuál es el árbol prohibido; una y otra madrugada llenando el espacio de carreras y alaridos, y ella lanzando escupitajos, pidiéndoles que hagan la maravilla de levantarse y huir, intactas.

—Hermanas, esta noche he atrapado tres veces al Maldito, démosle gracias a Cristo Jesús y al Señor Santiago y a San Juanito para que no nos abandonen sus divinas fuerzas y así podamos exterminar esta plaga —les dice cuando las despierta; bostezando, espabilándose, no han oído nada, responden, pero esta noche permaneceremos en vigilia y ofreceremos el sacrificio por la salud de nuestro hermano, para que el Divino Infante nos lo devuelva sano y los angelitos del púlpito y los huesos purificados por la gracia de los santos ministros que han gobernado la parroquia hasta hoy lo asistan en su dolor.

—Recemos —dijo dirigiéndose a la ermita, el juego de llaves tintineando en su cintura. Penetran en el santuario cuyas vidrieras han oscurecido con paños negros, sumido así en las tinieblas del sábado pascual, incluso las imágenes cubiertas de paño. Encienden docenas de velas en doble hilera, la de la izquierda para conjurar los seres del mal, y la derecha en inmolación a los del bien.

Se quitó el corsé y, con sólo una gasa como vestido, se dirigió al sagrario donde guardaban el gran cáliz. Hizo una triple genuflexión y descendió con parsimonia los escalones. Ordenó que se levantasen y se dispusieran a recibir

la eucaristía si están en gracia. Olvidaba la vinajera y retrocedió tras nuevas genuflexiones; roció las galletas que colmaban el copón de plata y oro labrado, y se dispuso al ofrecimiento.

Ellas también se desnudaban: ha de estar tu carne suelta, sin ligaduras ni presiones ni cuerpos extraños ni metales para mejor recibir el palpito de claridad que personifica el deseo de trascender más allá de la necia envoltura de la carne.

—El señor inmaculado desciende sobre nosotras.

—Amén.

—Santiago el Mayor nos proteja.

—Así sea.

Cada una recibió la hostia empapada de vinagre; ella se introdujo en el confesionario. Entre Cristina y María del Pino le aplicaron la estola, y la coronaron con un bonete rojo.

Después tomó el hisopo y lo introdujo en una bacinilla; lo agitó en su interior y se dispuso a marcar los puntos cardinales invocando a los evangelistas para que alejen a Satán del sur, a Lucifer del este, a Belial del norte y a Leviatán del poniente.

Ariadna agitaba la campanilla para reclamar concentración antes de apagar las luces de la izquierda. Entonces Francisca tomó un pergamino cuidadosamente atado y leyó:

—¡En nombre de Cristo, Rey de la Tierra, ordeno a las fuerzas de la oscuridad que nos libren de su influjo en el día de hoy!

—¡Amén! —replicaron, los cirios dispuestos en círculo protector, rodeándolas, delimitando la esfera.

Pide agua de la pila que hay en la entrada, la traen y Francisca va dejando un reguero de cruces; llega delante de cada una y les traza enormes cruces desde el cuello hasta el sexo. Se detiene en los senos, pronuncia oraciones en baja voz, fórmulas que son apenas un sollozo en sus labios.

—¡Cúbranse! —dijo de pronto; dirige la procesión por el interior del recinto cantando

*Veni, Creator Spiritus,
Mentes tuorum visita:
Imple superna gratia,
Quae tu creasti pectora*

pues están limpias de impurezas merced a las abluciones, el Santo Espíritu ha llenado de celestial felicidad las almas de sus siervas, pues os llaman Consolador, don del Altísimo, Fuente viva, Fuego, Caridad y Unción; Vos que dais los siete dones sois el dedo de la fortaleza del Padre, el Prometido que nos inspira lo correcto; encended con vuestra luz nuestros sentidos, infundid vuestro amor en nuestros corazones y fortaleced con perpetuo auxilio la debilidad de nuestra carne; Francisca dirigiéndolas como en un cortejo de tinieblas.

Se para de súbito.

—Ariadna, ¿por qué no cantas? —pregunta en un tono de voz que intenta ser de cariñosa reprensión.

—¿Crees que no hemos notado que apenas participas en los ritos?

Palidece al sentir la fijeza de sus ojos como dos tizones lívidos. Apenas consigue hablar.

—Perdón, hermanas: siento mareos. Debe ser porque apenas cenamos anoche —replica.

—¡Impostora! —se eleva en falsete, continúa recriminándola, hunde el acero de sus pupilas en lo más profundo de sus vísceras: —Eres distinta a nosotras, tienes un nombre impuro, tú misma eres impura; han detenido la procesión y ahora la envuelven y zahieren, la sitian; alongan el recipiente donde guardan los orines y vierten su contenido en un gánigo, la escupen cuando arrojan ese líquido ácido sobre su cabeza, le mandan fregar el suelo, tendrá que purificar su cuerpo en el dornajo de las bestias.

Francisca y las otras se han acercado al lecho de su madre, la despiertan, le informan de los devaneos de Ariadna, de cómo ha interrumpido los maitines y de qué manera

ha dejado de ser grata a los ojos del Señor, de su osadía al dejar de cantar el Veni Creator y su blasfemia al recibir la eucaristía sin hallarse en paz, con cuyos precedentes sería aconsejable aislarla durante tres noches, quizá en el sótano, en el viejo aljibe o en alguna de las cuevas donde habitaron los aborígenes al otro lado del barranco, en las que todavía es fácil encontrar restos de betilos, piedras toscamente talladas, aras de la fecundidad así como agujas, espátulas, punzones, dardos, anzuelos, figuras de animales, conchas, semillas perforadas que destinaban al adorno y plumas para el tocado, piedras pulimentadas, morteros, raspadores, molinos de mano, pintaderas y vestidos de palma y pieles que cosían con tendones de cabra y fibras, pues hay una red de cuevas decoradas a base de bandas en zigzag, círculos y rombos de color, triángulos que solían grabar en sus cuerpos como motivo de fiesta, quizá para acompañar la fiesta del beñesmén, que es en estío cuando el sol entra en Capricornio.

—Hagan lo que sea preciso, hijas mías, para que vuelva a ser grata a los ojos del Señor —dijo mientras sus hijas rodean el lecho y en la habitación del extremo del pasillo carraspea don Cayo Aurelio, al que habían condenado al más completo aislamiento coincidiendo con la embolia que lo dejó medio paralítico, desecho de una familia que ya no tendrá continuidad a no ser que Jacinto sobreviva a sus males, de los que apenas siente mejoría pese a los remedios que prescribe Juan Camacho en las veladas que pasa a su cabecera, un Jacinto cada día más macilento, devorado por la fiebre y ahogado por los esputos, la piel cetrina, la respiración acompañada de una cadena de silbos y ruidos, los miembros flácidos y la voz ronca cuando es capaz de articularla; la tisis golpeando al primogénito destinado a rescatar las glorias de la familia mediante su enlace con la heredera del Marqués de la Cebada, con la sobrina del señor Conde o, cuando menos, con alguna de las pupilas de las casas principales, que por entonces recibían educación de institutrices inglesas, pues Jacinto es sin duda un ser excepcional, de tez trigüeña, ojos claros,

cejas bien formadas, hombros robustos, incapaz de doblegarse a la afición que los isleños tienen al aguardiente de caña, así como a las riñas de gallos y otras pendencias que hubieran pasado como propias de sus años. En cambio, se ha volcado en los estudios de teosofía junto a destacados médicos, abogados, oficiales de graduación y damas de las cofradías piadosas, pues todos frecuentan La Fe, la Esperanza y la Fraternidad desde que abriera sus puertas como sociedad de meditación reconocida por el gobierno de su Majestad.

—Hagan lo que convenga, hijas mías.

Lo repitió desde el lecho. Luego volvió el rostro hacia la imagen del Sagrado Corazón que preside la estancia, la gran cama de caoba, los cortinajes y la mesa de cedro en que se depositan diez rosarios en preciosos relicarios que guardan relación con alguna gran efemérides de la familia.

Fija su mirada en el techo, en la araña de cristal y pedrería ennegrecida por las moscas y la maraña de parásitos que se introducen por las hendijas, incluso algún perenquén que escala los parrales del patio, las jaulas de los pájaros con sus crías, los bernegales chatos y sus matas de culantrillo, las de flor de mundo y los hibiscos.

—Madre: es posible que ella esté invadida por un ejército de seres negativos.

Habla Francisca desde el silencio cómplice de las hermanas, quietas como estatuas.

Dejan, como siempre, que lleve la iniciativa, marque los rituales y les ponga fin, actúe como sacerdotisa en las ceremonias de comunicación con el más allá, sea la médium capaz de transmitir los mensajes y las peticiones de quienes aún no alcanzaron la iluminación, de las almas en pena que vagan en los limbos de la nada, que se devoran de melancolía privadas como están de la presencia del Altísimo, que moran los albergues aledaños al propio infierno; seres atribulados que perdieron su piel y la claridad de sus ojos, sentenciados a vagar por las regiones infinitas del éter antes de ser requeridos al divino juicio del Padre,

al perdón del Hijo, a la complacencia del Santo Espíritu que es como un reflejo del Padre y el Hijo.

—Sí, mi niña, yo lo sé. Y tengo el costado herido por un puñal, por un aguijón de alumbre igual que el de la Dolorosa, que esa es la pena que me tiene postrada, ciega y sorda a las noticias del mundo —les dice casi en un quejido, su frente poblada de sudor, suelto su pelo cano, cruzados los brazos sobre el pecho.

Ese susurro: hagan algo, mis hijas; hagan algo.

CAPÍTULO SIETE

LAS DESGRACIAS

Los ángeles se apareaban con las mujeres, y de esas uniones salían demonios. Tales demonios introdujeron el mal en el espíritu de los hombres, no sólo la voluptuosidad, sino también el asesinato, la guerra y todos los demás vicios.

SAN JUSTINO (105-165 d. C.)

Están doblando, pensó don Cayo Aurelio al escuchar el toque grave, espaciado, de la campana que reservan para las honras fúnebres tanto al crepúsculo como a la prima, pues los enterramientos vienen a horas muy dispares, sobre todo para quienes —por caridad— han de usar el ataúd prestado por el ayuntamiento y los que llegan de lejos en parihuelas.

Se incorporó apenas pero no tuvo confirmación de los gemidos que creyó escuchar. Luego alzó sus espaldas gracias al bastón con empuñadura de marfil que le había legado su padre don Eurípides, uno de los pocos objetos que se salvaron de su pasión por las cartas, de las partidas en que se jugó los caballos de la cuadra, los cofres de Flandes, los criados, las gallinas y las jaulas de pinzones y canarios una vez que le habían desplumado de los monedas que llevaba encima, que por entonces La Vega perdió buena parte de los tesoros del pasado, y hasta los cimientos perdiera de no ser tanto el celo de doña Amalia, afanada en esconder los cuadros, las joyas y tapices. Pero apenas

conseguía con sus salmodias enderezar el rumbo de la casa, ni diligenciar a los capataces, ni obtener mejor rendimiento del tabaco y la cochinilla, que eran las ocupaciones principales de la hacienda en aquellos años mientras don Eurípides vivía tan ofuscado que se pasaba las noches de claro en claro en interminables convites, siendo preciso alcanzarle la comida a la mesa de juego, por lo que cuando llegaba a La Vega traía un tufo de bebida y de mujeres, según creía su esposa, y crecieron las penalidades hasta el punto de que tanto Cayo Aurelio como Timoteo, María Eduvigis y Marcelino habían de pasar temporadas a cuidado de los medianeros en los cortijos de la cumbre comiendo potajes de jaramagos con gofio, queso de oveja, tocino de la matazón y tunos secos al sol, y sólo retornó el primogénito porque Marcelino murió de viruela, Timoteo embarcó para América antes de que le pillara la Guardia Civil y María Eduvigis casó con un notario de Barcelona que plantó su despacho en la ciudad, y al cabo del tiempo tuvo casa en Las Ramblas y nunca pisó de nuevo la isla.

Se lavó en el aguamanil y se aplicó un poco de agua florida en las sienes. Están doblando, pensó al oír de nuevo el tañido de la campana mayor, que fue regalo de su bisabuelo don Edesio a raíz de la epidemia del cólera, de la que sobrevivió unos meses hasta que le repitió la angina de pecho a la edad de setenta y cuatro años, cuando la isla sucumbía bajo el morbo, y la agricultura, las artes, el comercio y la industria se extinguieron, pues los buques eran sometidos a una cuarentena tenaz. Nadie osó aproximarse a estas maldiciones, y la familia se defendió revendiendo al señor Conde el caudal de aguas de su heredamiento, que había menguado a sólo tres azadas y media al día, y dedicaron La Vega a cultivos de secano como garbanzos, chícharos, arvejas y lino que reducían a lienzo las mujeres para dar vestido a la vecindad mientras caían las víctimas con general quebranto y sensación de debilidad en todo el cuerpo, vahídos que acompañan un profundo dolor de cabeza, turbidez de vista, vientre inflado y doloroso, ruido de tripas, vómitos y evacuaciones difíciles

amén de arrojaduras que dejan el cuerpo agarrotado, los dedos y las articulaciones como garfios, la piel convertida en un tegumento azulino y el resuello agitado, la cefalea creciendo como una hidra, los pómulos salientes, los ojos atrofiados y lívidos; los cuerpos que se agotan entre expulsiones penetrantes y cólicos de abdomen, atormentados por la sed, y el corazón incapaz de mover la sanguinolencia negruzca, espesa, en que se ha convertido la sangre, sin que las rogativas ni las pócimas ni las yerbas guisadas fuesen capaces de detener la plaga que —aseguran— vino en un bergantín de La Habana.

Están doblando, y pensó que las desgracias vienen de viejo mientras recordaba otros episodios tristes, cuando aún las calles se alumbraban con petróleo que había sustituido a la belmontina, y ésta a su vez al aceite, para dar una pálida luz en los cruces. Las desgracias vienen juntas, le decía su madre cuando le contaba el desastre del cigarrón berberisco, inmensas polvaredas que en pocos días no dejaron yerba viva, ni huerta en pie, ni malvasía en las cepas, pues hicieron presa en las hojas de la palma y en la corteza de pita de modo que un día de noviembre tuvieron que congregarse la vecindad con el toque a rebato de los campanarios del Bautista y San Gregorio Taumaturgo, acordándose que salieran expediciones a perseguir al insecto y vigías que informen de su marcha, con tea para las antorchas y prendiendo estopa por doquier mientras se persigue al bicho con estruendo de latadas y palos, cavando fosas para recibir sus élitros calcinados.

Pero a medida que los exterminaban venían muchos más porque cada amanecer encallaban en La Garita inmensas bolas teñidas de rojo, que así se dejaban arrastrar por las corrientes desde la costa del desierto, y con tal de combatirlos prendió el fuego en el pinar de Cazadores arruinándose los cultivos de manera que no quedó para comer ni mazorca de grano ni raíz de coliflor ni el amargo altramuz ni el berro que crecía en los nacientes ni tampoco el afrecho que hurtaban a las cabras, y con todo fue tal la hecatombe que el día de San Esteban se hizo una ex-

posición a su Majestad la reina Isabel en la que se le informaba que, puesto que hacía cinco años que las lluvias no refrescaban los eriales ni oreaban los pastos, perecieron los animales de labor y las reses de carne, las gallinas y los mulos, teniéndose que alimentar los supervivientes con penca de nopal y gofio de semillas de mocán, y los más pudientes comerciaban con el salvado de los arcones hasta el punto que se veía mendigar en las callejas polvorientas a muchos que antaño se distinguieron por socorrer a los menesterosos, y en marzo y abril hubo días en que enterraron hasta veinte muertos, por lo que tuvieron que cavar una fosa en el extremo de poniente del cementerio a donde fue a parar Juan el Jaro, de sesenta y siete años, que había sido almocrebe en su mocedad con el señor Conde y ya no servía por baldado; Chana la Bolera, viuda que vendía sus favores en el Callejón del Duende; Jacinto Vera, sobrino del boticario de El Ejido, Pedro el Papero, vecino de la Hoya del Mondongo, que lo encontraron tirado, y Tomás Marante, de seis años, tataranieto de moriscos que murió donde llaman El Gamonal, y Juana la Muerte Pelada, de La Mareta, así como Roberto el Fule, del lugar de Guanariragua, y otras personas que huyeron de sus pagos y descubrieron ya podridas sin poder fijar su identidad, que el sacristán las anotó como forasteros en el libro de finados, contándose hasta trescientas cincuenta y nueve defunciones.

Ante la tardanza del socorro de la Corte don Edesio permitió que entrasen en La Vega a llenar balayos y serones de habas con la ración que correspondiese según los capataces, y fue tanta la necesidad que los mozos que la soportaron diéronse al embarque para las Antillas, en los mismos barcos en que —decían— iban cajas repletas de dinero para los bancos de Londres. Años más tarde reintrodujeron el cultivo de la seda y para ello plantaron tres fanegas de moreras, junto a la naciente, y docenas de mujeres de toda edad traspasaban cada mañana los linderos de la hacienda para hacer las labores tan apreciadas en

los puertos de Levante y Barcelona por su finura, y el cólera no era ya sino un mal recuerdo.

Cuéntase que por entonces las jóvenes casaderas seguían ofreciendo las primicias de la virginidad a don Edesio, y que en razón de arrepentimiento éste instituyó las dos casas de expósitos a su muerte, amén de redoblar su expiación pascual. Una de tales casas estaba en el paraje que aún se conoce por El Goro, así llamado en recuerdo de los aborígenes, porque en unos huecos de forma circular cubiertos por piedras encerraban a las mujeres infieles que, privadas de todo alimento, habían de perecer con la sola compañía de los tabobos y los guirres, y la segunda era en La Gavia, otro poblado de cuevas que habitaron los guanches y que contenía zanjás para aprovechar las aguas del invierno. Ambas casas de santaneros estaban lo suficientemente alejadas del casco para no despertar las iras de la curia, pues hubo algún beneficiado que endureció su celo pastoral en las encomiendas dominicales contra ciertos desórdenes y licencias que los señores se toman con las jovencitas de los diversos parajes, razón por la que ha proliferado tanto el apellido Expósito y sus variantes de Santana, Santiago y Concepción.

Están doblando, pensó el último de los patricios de la dinastía mientras caminaba tropezando con los guijarros y honduras del camino, atravesaba la pequeña ciudad como un fugitivo minutos antes de las seis de la mañana; continuaba pugnando con su parálisis cuando le llegó el quejido de la campana del cólera envuelto en niebla.

Tocaron a rebato el campanil de la ermita el día que Jacinto amaneció amoratado, tan débil que apenas respiraba. Acudieron los peones y mandaron recado a Juan Camacho, pero a eso de las diez cayó en un estertor de toses y flemas.

Le empapaban la frente de agua bendita, le pasaban por el pecho la tibia de San Amaro que guardaban como preciado tesoro para el momento de la agonía, enlazaban entre sus dedos la colección de rosarios de doña Josefa, declamaban el Credo, el Yo Pecador, la Salve y todo el

salmo del Miserere mientras Francisca quema incienso en las cuatro esquinas de la habitación gritando ¡sal, maldito, de esta casa de bien!

Pero se moría sin que llegara Juan Camacho con sus cataplasmas ni aparecieran don Julián y don Leodegario, los primeros médicos que quisieron imponer sus tratamientos al delicado enfermo antes de que la familia rechazara su ayuda para ponerse en manos del cubano. Al mediodía, Francisca ordenó que lo pusieran sobre unas andas y lo llevaran, ya muerto, a la ermita, y, mientras algunos peones daban la voz, otros se aplicaban a recolectar pensamientos, camelias, hibiscos, dalias y narcisos con los que realizaron una alfombra en todo el pasillo central del templo, pues Francisca dijo que para el entierro todo el pueblo se pondría enramado como en Corpus y que el obispo concedería mil días de perdón a quienes acompañasen el cuerpo de aquel puro entre los puros, santo entre los santos, ángel entre los custodios del cielo.

Cuando, al fin, entró en La Vega el sargento del puesto de la Guardia Civil con el párroco de San Juan, el presidente del Casino y tres concejales, Francisca cayó en un tránsito del que en vano quisieron sacarla haciéndole oler árnica y amoníaco. Al cabo comenzó a tiritar y a mover los labios hasta que Ariadna convenció a cuantos allí se encontraban para que la trasladasen a su habitación, pues es tanta la pena que siente por el hermanito que tenemos que velar ahora por su salud, no sea que se nos vaya al cielo también ella. Y hablaba con una medida que no dejaba de sorprender en aquella casa desbocada, pues doña Josefa se había refugiado con las niñas en el desván y amenazaba con no salir hasta que se fueran, y don Cayo Aurelio se enclaustró en su gabinete para guardar el diseño de sus invenciones de aquella turba gritona que oía atravesar los corredores, que bajaba hacia los jardines y penetraba en la ermita donde lo amortajaron con el hábito de San Francisco.

Llegó gritando para que trajeran una caja blanca, forrada de nácar, y que si no la había en Las Palmas la pidieran en el vapor de Barcelona porque era preciso enterrarlo

como un cristianito inocente, como un alma bendita, porque en sueños lo había visto a la derecha de San Juan sobre una nube de cristal, en un trono repujado con rubíes, y que el entierro tendría que ser a las once de la mañana del domingo, tras la función de la misa mayor, porque entre las doce y la una ande la mala fortuna, y era preciso atajar los espíritus que todavía duermen en lo más hondo de las cuevas de los barrancos, en las bocas más hondas e inaccesibles de la lava, porque si no se convertiría en la luz de Mafasca, que corre a medianoche desde el Llano de las Brujas al cementerio. Estas cosas decía Francisca mientras daba disposiciones a Hilaria, la cocinera, para que desde el día siguiente se hiciera ayuno y purificación hasta que se revelase el espíritu de Jacinto en el reino de los cielos, y tanto se espantó la anciana que poco le faltó para coger sus cosas y desaparecer por siempre jamás si no hubiese mediado la autoridad para aconsejarla permanecer en La Vega y pasar informe diario de cuanto allí ocurriera.

Lo enterraron el siete de abril, y fue tanto el gentío que los guardias abrían camino. Emplearon tres horas en cubrir el trayecto, y el propio alcalde asumió el lugar de la familia pues don Cayo Aurelio no estaba en condición de presidir la ceremonia y las mujeres se extenuaban lamentándose en los salones, donde nadie del pueblo se atrevió a entrar, pues hasta los peones de la finca se habían despedido y no quedaba sino Hilaria para preparar caldo de gallina, chocolate y sopaigenio que tomaron Cristina y María del Pino porque Ariadna estaba flagelando a Francisca y atándole los cíngulos del viernes santo tal como le había pedido, para contribuir a la salvación de nuestro guía, sangre del Padre, hermano de Cristo, luz de todas las luces.

Era el destino, dijeron, tal vez el oscuro designio que los antiguos escribieron en los lajiales y a la entrada de las cuevas donde sepultaban a sus faycanes y harimaguadas, a los guanartemes y a los guayres, por donde se pasean las tibicenás, que son las formas cambiantes de Guayot,

el dios de la noche, el Señor de los cenobios y los barrancos de las bujamas.

Fue el destino quien hizo que se les revelase una tan clara señal, veinte días después de que el alma de Jacinto se hubiera liberado de su materia, atendiendo al fin su vigilia, la mortificación que hacía toda la familia salvo don Cayo Aurelio, pues estaba reducido a un cuerpo vacío, un sedimento vegetal, una rama sin raíz, poco antes de que decidiera cargar de pólvora el máuser que don Eurípides hizo traer de Alemania para celebrar los éxitos de la campaña de Marruecos.

Francisca está tendida, pone los ojos en blanco, deja que el desconocido se manifieste a través de su materia, ahora balbuceante, después con una notable claridad en la dicción: esa voz que eriza sus cuerpos cuando ella ya está calmada en una sima de letargos, casi inconsciente mientras una punta de saliva asoma entre sus dientes, los brazos en cruz, el crucifijo en su pecho y una lámpara de aceite sujeta en la palma de la mano derecha.

—Tranquilízate, no te disgustes.

Así habló con esa voz cavernosa, lejana y próxima a un tiempo, y ellas se persignan, gritan, se abrazan, cuando Francisca cae en la postración más completa. Han de traerle agua bendita de la iglesia para frotarle la frente, los pechos y el vientre, a fin de que no la penetre ningún ser de sombras; le aplican compresas en la cara para alejar el sudor frío.

—Soy yo. He tardado porque se había interpuesto un espíritu errante, que era el de Juanito Falcón, el de Las Huesas, que se ahorcó en la trilla el año pasado, pues todavía está penando —dijo la voz de Jacinto a través de Francisca.

Se alborozan: al fin han dado su fruto los días de recogimiento, el ayuno y las privaciones de la carne, que les han procurado un estado de pureza grato al ánimo del hermanito. Al fin su voz en esta madrugada del veintisiete de abril, domingo.

—Tranquilízate y no te disgustes, Francisca. Soy yo —dice ese hilo cavernoso.

—Hermano ¿estás bien? —le preguntan, aleladas.

—Hermano ¿tienes luz? —insisten entre suspiros y un llanto que es de infinita alegría porque al fin está aquí.

—La paz de Dios sea con vosotros y con vuestros santos espíritus —dice la voz emocionada pero audible, con nitidez, ahora que se escuchan, lejanos, los gallos, y los perros que vagan por los caminos de herradura.

—Queridas hermanas y madre de la materia que me escucháis: vivan tranquilas, que a la materia no le pasará nada.

—Gracias, hermano —dicen todas, arrodilladas alrededor de la cama donde permanece Francisca, que ya no necesita que la agarren como antes, pues la envuelve un resplandor que es como un gas transparente, radiante.

—Hermano ¿necesitas alguna cosa? —preguntan. Y la voz les responde que el Padre está conmigo, se ha compadecido de mis faltas, me hará elevar pronto de los sótanos del cielo al plano más alto donde viven los santos apóstoles; su espíritu de luz desbordándose a través de la piel de Francisca, posándose en nuestros cuerpos indignos, dice Ariadna momentos antes de que se despidan el enviado:

—¡Adiós madre, adiós hermanas, que me llama otro ser y voy a auxiliarle!

—¡Quédate! —le piden y él replica que no puede ser, pues no trae permiso del Padre Celestial, tal vez venga más tarde; les dice adiós, las bendice de todo corazón porque las quiere con amor infinito, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, cuando Francisca cae en la prostración más completa y ellas dan las gracias y la ayudan para que no la penetre un maligno ahora que está indefensa; se levanta con dificultad, castañetea sus dientes.

—El hermanito me ha dejado una señal terrible antes de partir —dice, y les golpea un sobresalto, el presagio de esa llamada oscura de las cuevas de los antiguos, de los demonios sueltos en la noche espesa, del polvo de las encrucijadas y los abismos de las brujas, que

son venas volcánicas que se comunican con el mar para que ellas se transmuten en sirenas, se conviertan en pájaros de alas de sal, en bucios y pejes de horribles fauces que yacen en el fondo del océano hasta que sube el arco iris sobre los roques donde ofrendaban la leche y las vísceras de baifo a Alcorac para que el mar condense sus lágrimas en brumas de barbas negras que fructifiquen el grano y hagan sobrevivir las crías.

—Una de nosotras debe morir para que él se libre de sus ataduras —dijo Francisca mirando a Ariadna, sus ojos fijos en la que no participaba en los rituales, la que no es grata a los ojos del Señor, hagan algo mis hijas, la que se secretea con don Cayo Aurelio, la que pasa las veladas oyendo el gramófono mientras nosotras rezamos para que la Gracia descienda sobre la familia, Ariadna en el centro del grupo, hagan algo mis hijas, hagan lo que sea preciso para que huyan las tinieblas para siempre de esta casa.

—Sólo así subirá a la derecha del Padre —repitió, y lo afirmaba el poder de sus ojos, es preciso que muera una de nosotras para que lo liberen las fuerzas del mal, dijo, sus ojos buscando la lividez de Ariadna, la resignación de Ariadna, Ariadna debe perecer.

En el depósito anatómico forense, 29 de abril de 1930, Don Leopoldo O'Daly Artilles, médico designado para intervenir en la presente causa por la muerte de la señorita Ariadna Van der Walle Calderín, extiende el preceptivo informe una vez realizada la autopsia del cadáver.

Certifica:

Que sobre la mesa de intervenciones ha observado el cuerpo de una mujer joven, de unos veinte años de edad, de apariencia normal y sin deformaciones.

Se halla amortajada con paño de seda blanca y entre sus manos tiene un crucifijo de nácar y un rosario con cuentas que parecen ser esmeraldas. En su cintura le ciñe un cordón similar a los que usan en esta isla quienes hacen promesas religiosas, de color amarillo.

Una vez desvestida comprueba que el cadáver presenta numerosísimas equimosis, es decir, que el tejido celular

se halla impregnado de sangre por ruptura de los vasos. Su origen se relaciona con contusiones que determinan la efracción de los pequeños vasos, desparramándose la sangre por el tejido celular de la piel, las mucosas o serosas.

Las equimosis y contusiones se presentan en toda la región de la cara, más acentuadamente en los pómulos, las regiones palpebrales y labiales, ambas manos, la espalda, los muslos, las piernas y nalgas, e incluso se observan en las extremidades inferiores, así como en el dorso y las plantas de los pies, donde presentan una mayor concentración.

Las erosiones están acompañadas de heridas, como producidas por arrancamiento y desgarro de tiras de piel. Además, hay rasguños con desprendimientos de piel en el rostro.

Advierte infinidad de punturas o incisiones cortantes, realizadas por un objeto afilado, de un centímetro de profundidad por término medio, aunque algunas sobrepasan esta hondura y otras —por el contrario— apenas llegan a los cinco milímetros. Abundan más en el lado izquierdo del cuerpo y se hallan recubiertas por sangre coagulada, de lo que es deducible que fueron hechas durante la vida.

Dado el grado de rigidez post-mortem, la muerte debió sobrevenir hace unas veinticuatro horas.

Se aprecia un color violáceo-azulado en las extremidades torácicas, acentuado este pigmento en su cara de extensión, así como pérdida de epidermis en extensas áreas.

Las contusiones —salvo las que presenta en ambos senos así como en los alrededores de la vagina que, por su lividez, no pueden precisarse— fueron hechas en vida.

Ampliando lo anterior, es digno de tenerse en cuenta que las incisiones que la víctima exhibe en los pechos y las que hay sobre el sexo y en torno al vello púbico, hacen suponer —dada su contextura— que fueron recibidas mientras estaba en posición de sentada.

No se reconoce fragmento de lazo ni ligadura, aunque hay señales en ambos brazos y piernas que indican

que la víctima debió ser atada en el transcurso de la tortura.

Abierta la tráquea, es de considerar que se observa en su recorrido una espuma blanquecina, progresivamente espesa, que sube hasta la boca.

Practicada la incisión en la cavidad torácica, se aprecia que la víscera cardíaca sólo contiene cierta cantidad de líquido en el pericardio. El resto se halla completamente vacío, sin signo o indicio de particular interés.

En cuanto al estómago, se presenta un poco alargado y vacío. Lo mismo sucede en el aparato digestivo, por lo que se deduce que la víctima no había ingerido alimento durante las cuarenta y ocho horas anteriores a su óbito.

En el aparato sexual, la joven presenta órganos normales de mujer adulta virgen, con su himen intacto y tres pequeños orificios en el mismo.

En los ovarios existen lesiones de degeneración quística.

En la cavidad craneana está contraída la masa encefálica. En su base hay pequeña pérdida de la sustancia gris del bulbo raquídeo.

En las contusiones hay sangre coagulada. Las punturas están disecadas.

AMPLIACIONES DEL INFORME

Se realiza para especificar que ninguna herida por sí sola hubiera sido capaz de producir la muerte, puesto que son superficiales y sólo algunas alcanzan el tejido muscular, sobre todo en las plantas de los pies.

La muerte fue originada por agotamiento y síncope cardíaco subsiguiente, en un lapsus de tres a cuatro horas.

El proceso de la muerte sobrevino tras la pérdida de las funciones propias de la piel en una extensión equivalente a las dos terceras partes del cuerpo.

Los esfuerzos musculares tuvieron que ser muy dolorosos, por el estado de debilidad orgánica. En esos esfuerzos se desprendieron toxinas, que produjeron la autointoxicación

del organismo y dieron lugar de modo irreversible al fallecimiento.

Los instrumentos de la tortura, a la vista de los exámenes precedentes, debieron ser palos, cañas —quizá de escoba— y varias leznas o similares, de las utilizadas en la costura doméstica.

APÉNDICE

Para certificar que tras el informe y su ampliación, ha sido presentado al que suscribe un estuche de cuero conteniendo dos leznas de hueso de distinto tamaño, cuyas puntas coinciden con las dimensiones de las incisiones.

Es deducible, por tanto, que pudieron haber sido las empleadas en los hechos.

Actualmente no se encuentra en ellas manchas de sangre, aunque hay olor a éter.

Firmada la presente en la fecha y lugar ut supra.

CAPÍTULO OCHO

LA MEMORIA ES UN RÍO QUE VIENE DE LEJOS

Cuando ha terminado el tiempo y se han desvanecido todas sus ataduras, cuando estas almas han vuelto a encontrar su primordial pureza y la simplicidad de su esencia, un dios, al cabo de unos mil años, las conduce a las orillas del Leteo, el río del olvido, con el fin de que vuelvan de nuevo a la existencia terrena, y unir las, de acuerdo con sus deseos, a nuevos cuerpos.

VIRGILIO

Nunca llegó a saber Enrique López que don Nicolás Van der Walle y Montañés hizo jurar a don Jácome que para él y los suyos tenía que observar una norma inviolable que había de mantenerse en pie durante un siglo.

Mandó en su lecho de muerte que trajeran un crucifijo y los santos evangelios a fin de dar la solemnidad debida al acto de su última voluntad y, en ese instante, hizo que el notario levantase acta de la promesa de que sus descendientes, por espacio de cien años, no habían de tomar esposa fuera del linaje familiar, con la única excepción de que él y los suyos matrimoniasen con algunas de las preeminentes familias extranjeras que ya se asentaban en la isla, así los Van Damme y los Artils, por ser ambas originarias de Flandes, los Mc Kean de Escocia y los Proud-homme de la Francia, que andando el tiempo trocarían sus apellidos por los Bandama, Artiles, Machín y Perdomo, pues se constituyeron en familias criollas con múltiples

ramificaciones por toda la isla, ya que la abundancia de mujeres en edad de merecer y la general parvedad de varones —bien fuera por las levass para las aventuras del imperio, por las fiebres amarillas, por la mudanza al Nuevo Mundo, por las expediciones a la tierra del moro o la caída frente a los corsarios— aconsejaba una política de estricta defensa patrimonial, no fuese que su casta acabara disolviéndose en ramas de apellido devaluado. Y don Jácome dio su solemne sí a la edad de treinta y tres años cuando las confidencias y cuchicheos lo asociaban con cofradías secretas de hombres solos que hacían repudio de mancebas y alcahuetas.

Al año siguiente no tuvo más remedio que anunciar su enlace con doña Prisca Van Damme, que era la nieta menor de Terencio Van Damme, el fundador de los ingenios de Gáldar, y las nupcias fueron celebradas con la pompa usual en el monasterio de Santa Clara, donde la hermana mayor era la abadesa. Hubo que esperar cuatro años hasta que doña Prisca fingió un embarazo del que anunció como fruto un niño sietemesino que había nacido en el propio convento de las clarisas, y así vino al mundo don Aristeo.

Su madre era la abadesa en persona, una de las monjas deshonradas por la osadía del predicador don Justo de Saavedra, que actuaba como confesor de ellas, y fue sor Nieves del Sacramento una de sus amantes más codiciadas.

Mucho se comentaba en la ciudad sobre los escándalos que se desarrollaban entre los muros de la casa, con horribles castigos y venganzas, sacrílegos concubinatos, partos y niños arrojados por el torno, por cuyo motivo el arcediano don Javier de Alarcón, provisor vicario general de la diócesis, recibió una carta que una hermana envió secretamente para notificarle que desde el miércoles de Ceniza la tenían presa en un cepo sin dejarla ir a confesar, y se temía la venganza de la abadesa y sus compañeras si nadie intercedía en su favor.

Luego que recibió la epístola, el provisor se constituyó en la puerta seglar del convento junto al licenciado don

Sancho Herrera, arcediano de Lanzarote y al canónigo Garcí-Ossorio, así como a Pedro Surís, con el mismo cargo, y el escribano Jacinto San Martín, ante cuya presencia la abadesa ordenó pusieran las trancas mayores a la puerta principal, pues en las casas de clausura no podía entrar quien no trajese el debido mandamiento, y, mientras ellos daban cuenta al señor obispo para su debida resolución, aleccionó a sus compañeras en orden a lo que habían de responder y, una vez el obispo dio especial comisión al abogado y racionero de la catedral don Alonso Pacheco, comenzó la toma de declaraciones ante el chantre don Diego Botello, que actuaba como delegado del Santo Oficio.

Pudo ponerse en claro que don Justo había trabado tan íntima amistad con la abadesa y sus pupilas que les tomaba la confesión pública desnudas de cintura para arriba, concluyendo por azotarse unas a otras con sendas disciplinas. Después el propio don Justo recibía en privado a sor Nieves y a las madres María del Espíritu Santo y Clara de Santa Fe, quienes se quitaban las tocas y los mantos para que él las observase y, más tarde, les diese las recomendaciones debidas en las celdas de cada una, además de lo cual el propio confesor pasaba la mayor parte de las noches en las dependencias de la superiora, pues violaba la clausura con motivo de un pasadizo que había en las obras de mampostería que se llevaban a efecto en la parte interna.

Todo ello llegó a saberse porque en estas porfías la priora y las hermanas que se apartaron dieron advertencia a sus parientes, y así pusieron en claro que hubo abortos provocados mediante brebajes, y que nacieron niños que sacaban al barrio de Vegueta desde los muros de la huerta.

Pero nunca comprobaron los odores y oficiantes que una de aquellas criaturas fue don Aristeo, que era tenido como hijo único y legítimo de don Jácome Teótimo y doña Prisca, de gran desenvoltura y juicio despierto como lo demostraba el afán de aprender las labores agrícolas, siendo educado con gran cariño en las dependencias de La Vega, y era juguetero y aficionado a cruzar pintos con alpisas, agurrones con linaceros, calandrias con capirotos, chau-

chaus con alcairones, pechuguitas con correcaminos, pispos con fraileros, tarabillas con petos y horneros con pinzones, y andaba en compañía de los capataces y las hijas de las esclavas de Guinea, con las que —andando el tiempo— trabaría tal amistad que antes de su matrimonio con su prima hermana doña Clementina ya debía tener ocho o diez hijos de piel más blanca que negra, lo cual no era de extrañar si se tenía en cuenta que las hijas de las siervas eran fruto de la atención de anteriores camadas de capataces y mayorales de la finca, quienes actuaban como padrinos de los pequeños cuando éstos recibían las aguas del bautismo en la ermita de San José, que por entonces ya reunía buena parte de los objetos que fueron subastados en 1932 en la ciudad de Londres.

Sí descubrieron, en cambio, los historiadores locales que sor Nieves del Sacramento fue delatada por insidias de sus compañeras, pues el confesor no se bastaba para deshacer las confabulaciones. Así lo atestiguaron las niñas recogidas en el convento, que estaban entre los once y los quince años, pues fueron llamadas a declarar en el proceso. Dijeron que a la monja Benedicta de la Santa Cruz la tuvieron un mes en el cepo y luego recibió una tanda de disciplina, teniéndola desnuda porque había dudado del espíritu profético de la Madre Nieves, y al término de su penitencia encendieron una fogata en el patio, la azotaron con tizones y la llevaron en procesión enteramente desnuda y con una sogá al cuello, paseándola alrededor de la hoguera y haciéndole creer que la iban a quemar viva para dar ejemplo, lo que le produjo un pavor tan grande que enmudeció para el resto de sus días sin que fuese capaz de responder a las pesquisas del sumario, ya que sólo pronunciaba frases contrahechas y desvaríos.

Al fin dedujeron la condena del confesor, que fue recluido en el convento de San Francisco, conservando su osadía hasta el punto de que durante la causa intentó pasar a la Península para pedir la recusación de los jueces que lo sentenciaron con el ardid de que reconocía que una novicia parió en el convento pero que, por no dar

escándalo, le llevó la criatura a su padre, pues la joven había ingresado en estado de preñez para penar sus culpas. Y añadió que desde que había cumplido los veintitrés años no se acercó a mujer alguna y que si bien confesó algunos pecados en alta voz delante de las monjas, lo hizo por vía del ejemplo.

Fue condenado a hacer ejercicios y meditaciones, habiéndosele leído el fallo a puerta cerrada como era uso para con los eclesiásticos; y las religiosas quedaron reclusas en el convento de San Bernardo, con lo que sin duda ganaban por la amplitud y mejor enclave del edificio, rentas más crecidas, regalos y normas de menor austeridad.

Ya por entonces don Aristeo había recibido la primera comunión. Era un zagal que admiraba a sus parientes y a los peones de la finca, y —andando el tiempo— casó con su prima, como queda dicho, y tuvo dos hijos que recibieron los nombres de Nicéforo y Cristóbal, y si de éste no se guarda noticia en el álbum familiar ello se debe a que en 1723, a la edad de treinta y siete años, fue obligado a enrolarse en la expedición que fundó la villa de San Antonio de Texas, a resultas de la voluntad de su padre y señor, quien tuvo la confidencia de que el joven era hijo del mozo de cuadras Policarpo Díaz y no suyo, pues, cuando vino al mundo, don Aristeo tenía cincuenta y tres años y en cambio su esposa sólo treinta y dos, y estaba en la plenitud de su hermosura.

El sol penetra por las vidrieras de la biblioteca, en el caserón que es una de las mansiones solariegas de la Calle Real, que conserva en su frontis el blasón de los León y Castillo, una familia recordada en bustos, avenidas y frecuentes homenajes florales, y que dentro contiene insignias, bastones y medallas, una pila de agua y una hermosa galería con maderas nobles de los pinares, y una cocina en la que guardan abanadores de palma y un brasero de bronce. En la calma de la tarde revolotean las palomas sobre las

copas de los laureles, se posan en las torres de la iglesia matriz, reemprenden vuelo por la ciudad de trazado irregular, de azoteas coronadas por gallineros, de edificios que rompen las alineaciones; como una red laberíntica de calles y travesías que en ocasiones son pasillos ciegos, servidumbres de antiguas acequias que aprovecharon los humildes para hacer su vivienda en recodos inverosímiles, portones entre las huertas ya taponadas por el asfalto.

—No lo dirás en serio, vamos, que no me camelas con eso de que tienes que volver a las diez —dijo cuando ponía el coche en marcha, atraviesa la calle silenciosa, da la vuelta y sale a la carretera de Jinámar, que aún es llamada la Rusia chiquita tras los episodios de su Sima, docenas de ajusticiados por las hordas falangistas del amanecer, y desde las vueltas que siguen al puente de los siete ojos la ciudad parece un oasis de palmeras y platanales entre los ribazos de lapili que expulsaron cráteres ya chatos, la carretera penetrando en terrajes negros y bancales de sorriba.

—Uy, tú vas muy deprisa. Si es que acabo de conocerte —dijo Raquel aceptando la llamita que le brinda su encendedor. —¿Qué quieres de mí?

—En principio, algo básico: que seas mi guía-intérprete. ¿Qué te parece? —respondió cuando iniciaba un repecho; la mano buscando el muslo izquierdo, muy cercano, posándose poco más arriba de la rodilla como por mero azar, desplazándose en una caricia que sube por el vaquero hacia la ingle.

—Pero bueno ¿qué haces? —le dice iniciando una carcajada; ríen ahora que ya salen a la autovía y, en vez de dirigirse hacia Las Palmas, pone el indicador de la derecha; acelera y el aire es un latigazo que entra a raudales por las ventanillas, como una pasta de sal que sube del mar ligeramente encrespado, batiendo con regular fuerza en las plantas de basalto de los acantilados.

Estuvo consultando fichas toda la tarde, bibliografías sobre historia de las islas, el libro del presbítero Hernández Benítez, las obras de Viera, la descripción de Torriani, y confrontaba sus apuntes con los que había obtenido en

el Museo Canario hasta que oyó cómo le decía a su compañera que precisaba ir a Las Palmas aquella misma tarde. Él se adelantó a los acontecimientos y Raquel le dijo que a las siete, y ya entonces aprovechó para contarle su deseo de entender el entorno de los Walle, su saga de trescientos cincuenta años, los avatares de sus azúcares, sus vinos, sus tabacos y sus sedas, la aventura americana a que se vieron forzadas ciertas ramas por misteriosos designios hasta llegar a los desvaríos de don Cayo Aurelio, y a la influencia de Juan Camacho sobre los últimos miembros de la dinastía, y ella aceptó ayudarle a rescatar las circunstancias del crimen del año treinta mientras él cargaba su pipa con picadura Amphora y tras las cristaleras veía cruzar mujeres enlutadas hacia la iglesia.

A toda marcha, adelantando —ponte el cinturón— atraviesan los pueblos de aparceros que son racimos de casas a uno y otro lado, fachadas oscurecidas por los rizos de polvo que aventa la brisa sobre los invernaderos, que estrella contra esas paredes sin encalar en la desolación rojiza del atardecer; el aire removiendo escorias hacia el sur de las vacaciones programadas, siete/quince días abonables en cómodos plazos, al alcance de las oficinistas de Frankfurt y de Copenhague; el viento que doblega los arbustos con su émbolo caliente.

No encontraron la tumba: el sepulturero les atendió mientras sostenía la manguera con la que rociaba los matos de geranios.

—No señor. De esa época no queda nada; estarán en el osario.

De manera que sus huesos son fibras revueltas en el pudridero común porque cincuenta años después este cementerio es otro, como la propia ciudad que prolongó sus muros albeados de cal, sus huertas y sus barrios. En vano Enrique y Raquel recorrieron las galerías, se detu-

vieron ante los panteones más llamativos, rasparon iniciales ya borrosas: nada.

Polvo de polvo, rastros. ¿Dónde habrá ido a parar la lápida que sufragaron los vecinos? Quizá se la llevaron los falangistas para tirarla en la sima, pues era un objeto del demonio, una muestra de la perversión a que había llegado el pueblo bajo el régimen republicano, cuando los miembros de la Adoración Nocturna se afiliaban a las logias masónicas y a los Círculos de Rosacruz, todo por la carencia de una autoridad firme que hiciera respetar los ideales de la Patria, según clamaban los curas desde el púlpito años antes de que amenazaran con la excomunión a todos cuantos se atreviesen a ir al baile del martes de carnaval en el casino, y aun así la gente se vistió de máscaras y las campanas estuvieron tocando a muerto toda la noche en reparo de los pecados de la carne. El domingo de piñata mandaron refuerzos de la Guardia Civil, que patrullaban las calles con sigilo, y sólo al atardecer salieron algunas parejas que saltaban de portal en portal, y aun así hubo diecisiete detenidos que tuvieron que liberar de madrugada porque estaban borrachos de puro ron y con la escandalera no podían dormir los vecinos del depósito municipal.

—Y no quedaba nada. Es como si estuviéramos inventándonos la historia —dijo Raquel cuando pasaban por delante de la capilla y la pequeña sala de autopsias donde abren los cráneos y los vientres de los suicidas del sur, de los ahorcados y los locos que se arrojan a los pozos llenos de azufre y salitre, ruinas sobre ruinas en el cementerio oscurecido por el telón de esas brumas que pasarán de largo para transformarse en otras brumas machorras.

Los huesos, siempre la búsqueda del pasado. Enrique le contó su sorpresa de la tarde anterior, cuando revisaba los periódicos en la hemeroteca del Museo Canario: en tres horas vinieron cinco personas en busca de la lista de nombres indígenas, vocablos que en su día tal vez sirvieron para designar la piedra, el fuego, la luna, los dioses favorables y los malignos, transcritos por lejanos cronistas

que tal vez los desvirtuaron; sólo hilachas de cirros, formas evanescentes que se dejan llevar por el alisio.

El hombre recoge colillas entre las tumbas; sigue regando para evitar que el polvo se ablande y sea oreado por esa ventisca que tal vez traiga arenilla del desierto en los próximos días, a no ser que el tiempo se vire al norte, que todo puede ocurrir, sabe usted, pues es igual que una hembra; se levanta el día azocadito y luego cambia en un santiamén, que si la tierra se regara podríamos abastecernos porque es agradecida, en los años buenos se cogen quince sacos por un quintal de papas, así se las llevan los ingleses de buenas que son, no entran las de la Península porque tienen bicho, que yo mismo las planto en un cercado que tengo en el Valle de los Nueve, tierra colorada que da el ciento por uno.

Hablaba por entre la colilla reseca y se cubría su cráneo alargado con la cachorra negra de los campesinos, la cara surcada por arrugas profundas, las manos fuertes.

—Sí señor, que la historia la he oído, que era una familia de tres hermanas y el varón era un hombre de unos veinticinco años y muy bueno con los pobres, famoso por sus obras de caridad, que dicen que la casa se arruinó por atenderlos. De tan bueno parecía un santo. Le vino un mal y se murió. Entonces los padres se desesperaron tanto que fueron en busca de Juana Salomé, que era una de las zahorinas del Ingenio, y ella les dijo que la menor de las hermanas era la culpable, le echó un mal a su hermano por celos y tenía que pagar su daño. Todas las noches rezaban y hacían ofrendas para que les perdonase el difunto.

Hizo una pausa el hombre para encender el muñón de su cigarrillo. —La chica menor estaba embrujada y para quitarle el mal la pinchaban con tijeras y alfileres hasta que murió, con los ojos como cuajarones de sangre. La hermana mayor —que era un cáncamo de fea— se vestía con una sotana y se trastornaron de la cabeza porque tocaban el piano y bailaban mientras tenían a la chica ama-

rrada en una silla, pegándole con la caña de la escoba para que soltara el espíritu.

Dijo que a fuerza de rezar y no comer, por la pena que sentían, perdieron el juicio, y desde el pueblo se escuchaba la bulla, que más de cuatro vecinos se acercaron por novelería e incluso los civiles, que hacían ronda por el camino que sale de la carretera, llegaban a los linderos de la finca, pero —como eran señores tan respetados— nadie se atrevía a intervenir. Así, hasta que la joven murió, que entonces la metieron aprisa en una caja y clavaron las tapas para que nadie supiera la verdad, pero el cura de San Juan —como ni siquiera lo habían llamado para los santos óleos— entró en sospechas, dio parte al Juzgado y se presentaron en la casa, que todavía se ven las paredes a medio tumbar viniendo de Jinámar. Y, al saberse todo, metieron en la cárcel a la madre y a las hermanas, menos a la mayor, que la llevaron al manicomio.

—Luego vino la República, y como en aquel tiempo estaban las cosas bastante revueltas las declararon libres, y una noche las embarcaron para La Habana, y desde entonces nadie sabe de esa gente, que tal vez han muerto o quizá quede alguna de las hijas, que debe tener ya sobre los setenta años. De manera que nadie cruza solo por donde estuvo la casa, y los que van en coche aprietan y tocan la bocina para ahuyentar los malos seres.

Ocurrió, pues, que el virrey de los extensos territorios de Nueva España decidió enviar una carta al monarca anunciándole el peligro que suponían las repetidas incursiones que los franceses venían ejerciendo desde su posesión de la Luisiana.

Tras mucho cavilar, el rey publicó la orden de que se reunieran cuatrocientas familias para colonizar la vasta superficie del estado, donde hasta el momento sólo vivían —aparte de los indios— guarniciones de soldados y mi-

sioneros que eran forzados a cambiar de residencia y por tanto no podían suponer un asentamiento estable.

Las trabas de la burocracia retrasaron el decreto de Felipe V, Nuestro Señor, pero al fin se dispuso el envío de nuncios a las islas, a La Habana y a Veracruz para que los expedicionarios fuesen protegidos y se les facilitara lo preciso en orden a culminar la empresa, en la que hubo enormes peripecias, pues en la travesía se dieron tres partos, deserciones al recalar en San Juan de Puerto Rico, muertes por el tifus y una hambruna que provocó la agonía de diecinueve voluntarios, arribando los cincuenta y seis supervivientes a su destino a las once de la mañana del nueve de marzo de mil setecientos treinta y uno.

Les dieron algunas ropas, utensilios, caballos, pertrechos de labranza y cincuenta centavos diarios mientras hacían las obras de irrigación y roturado de las tierras y, en espera de la cosecha, cada varón recibió dotación de camisas, calzoncillos, pañuelos para el cuello, pantalones con perneras de cuero, medias, botas, sábanas, dos caballos y también un abrigo, una chaqueta corta para cabalgar, un chaleco, un sombrero de ala ancha; colchón, almohada y funda; edredones y mantas; silla de montar con sus arreos; una espada corta, un cinturón, un cuchillo, un arma de fuego con su funda, una canana con depósito para pólvora y una alforja, pues su Majestad quiere labradores a la vez que soldados, milicias que rechacen al enemigo mientras defienden las sementeras. Y a las mujeres se las aprovisionó de otro lote de camisas, enaguas, chaquetas con manga larga, zapatos, medias de hilo, una falda corta y otra para los fríos, un abrigo de franela, dos caballos, una silla de montar con aparejos, dos pieles de oveja, un colchón, dos sábanas, una almohada con funda y una alforja, pues el rey necesita hembras que den hijos a la tierra y sean guardianas del núcleo familiar y, así estipuladas sus obligaciones, a expensas del Tesoro se añadió un lote de artículos para uso común: diez cacerolas de cobre con tapa, otras tantas bandejas grandes de barro, tiendas de campaña, hachas,

palas, machetes, barras de hierro, diez sierras con otros tantos yugos y veinte arados con punta de acero.

Era éste el equipaje que recibió don Cristóbal por delegación expresa de los colonos, pues lo habían nombrado su jefe en cuanto pisaron tierra firme, dispuestos a emprender la caminata bajo las tormentas de polvo y el sol voraz hasta que remontaron el Río Grande y entraban en las ciénagas. Siguiendo la ruta de Matamoras y Corpus Christi para sentar las bases de un mísero poblacho que cincuenta años después sólo contaba con doscientas almas sitiadas por ciclos de sequía y epidemias, los alacranes y las plagas de mosquitos, así como la visita de las columnas galas y la rapiña de los indígenas que descienden a los sembrados de arroz para cobrar su canon anual por las praderas de que fueron despojados.

—Un auténtico héroe español este Cristóbal Van der Walle —dijo Raquel—. Lo tengo localizado en tres citas de relaciones de la época; lo más divertido fue que su adorada chica, Amanda, se encandiló de los galones de un teniente francés y se fue con él a Nueva Orleans, y el pobre Cristóbal maldiciendo a todas las mujeres del mundo.

—Ya. ¿Y entonces, cómo tuvo descendencia? —preguntó Enrique entre volutas azules de su pipa.

—Con una india llamada Teresa Chipanec, que le dio cinco varones, de los que tres murieron antes de los dos años por las condiciones de vida.

De manera que así arrancan los Walley, los Wanderck y los Wanny del sureste de los Estados Unidos de Norteamérica, alguno de los cuales ha llegado a senador y a ganadero de reses bravas. Incluso podemos recordar a Verónica Walley, dueña de un trigal de ciento veinte acres donde en 1928 horadaron siete pozos de petróleo de la mejor calidad; la vieja Verónica —con un genio de mil diablos— clamaba al cielo porque le estaban arruinando la hermosa mies de aquel verano, pero, así y todo, la obligaron a vender y la convirtieron en millonaria, y a su muerte todo revirtió a una fundación dedicada a becar a

los jóvenes pianistas del estado, y la vieja Verónica fue feliz oyendo los nocturnos de Chopin y los adagios de Listz que interpretaban en el cásérón de sus abuelos, donde se había refugiado la guarnición de El Álamo en marzo de 1836.

Se sabe que los granjeros cruzaban ejemplares de ganado hasta dar con los famosos cornilargos, sin dejar de ser hombres de armas bravas: los Curbelo, los Umpiérrez, los Niz, los Acosta, los Sanabria, los Robayna, los Melián y los Van der Walle heredaron las desolaciones, los pantanos y llanuras de arenales y de moscas grandes como puños, de corrientes desbocadas y otros rigores, un departamento donde las cizañas infestaban el tabaco y el maíz.

Pero aun así pervivió la misión franciscana y el presidio, cuyas ruinas son hoy atracciones celosamente guardadas por los potentados del petróleo, necesitados de exaltar el lugar donde se libró la batalla por la independencia y la incorporación a los sudistas. La sangre de todos ellos regando las planicies de Texas en las rebeliones de esclavos, en las escaramuzas federales, en la represión del general Arredondo contra los inmigrantes del norte (el villano que entregó las armas para salvar el pellejo), en la batalla de El Álamo: allí dejaron sus huesos en la misma latitud de las islas, veintiocho grados al norte, pues lo insalubre de las lagunas y lo abrupto del terreno y la vastedad de los llanos encandilaron sus ojos como si hubiesen descubierto al fin una gran isla plana y de horizontes bermejos donde brama la lluvia y se adentra el ciclón, un territorio donde arraigó el algodón, cuyas charcas estaban llenas de iguanas y basiliscos. Pues habían subido por la costa pisando vetas de bromo, de helio y manganeso, así como yacimientos de carbón bituminado y de lignito; pero, sobre todo, pisaban el petróleo y el gas natural que unas generaciones después cubrirían sus tierras de riquezas sin fin, cuando ya los pioneros habían trasmutado su sangre con las poblaciones sajonas dando así una nueva raza de señores añorantes de su genealogía, por lo que muchos

años después se plantaron en la isla algunos eruditos con el encargo de reconstruir el pasado de aquellos linajes extraviados en el tiempo, un manojo de desarraigados que perdieron sus ancestros y que un día se acercaron a comprobar la oscura vida de sus congéneres, tras padecer la decepción de que no hay un mal castillo que llevarse piedra a piedra: sólo ruinas de las haciendas, desechos de las ermitas donde tapiaron los cadáveres del cólera y de la fiebre amarilla, de los recintos de piedra donde reunían el tagoror para administrar justicia, de las necrópolis y los silos donde ocultaban el grano, de los riscos sagrados para la oración y los lajiales esculpidos en raros alfabetos, de las momias envueltas en arpillera, de las majadillas y los barrancos de balos y aulagas.

Pensaba Enrique López que cincuenta años antes el último de los Van der Walle salía al alba con su tormento de hemiplejía para ocupar el reclinatorio de la familia en las misas de la hora prima, bien fuesen de gloria o de réquiem. Iba hacia el valle de aguas excelentes, en pos de la iglesia espaciosa de tres naves, con alhajas de plata y ornamentos traídos de las Indias y de Bruselas; hacia el convento que hasta comienzos del siglo XIX contaba aún con veintiséis religiosos capaces de cuidar los edificios de culto y las huertas; hacia el hospital de San Pedro Mártir y las seis ermitas que describió Viera; la pequeña ciudad de trescientos fuegos, situada cerca de un río y a poca distancia de las poblaciones antiguas de Tara y Cendro, las cuales alcanzaron catorce mil almas, y una parte de ellas era de casas en alto, redondas y distribuidas en pasadizos para pobres y villanos, mientras que otras —bajo tierra— fueron horadadas con pedernal, tabona y tenique para los nobles, ciudad que está a cinco leguas de la capital, con algunas cuestas de poco peligro y a sus espaldas, por parte del sur, la enfrenta a pocas millas una montaña que —con su horizonte limpio y sereno— ofrece un panorama de grandísima amenidad, pues le envía las ventoleras de un céfiro templado que allí sopla, de modo que la pureza de sus efluvios semeja la paz de los elementos y la felicidad

que los antiguos cantaron, ya que en su suelo se dan los cultivos al ciento por uno, que así lo explicaba Raquel al mostrarle las dos columnas de piedra y cal, ya medio abatidas, cuyo objeto era elevar el agua traída por canalones para que al bajar moviese el artefacto del ingenio y, así, triture la caña tal como se ve en el lugar de Los Picachos, no lejos del templo del Bautista, con su retablo flamenco que es orgullo de la tierra y contribuyó a que la familia no fuese mezclada con parientes hugonotes y calvinistas, procesos que adquirieron en ocasiones una gran dureza, pues dieron lugar a once víctimas quemadas en persona, ciento siete en estatua, cuatrocientos noventa y ocho reconciliados con penas infamantes y mil seiscientos cuarenta y siete absueltos después de penitencias y tribulaciones. La ciudad expandiéndose no sólo en San Juan, sino —en mayor medida— en el barrio alto de San Gregorio, junto a la iglesia que vio nacer la recova, el pósito y la alhóndiga, además del barrio de Berbería, según supo Enrique López cuando seguía la pista al suceso que movilizó a toda la isla, ya que tuvo mayor repercusión que el triunfal advenimiento del régimen del 14 de abril, y sigue en la memoria colectiva de ese pueblo que aún vive en busca de sus ancestros, de unos orígenes en los que es frecuente la interpolación de supercherías, los fraudes que añadieron escribanos a sueldo de antiguos presidiarios y dilapidadores, pues no otros formaban las reclutas de la conquista.

Estalló la ira como el reguero del viento extiende sus brazos de arena, porque *Las Palmas está infestada de esos centros en que se rinde culto al espiritismo, a la nigromancia, a la cartomancia, a todo ese engaño explotado por desaprensivos que en tan ilícitos manejos encuentran la fuente de sus ingresos*, como escribe *La Provincia*, pues ocurre que los verdaderos culpables del abyecto crimen son los inductores, los explotadores de las ciencias débiles y de temperamento enfermo, que llegaron a destruir la

buena convivencia y la honorabilidad de esta familia ejemplar, compendio de la buena sociedad de la isla, y es que todos nos sentimos cohibidos ante la magnitud del drama y recelosos de que la impunidad de los asesinos traiga como secuela otros casos parecidos, repetían los diarios de la tarde, y *La Crónica* replicó que es preciso mantener calma al juzgar el hecho, ya que es obra de seres en plena inconsciencia, influenciados por supuestas creencias que no tienen nada que ver con cuerpo alguno de doctrina científica, pero el papel de los verdaderos cristianos es perdonar y sentir compasión antes que deseos de revancha, pues el tema fue adquiriendo dimensiones peligrosas a raíz de las proclamas de la prensa, que inciden en la desgracia de estos pueblos del sur, carentes de instrucción y presa de credos que sólo se desarrollan en la ignorancia y en la pobreza; serenidad y misericordia hacia esas gentes contagiadas por una diabólica epidemia que conturba sus almas; una plaga de espiritistas, de individuos que curan todos los males, de adivinatoras que todo lo ven y lo descubren para sacar dinero a los ilusos y perturbar a sus cerebros débiles.

LA SACRIFICADA ERA VIRGEN; TENÍA SU CUERPO TINTO EN SANGRE; LACERARON TODAS SUS VÍSCERAS EN UN HORRIBLE EXORCISMO; EL CRIMEN ORDENADO POR UN SER DE ULTRATUMBA; «LA VEGA» ERA UNA CASA DE ORATES, dijeron los periódicos locales: no era preciso que vocearan las ediciones, pues a primera hora de la mañana y al mediodía se formaban grupos compactos frente a los talleres; desde el exterior se observaba el trajinar de los operarios que tratan de sacar la máxima diligencia a la maquinaria, incapaz de dar satisfacción a la demanda, pese a que las tiradas se han multiplicado por diez para explicar que el Centro Espiritual La Fe, la Esperanza y la Fraternidad había sido constituido por expresa aprobación del gobierno civil en octubre de 1924 y desde entonces había celebrado cientos de sesiones con una asistencia que se incrementaba de día en día, pues no sólo acuden viudas, lunáticos y jóvenes

de halo romántico, sino también abogados, militares de graduación, médicos, propietarios de Vegueta, miembros distinguidos de las sociedades del Mercantil, el Gabinete y el Náutico.

Los ingleses estaban al margen: se comenta que tienen sus propias asambleas frente por frente a sus bancos, a sus oficinas de consignatarias y a sus hoteles, pero el **INSÓLITO CRIMEN DE TELDE** crecía y se desmesuraba a través de las entrevistas con las personalidades de la ciudad, las propias testificaciones del párroco de San Gregorio, donde don Cayo Aurelio solía acudir a escuchar la misa del alba y a reverenciar al Cristo de la Buena Muerte; del arcipreste de San Juan, que en ocasiones señaladas había acercado a La Vega para oficiar en la ermita de San José. Y hablaron los vecinos que veían la hacienda desde sus azoteas, y el barbero que tenía su industria no lejos del camino, y los guardias que habían sido requeridos por la vecindad al oír los lamentos que procedían de aquella casa tras la muerte de Jacinto, y los cronistas atacaban la falta de instrucción en que vive la isla por la falta de escuelas y remedios, Tamarán tan distante como incomprendida pese a que desde estas playas partió la conquista del Nuevo Mundo y sus hombres se dieron a la fundación de un sinfín de ciudades para mayor gloria de la Corte.

Añadían que pese a mostrar su buena disposición y su fidelidad rechazando docenas de ataques de los filibusteros a lo largo de los siglos, es la Corona británica la que amenaza con establecer sus reales en estas islas, pues sabido es que las instalaciones portuarias, la compañía de electricidad, los mejores hospitales, la red de carreteras, el alcantarillado y los hoteles, el diseño de la Ciudad Jardín y el tranvía, todo ello ha sido impulsado por los comerciantes de Londres, por lo que a buen seguro si algún día se repite la gran guerra europea del 14 este archipiélago pasará a engrosar el imperio de la Commonwealth, pues son británicos los vapores que recalán en nuestro puerto, son sus hombres de negocios los que exportan el plátano

y el tomate y nuestros mejores talentos están a su servicio en los bancos y en las representaciones. Y puesto que esta situación no puede mantenerse mucho tiempo es por lo que, respetuosamente, pero con la energía precisa, queremos hacer recapacitar a Madrid para que la Madre Patria atienda a ésta su hija más desvalida, y proporcione nuevas fuentes de ciencia, economía y trabajo, para que no se repita la diáspora de sus hijos, que han de emigrar por fuerza a La Habana, a La Guaira, a Londres o a Rotterdam, como asalariados de la tierra o agentes del comercio, peones o intermediarios en las transacciones, sumándose a ello la causa directa de esta tragedia, el fanatismo religioso que es producto de la superstición a que están condenados sus hijos.

Por todo ello ha de aplicarse una condena enérgica a quienes son capaces de inducir a las conciencias débiles y los temperamentos enfermizos, así como ese gobierno centralista y apático que consiente que nuestro pueblo viva en la indigencia, pues de los miles de niños que debieran asistir a la instrucción pública sólo una mínima parte encuentra plaza, y la mayoría de ellos están ayudando a sus padres en la siembra, se embarcan a la captura del salpreso, o vagan en compañía de los perros sarnosos y los mendigos.

—De manera que tú crees en el papel simbólico: como el apellido se extinguía, era preciso sacrificar a la más hermosa de las hembras que darían hijos a uno de esos botarates de la burguesía local para que antepusiera su nombre de familia al de ella —dijo Enrique mientras Raquel ordenaba los periódicos de febrero.

—Tal vez sea eso. Disminuido don Cayo Aurelio, inútil su cerebro por la locura de sus inventos, doña Josefa ejercía su última venganza hacia la sociedad mezquina que acabó de exterminar su clan —y Raquel seguía consultando fichas mientras hablaba, solos en el salón que ilumina una doble hilera de fluorescentes junto a las medallas, bastones de mando y uniformes de gala del diplomático, dispuestos en las vitrinas cerca de su biblioteca, una colección de fo-

tografías y planos de lo que era la isla, el proceso del Puerto de la Luz, la carretera que atravesó el puente de los siete ojos y los diluvios de enero que cubrían todo el cauce de banda a banda.

—Además, está el dato de los hijos pródigos —dijo al encender un cigarrillo—. Parece que un tal Agapito Vendoval era uno de los mayores dueños de las cadenas de prostíbulos y garitos en la Cuba de Batista. Después se fue a Miami y se dedicó a inventar cafeteras exprés. Los americanos le compraron las patentes por cuatro perras y, cuando murió, sus amigos tuvieron que hacer una recolecta para el entierro. No cabe duda que llevaba la sangre de don Juan.

Miraban a través de las cristaleras empañadas por la niebla en El Helechal, en lo más alto de la montaña desde la que se divisa la cuenca de Valsequillo, la pared de Tenteniguada, la vega de frutales, el tajo profundo del barranco, la isla siempre cayendo en vertical desde los riscos cortados a cincel.

Le daba la razón a don Miguel de Unamuno cuando en su destierro mayorero llegó a la conclusión de que esta soñarrera insular, el estado belicoso en que viven los seres cercados por el océano, se curarán con comunicaciones más rápidas e intensas con España y con el resto de Europa y América, pues con ello se olvidarían un tanto de sus rivalidades mezquinas, del abatimiento de sus espíritus: —Sois islas dentro de islas, dijo Enrique sintiéndola respirar cerca, como si les aproximara la lluvia fina que golpea los cristales frente al mar turbio por el que huyeron los condenados a fundar villas en uno de los estados más ariscos de la Unión, dos siglos antes de que alguno de sus descendientes fuese jefe de policía en las ciudades de Dallas y Memphis, donde cayeron John Fitzgerald Kennedy y Martin Luther King, o quizá en las vecinas Montgomery y Birmingham, del estado de Alabama, donde se libraron las más crueles batallas por los derechos civiles; quién sabe.

Enrique se había presentado temprano para proponerle que le acompañase a grabar en las ruinas, era mucho más que probable consiguiesen valiosas psicofonías. —Seguro que si dejamos unos cuantos magnetofones recogemos una cosecha.

¿Te imaginas? Ariadna en su agonía, la voz gangosa de don Cayo Aurelio comido por la enfermedad y su grito antes de que se volara la cabeza con el máuser, modelo de 1869, a los tres días de que el juez ingresara en el depósito a doña Josefa y a Francisca, los lamentos de horror de Cristina y María del Pino al oír la detonación, al descubrir al patriarca con los sesos reventados, Santo Cristo, don Cayo Aurelio empuñando el mosquetón preferido de don Eurípides, con el que su padre se presentó en la basílica de Teror al tener noticia de la ocupación de Tetuán en 1913, pues llegó a las puertas del templo después de cabalgar toda la noche en su yegua preferida para celebrar el éxito de las armas españolas en la capital del protectorado, don Eurípides ofreciendo a los pies de la Virgen el arma que le habían traído de Alemania, entrando de rodillas para postrarse ante la imagen, inclinando la cabeza de toda la tribu en señal de respeto y sumisión a los poderes del cielo, don Eurípides lleno de gloria sin que tuviese tiempo de leer los telegramas del levantamiento de Abd el-Krim y los sucesivos desastres a que llevó la insurrección de las cábilas, don Cayo Aurelio abierto por el bisturí del forense en la misma mesa de mármol en que diseccionaron a Ariadna tres días antes, la dinastía extinguiéndose en los últimos sacrificios mientras en el gramófono sonaba una chirriante grabación de El Ocaso de los Dioses de Wagner, *Hoiho! Ihr Gibischmannen*, acudid todos a contemplar el cortejo de las Parcas que han hilado hasta el último ovillo el destino del judío prestamista de la ciudad de Brujas que casó con una meretriz de Sevilla, Sigfrido y Brunilda tejiendo sus destinos en la isla de Tamarán ante el acecho de la multitud de tibicenas y encantadoras, los seres de tinieblas aliados con la perversidad de Hagen, que ordena izar la pira de la purificación para que las

cenizas de Pieter, llamado también Pedro Vandale, padre de los Vendoval, suban a lo alto, se diluyan en el aire caliginoso de la tarde mientras llega a las murallas de la hacienda una avenida del barranco que derriba los farallones y las paredes de protección, que inunda toda la escena en tanto las Ondinas recuperan el anillo del Bien y las llamas de la hoguera reducen a esqueleto las raíces de La Vega, sonando todavía la Marcha Fúnebre de Sigfrido cuando el máuser vomita fuego y Cristina y María del Pino lloran la última desgracia de los mercaderes de Flandes.

Imagínate: Edison y Marconi no buscaban el fonógrafo ni la radio. Sólo esperaban comprobar si hay energías desconocidas, quizá sedimentos de otras vidas, de anteriores encarnaciones que puedan jugar al escondite con los vivos, mucho antes de que el sueco que quiso grabar el canto de los pájaros en un bosque descubriese por azar los extraños gemidos que supusieron una revelación similar a la de Galileo Galilei descubriendo que es la Tierra la que gira y no el Sol, al demostrar al fin que hay algo más fuera de las fronteras que conocemos, de tal modo que ahora podríamos encontrar los hilos que movieron al judío fugitivo a bajar al puerto de Brujas (¿o fue al de Amberes?) para ver las sacas de azúcar de las islas del sol, una fuerza terrible empujándolo a buscar los mares donde sopla el alisio, haciéndose al fin con la heredad junto a la acequia que penetra desde el barranco, a convertirse en discípulo eminente de la Fe Católica, en el mecenas de la iglesia matriz, en el patriarca de la pequeña ciudad, en defensor de la contrarreforma y confidente de los más altos cargos del Tribunal de la Santa Inquisición, en señor leal para sus vasallos, en fundador de cien mestizajes.

—No lo creo —dijo Raquel cuando las hilachas de niebla se desdibujan porque las dispersa una ventisca del sureste, y allá abajo está el litoral pardo que se alarga y las pistas del aeropuerto—. Es tu propio subconsciente quien graba esas cintas, estamos aquí abajo solos para siempre —y surgía un sol velado entre los riscales que reverdecen

con los primeros chubascos, pequeños huertos en terraza donde cultivan los campesinos que no pudieron emplearse como pinches en los hoteles del sur, los viejos que componen el último Rancho de Ánimas que aún recorre las calles empinadas, las veredas entre los precipicios pidiendo limosna para quienes padecen los tormentos del fuego eterno, para las ánimas benditas que precisan limosna con la que rezar misas gregorianas, los romances que han adaptado con las voces de la muerte, que son sus propias muertes y las de sus gentes porque todos los días acecha una legión de espectros en las lenguas de lava de volcanes que se extinguieron hace mil años, el llanto de los timpleles, las guitarras y las bandurrias en los caminos abiertos por quienes portaban leña para los ingenios de la costa, inaugurando así la galería de todas esas voces, de todas esas muertes.

CAPÍTULO NUEVE

EL PROCESO

Dios fue derrotado antes de la Historia por el Príncipe de las Tinieblas. Y derrotado, convertido en presunto diablo, es doblemente desprestigiado, puesto que se le atribuye este universo calamitoso.

ERNESTO SÁBATO

El domingo, quince de noviembre de mil novecientos treinta y uno, amaneció casi despejado: la temperatura máxima fue de 25,2 y la mínima de 17,3. La mar estuvo rizada y a lo lejos había cúmulos y cirros altos rasgándose en el horizonte.

De madrugada cuajó un rocío de marismo en las calles de Vegueta, en los portales y balcones, en las azoteas y los helechos de los patios. Poco después de que el sol se levantara comenzó el calor.

A las once, el día era diáfano y las campanas de la catedral llamaron a misa mayor cuando las comadres estaban esperando el toque que se derrama por las calles y las plazas, se encarama por las casuchas del risco y se deja arrastrar mar adentro.

Era la señal.

Bajo el abrazo del sol, la plaza de Santa Ana veía pasar las caballerías y los quitrines.

Hoy hace veinte años que las calles de Las Palmas fueron salpicadas con sangre inocente, dice la esquila que trae

La Provincia en primera página, que no lleva cruz porque la suscribe la Federación Obrera: *¡Canarios, roguemos a Dios por el eterno descanso de los muertos; acudamos a las desamparadas familias y exijamos las debidas responsabilidades!*

A su lado había otra por el capitán José Torrent, práctico del Puerto que cerró sus ojos sin volver a Gerona, y un enjambre de recuadros que aconsejan los remedios infalibles para salvar la hernia, pulir la plata, desaparecer las pecas y suavizar las blenorragias, para los nervios y las heridas, para la tos y la esbeltez, para conseguir hermosos senos que le darán una silueta semejante a las actrices del celuloide, para la anemia, la inapetencia, la debilidad, las almorranas, las fisuras, los sarpullos y eccemas, los flujos, el escozor, las hemorragias y otros tormentos, y en otro recuadro se anuncia la compañía de comedias de Manolo París, desde el sábado en el Pérez Galdós con la actriz Julia Lajos como primera figura, a tres pesetas la butaca.

Era lógico que *El Tribuno* ampliase los tristes sucesos del 15 de noviembre de 1911, un día de elecciones en que concurrían dos candidatos del partido leonino, otro independiente y un cuarto de los federales de Franchy. Han puesto vigilancia preventiva pero, cuando todo se ha consumado, la autoridad expide un comunicado en el que aplica la culpa a la masa de carboneros que rompieron una urna y arrojaron piedras y tiros desde la azotea que está frente al colegio de Molino de Viento, cogiendo desprevenidas a las fuerzas del orden, que se vieron forzadas a repeler la agresión con disparos al aire para intimidar a la turba, por cuyo motivo resultó la muerte de seis obreros, los primeros mártires de la rebeldía contra el caciquismo insular, pues no en vano fueron inmolados en aras del supremo ideal de justicia, que así hablaron en el mitin del Pabellón Recreativo, y luego dieron vivas a la República al finalizar la Marcha Fúnebre de Chopin durante la colocación de coronas de flores.

Hoy mismo, en sesiones de cinco y media y nueve y cuarto, el Royal Cinema estrena un gran film sonoro, totalmente hablado en inglés, alemán y español, que es la apertura de la temporada 1931-1932 y se titula *Mar de Fondo* con George O'Brien, Marion Lessing y Mona Maris, acompañado del corto *Cupido Chauffer*. Pero lo que en verdad interesa es que el Victoria bate al Gran Canaria con un difícil 2-0 en la final del Trofeo Damm, en el repleto Campo España, y al mismo nivel tipográfico destacan los diarios de estos días el telegrama que recuerda el dictamen de la comisión de responsabilidades contra el ex rey Alfonso, que tanto *ABC* como *El Sol*, *El Liberal*, *Ahora*, *El Imparcial* y *El Debate* se extienden en editoriales; incluso *El Tribuno* recoge la detención de un fraile mercedario del convento de la calle de Silva y el cajero de la sucursal del Monte de Piedad de Núñez de Balboa, y un capitán apellidado Esquiroz y un conde, que se afirma puede ser el de Abayda, aunque fuentes solventes precisan que no es cierto que se haya detenido a generales por un complot para reinstaurar en el trono al depuesto Borbón, Alfonso, ya reo de delitos de lesa majestad contra la soberanía del pueblo como jefe de una rebelión militar absolutista, con lo que privó al pueblo de sus derechos durante los siete años de dictadura de Primo de Rivera, y, aunque ha contraído culpas que le hacen merecedor a la pena de muerte, repugnando ésta a la sensibilidad del parlamento, ha de ser conmutada por reclusión perpetua que se aplicará en cuanto ponga pie en el territorio nacional. Pero si persiste en rebeldía será ejecutado, incautándose la República de sus bienes, derechos y acciones; dictamen que fue aprobado con delirante entusiasmo en tanto Besteiro llama a Azaña para que se haga cargo del poder tras la renuncia de Alcalá Zamora, aunque en la isla nunca pasa nada, pues los cables van arrinconados entre las gacetillas y los anuncios de las consignatarias y los remedios milagrosos.

A las ocho de la noche —sigue la costumbre inglesa— hay cena-verbena en el Náutico, pues en esta langui-

dez hay que matar el tiempo entre La Alameda y el concierto del teatro así como el Gabinete y el Mercantil, en estas tardes de invierno en que baja el termómetro a diecisiete grados y las niñas han de arrojarse en sus chales ante los oficiales del buque francés que las invitarán a una sesión de fox-trots, y don José Franchy Roca, fiscal general, advierte que los jesuitas son un serio peligro y, por ello, urge acabar con los votos perpetuos y autorizar a los clérigos para que contraigan matrimonio civil. Hoy mismo viene en *La Crónica* la noticia de que las feministas norteamericanas reciben con vivo ardor la concesión de voto a nuestras mujeres, pronostican que dentro de veinticinco años votarán todas las del mundo, incluso las de Francia —donde aún existe un gobierno reaccionario— y, es más, trae *La Crónica* la nota de que el gobernador de Bilbao multó a un joven con 500 pesetas por dar vítores al ex rey desde un coche, y a otro que llevaba una flor de lis en la solapa.

Envueltos en el almidón de sus vestidos —los sombreros de flores, las barbas mayestáticas— penetran en el tabernáculo, llegan a sus reclinatorios mientras las campanas juegan en el aire y *El País* se sorprende esta mañana de que la C.N.T. muestre su intransigencia con la II República habiendo sido tan contemplativa con la dictadura, en este primer otoño del régimen en que se apedrean los veintidós millones de habitantes de la piel de toro y de las islas, y Greta Garbo presentando en el Teatro Hermanos Millares su último éxito *La Mujer Ligera*, con John Gilbert, véala en un drama de pasiones imposibles. *El País* insiste en que don José Ortega y Gasset fundará un partido republicano y Martínez Barrios declara que en el mes entrante será elegido presidente, y tras la declaración de crisis será ofrecido el poder al PSOE como minoría más numerosa, aunque los radicales no querrán colaborar; acaso Lerroux sea incapaz para gobernar porque está rodeado de antiguos caciques y Gil Robles ha sido elegido líder de Acción Nacional, y mañana entrarán en la bahía vapores ingleses para Sierra Leona, Amberes, Londonderry, Pensacola y Rot-

terdam; holandeses para Barbados; alemanes para Hamburgo y veleros para la pesca, y ahora se levanta un aire que parece rodarse al norte. Es como un aviso de que tal vez venga una garuja sobre la ciudad invadida de cagarrutas de perro ahora que los oficiales de la Elder Dempster, los de Miller, los de Fyffes y los de Yeoward han traído la moda de los animales de compañía, y la suscripción para los repatriados de Cuba asciende a setecientas cuarenta y siete pesetas con veinticinco céntimos, y ojalá todo cambie pues España parece una nación entregada al regocijo de la huelga, al regusto de la algarada cuando desde París anuncia el Duque de Alba que don Alfonso ha abdicado en su hijo don Juan, y *La Crónica*, edición de la mañana, 20 céntimos, se pregunta ¿Dónde están las ventajas?, el cronista aprovecha para denunciar la desidia de los ayuntamientos, el fraude del pan y el problema de vivienda, y don Pío Baroja escribe sobre El Fantasma Vasco-Navarro, dice que los últimos sucesos religiosos han repercutido en el norte de manera sensible, pero —añade— hablar de levantamiento, de ir a la montaña, de repetir los episodios del carlismo, me hace efecto de una fantasía, pues el nacionalismo no interesa en Vasconia; claro que, por tratarse de gente que habla poco, resulta difícil saberlo —concluye.

Es difícil que se cumplan las cabañuelas: no se repiten los rabos de bruma en los pinares ni la luna tiene un halo rojizo ni reverdecen los tarahales en el barranco ni se mueven las bandadas de perdices ni aletean los cernícalos, pero incendiaron un convento en Santander y los radicales celebraron un acto anticlerical presidido por don Eduardo Ortega y Gasset, y se comenta la osadía de Unamuno en la apertura de Salamanca, y se calienta el debate del artículo de la nueva constitución que preceptúa la disolución de las órdenes monásticas, sobre todo en la zona que luego se llamará Euzkadi, y Emilio Carrere advierte que el divorcio permitirá que la mujer sacie sus fantasías eróticas, pero el país se desmorona pese a que los patriotas como don Juan March tiene aún energías para negar las acusaciones

en su contra, el terrorismo hace estragos en Barcelona y Ramiro de Maeztu escribe que la capitulación de Berlín nos hace insistir en que la crisis del 29, el crack yanqui, se expande sobre Europa, el mundo sufre una crisis espantosa que lo arrastrará al caos.

Tierra de hechizos, dijo el fiscal, pues los pueblos del sur se habían distinguido por ser origen de motines y asonadas, de reyertas y pendencias contrapuestas, pues si en 1812 celebraron el juramento de las Cortes de Cádiz cuando un bergantín catalán trajo la nueva a Melenara, once años después el anciano Matías Zurita puso en pie una revuelta tras la que fue condenado a morir ante un pelotón de arcabuceros por propalar que el gobierno revolucionario requisaría las alhajas de los templos. En el sur nació la persecución de los frailes exclaustrados, en 1835, porque en las boticas se asientan las logias de la sedición, y en Tara y Cendro enraiza una estirpe de mujeres lunáticas, recluidas como si fuesen sacerdotisas, que sanan los agravios de salud y predicen el futuro cubiertas por sayales, ante ídolos prehispánicos de la fecundidad, incluso betilos encontrados en los almogarenes.

Es seguro que esta estirpe de matronas tenía de noche sus aquelarres en el cauce del barranco, en un recodo que está apenas un kilómetro arriba de La Vega. Y en sus festines chupaban la sangre de varón recién nacido, porque las criaturas amanecían amoratadas, con rasguños en las sienes, los sexos extirpados de raíz, y gozaban también del poder de unir o separar los matrimonios, ora fomentando pugnas, ora aplacándolas. Conseguían, además, que las doncellas más remisas entregaran sus vergüenzas a la ira de machos cabríos y raptaban novicias de los conventos de Vegueta, que con estos cargos las acusaron una vez que las abadesas descubrieron la preñez de numerosas recogidas, según reza en los oficios de la época, así como en los que fueron a parar a Bristol y Coimbra tras la rapiña de los piratas.

De modo que las brujas instigaron cuantas maldades aparecían, bien se tratase de una boca de gas de azufre

que arruina los viñedos, de los siete años de sequía, de las epidemias o del temporal que cayó el seis de noviembre del año de desgracia de 1826, cuando una nube derramó tal cantidad de agua en los cerros que hubiera arrastrado la tierra de prolongarse unas horas. Cuentan que el diluvio borró fincas, diezmó hatos de cabras y ovejas, rompió los caminos de medianías, y la marejada arruinó el muelle que una y otra vez intentaban armar frente a la ermita de la Confraternidad de Mareantes de San Pedro González Telmo, y fueron arrancados los puentes que unían Triana con Vegueta, inundándose El Terrero, La Plazuela e incluso la calle de La Pelota mientras los techos se agrietaban y caía la gigantesca araucaria y la mar subía llevándose dos bodegones y tres mancebías de La Marina, y naufragaron un bricbarca y dos goletas, y el desastre dejó tres ahogados y la ruina general.

Era aquélla una casta de mala sangre que resultaba del cruce de cientos de forajidos sacados de las cárceles de la Santa Hermandad, a cambio de participar en la conquista, con esclavas moriscas que portaban en su entraña la apostasía, gente que *a fecho e cometido algunos delitos de diversas calidades e salteamientos de yglesias y monasterios e otros excesos, por lo qual han caydo e incurrido en penas çeviles e criminales; las quales es mi merçed e voluntad que sean en el servicio que fisieren los dichos delinquentes en la conquista de las dichas yslas, syrviendo cada por su persona o con la gente que fuera acordada*, según las pragmáticas que recibieron los Adelantados de sus Católicas Majestades.

Y para poner remedio a tales conjuros, ya que eran inútiles los azotes y sambenitos, los confinamientos en cárceles y las ceremonias de exorcismo, no hubo otro remedio que instruir procesos en los que, a medida que avanzaba el rigor de los tormentos, confesaban la verdad de sus sortilegios y pactos con las fuerzas ocultas de la noche, con los seres del Sabbath, sesiones a las que concurrían jarcas de sapos, así como demonios enanos sin brazos que danzaban al compás del sirinoque, un ritmo lento, hierático,

que iba trastocándose en convulsiones a medida que del vientre de los chivos sobresalía un falo de estopa añil ante el que se arrodillaban las mujeres para retozar hasta sentirse cumplidas sin sentir daño, pese a que hervía aquel semen como plomo al rojo vivo.

Determinaron los regidores trabar diligencias con vistas a instituir un escarmiento que volviese al redil a las posesas, entre las cuales citaron a treinta viudas y cinco adolescentes que habían sentido la regla aquella misma primavera, y otras mujerucas abandonadas por sus maridos durante el tiempo en que se dedicaban a la pesca del salpreso.

Llegó el dos de agosto de 1727, que amaneció tupido en calina en el intervalo en que levantaban un cadalso junto a la muralla que sube a la loma de San Francisco. Victoria Taño había sido juzgada la víspera, y todos la hallaron culpable de dar muerte a su legítimo esposo mediante pócimas, con el fin de dar paso a un jovenzuelo de diecisiete años que le trastornó el juicio por su holgado atributo. La tuvieron tres días en una de las celdas más lóbregas de las Oblatas, sin alimento y sin agua.

La llevaban al suplicio arrastrada en un serón mientras las campanas de las parroquias y ermitas menores tocaban a muerto, y se levantaba del mar una brisilla tenue, pero prieta de humedad, y eran las nueve dadas cuando el verdugo apretó las muescas del garrote y su cuello se quebró para siempre. Sin dilación arrastraron el cadáver hasta la punta del muelle, atado en un tonel bien recubierto por brea y arpillera, con cien kilos de artillería ya inservible que requisaron en las fortalezas.

Pero fue inútil porque Victoria Taño seguía participando en el rito convertida en perra, a fin de que no la reconocieran los esbirros y alguaciles de la Real Audiencia en sus batidas, pues blandían hachones barranco arriba sin que descubriesen otra cosa que restos de una enorme hembra de la raza feroz de los bardinos, sin duda ahogada por las grandes lluvias de abril y, a su lado, los tablones de un bocoy de los que usan para el mosto, y bolsas de

brea y jirones de tela destrozada por las lajas de la corriente.

No: definitivamente no son de lluvia los celajes azulinos que cruzan de norte a sur; sólo un espejismo. Lo avisa don José Ortega y Gasset: la República conservadora y católica de Alcalá Zamora será combatida por quienes incendian iglesias y llenan de espanto a las masas inciertas del país, y ello se une al hecho desgraciado de que el mundo vive el drama de la desmesurada población, el militarismo de los gobiernos y el régimen de dispendios, y canta en su discurso ante la Cámara que ve desencanto tras los hechos de Sevilla, con la constancia de que en Barcelona se le hizo al comandante Franco la proposición de levantar una guerra civil, aunque éste exigió la garantía de ser elegido diputado por Barcelona para asegurar su inmunidad, plan que fracasó a última hora por las lesiones del mitin de Lora del Río; recibió Franco 4.750.000 pesetas de elementos extranjeros ¿intermediarios del Borbón? para instigar el alzamiento, pues han sido descubiertos depósitos de armas en el sur, ya que movilizaría tropas de Tablada, Los Alcázares y Marruecos, y a raíz de esta conspiración el Gobierno anuncia la Ley de Defensa de la República, que no podrá salir adelante porque la Generalitat amenaza con declarar a Cataluña libre.

Aquí en la isla el ayuntamiento incauta por fin la fábrica de luz de la Cícer en Guanarteme, y volverá el Graff Zepelin a surcar el cielo de la capital con su panza llena de viento, se incrementa la línea de vapores directos con Liverpool para exportar el plátano —que aventaja al de Jamaica— y donde sí hay novedades es en el pueblo de San Lorenzo, no lejos de Tamaraceite, pues una niña de ocho años provoca a la hora del toque de queda una lluvia de piedras y gran estrépito en la vajilla, que revolotea en las alacenas, y le ponen la cinta roja de San Blas, el hábito del Carmen, y los periódicos comentan la posibilidad de que el obispo nombre sacerdotes que intervengan en el exorcismo siguiendo el rito romano. A *Diario de Las Palmas* —fundado en 1893— le preocupa

sobre todo la insólita propuesta de los diputados tinerfeños en orden a reunificar la provincia, y la agencia Perpén señala que Maura preparaba un golpe militar con el director de la Guardia Civil, general Sanjurjo, según trascendió en la Bolsa y entretanto el Vaticano acepta la dimisión del cardenal Segura como primado con la alegría del Gobierno por mantener la supremacía del poder civil ahora que España es una República Democrática de Trabajadores de Toda Clase, un país lanzado a la reforma social más profunda.

Aprovecha el *Diario* para reproducir el artículo de Wenceslao Fernández Flórez en *ABC* que hace chanza de los diputados tinerfeños, y dice que estalló el escándalo cuando Alcalá Zamora se opone al artículo 24, con un altercado de vivas y muertas a la República y el epílogo de una llamada a Azaña, y si quiere música en Muro, 4 le ofrecen la novedad del Himno de Riego, la Internacional y el Fusilamiento de Galán, aún de los tangos Yira, yira, Dónde estás corazón y La Chacha.

Mañana, lunes —San Eulogio, arzobispo— las Cuarenta Horas empiezan a las seis de la tarde y terminan una hora después en Santo Domingo; el turno 2 de la Adoración celebrará la vigilia de titular con tedéum y plática, según explica *El Defensor de Canarias*, la primera página dedicada a resaltar el éxito del mitin revisionista de Palencia, más de treinta mil asistentes a la llamada de la Minoría Agraria y Vasconavarra, con la ausencia del obispo Pildain que poco después fuera desterrado a la isla de los espejismos para conjurar toda referencia a don Benito Pérez Galdós y mantener la más férrea disciplina en las costumbres, para que diese con las puertas de la catedral en las narices del generalísimo Franco y de Evita Perón; cuenta *El Defensor* que llovieron telegramas de los católicos alemanes que se adhieren a sus hermanos perseguidos en España, ya que el porvenir de Europa sólo puede florecer sobre la losa del cristianismo, y por ello *El Debate* replica a *Crisol* en orden a la campaña antijesuítica, pues a nada bueno nos conducirá este Gobierno que fija el sueldo del

presidente en cuatro millones de pesetas. Y advierte que si la Iglesia retira las órdenes religiosas, o éstas se declarasen en huelga, los más difíciles servicios quedarían incumplidos: las Escuelas Pías, los Talleres Salesianos, los PP. Maristas, San Juan de Dios, las beneméritas hermanas de la Caridad y San Vicente Paúl; como estamos en tiempo de confusión deben recordar quienes no reciben el santo sacramento del matrimonio que abjuran de su fe y quedan excomulgados al instante, pues el episcopado eleva un mensaje a Pío XI para que este mando degradante no nos imponga sus errores heréticos, y firma el obispo de la diócesis don Miguel Serra y Sucarrats un poco más arriba del recuadro en que se avisa que el Partido Nacional Socialista de Adolf Hitler se dispone a colaborar con los creyentes españoles siempre que éstos rompan con el socialismo marxista, puesto que ante las eras que se avecinan es preciso delimitar posiciones.

Y es que todos los periódicos locales anuncian sin recato que mañana, día 16, comienza EL JUICIO POR EL MARTIRIO DE ARIADNA VAN DER WALLE en la Audiencia de esta capital, a las diez. Apenas faltan veinticuatro horas para que esta gente que ha ocupado sus sitials en la misa mayor se agolpe en la puerta del palacio de audiencias para oír un juicio que se presenta con desbordada pasión por sus hermanaciones fisiológicas, patológicas, terapéuticas y atávicas, según los cronistas de tribunales de *La Provincia*, *El Tribuno*, *La Crónica*, *El País*, *Diario de Las Palmas* y *El Defensor de Canarias*; gozarán algo nunca visto en todos los anales de las islas.

Cincuenta años después, Enrique López encontró aún un temor supersticioso a hablar de ciertas cosas. Deformados por la leyenda, todos conocían los episodios. Pero pocos ofrecían explicaciones; por eso se aplicó al examen del relato que publicaron los diarios, las crónicas del escándalo, la refundición de las defensas y las acusaciones, la impresión de los testigos, el comentario tras el fallo y la mezcla de compasión y furor que el suceso desató por la isla, *la emoción vibrante que se advierte en los*

días subsiguientes, el interés palpitante y apasionado que resurge con su máxima plenitud espiritual en los momentos en que estos infelices van a ser juzgados —según palabras del joven letrado señor Santana que en compañía del señor Monagas van a encargarse de la defensa.

—Pero mi espíritu se colma de fe porque hoy para vosotros, como para la opinión en masa, la crueldad se torna en desvarío, el daño en beneficio, la perversidad en trastorno mental y lo que antes se repudiaba como un crimen horrendo no hay otro remedio que compadecerlo como el fruto de unas mentes extraviadas.

Así habló en el juicio, marcando las pausas, solemne: Quiero buscar, pues, rectamente, señores del Jurado, clara la razón, un principio de equidad que brote como siempre puro y cristalino del veredicto. Está claro por completo, es transparente que en el caso que nos ocupa consta la influencia trascendental de la herencia. Pues ha habido entre los miembros de esta alianza familiar manifiestos ejemplos de trastorno, en las más recientes y en las más remotas generaciones, quizá por la acusada endogamia, la abundancia de bodas entre primos hermanos e incluso entre tío y sobrina, todo lo cual ha originado más de un caso de deformidad física e insuficiencia mental, anomalías que han contribuido al propio fin de la estirpe, a la extinción del nombre que tantas gestas ha protagonizado en nuestra historia.

Continuaba hablando de la influencia decisiva de las creencias de corte fanático e iluminista, del papel que estas prácticas adquieren en personas con taras de carácter constitucional, gente sin duda virtuosa en lo antiguo pero ahora trastornada, pues el divino rayo de la religión cristiana, al penetrar en el espíritu humano produce diafanidad si el ser se dispone en normales condiciones, mas puede producir y produce estados tenebrosos, pesadillas y convulsiones si el receptor se halla en predisposición anormal.

Era la sala de audiencias una piña de silencio aquella madrugada del martes diecisiete de noviembre, y tras los arrebatos del fiscal llamaba la atención el tono persuasivo

de las defensas, los moderados discursos que insisten en la idea de la aberración que significa el castigo del cuerpo para salvar el alma, principio de la hechicería que les fuera imbuido en las sesiones espiritistas, donde llegaron a adquirir una conciencia ausente de la realidad, que les hace habitar en regiones prohibidas, en abismos. —Es más, continuó, recordemos que en la familia real española, relegada a la historia tras la gloriosa proclamación del 14 de abril, hubo casos tan espectaculares como el de Carlos II, El Hechizado, quien atribuyó su incapacidad para engendrar a artes maléficas, y así organizó una fantástica representación en la que el propio Satán prescribía tratamiento por boca de monjas endemoniadas y unos exorcismos que terminaron sin otro resultado que la burla de la Historia.

Así dijo con seguridad declamatoria antes de suspender el diálogo para volver a explicar que con ello vino la decadencia de la nación antes poderosa porque, puesta en manos de energúmenos deformes, resquebrajó su imperio en beneficio de sus enemigos europeos —rubricó mientras subía una ovación cerrada del fondo, y los guardias de asalto amenazaron con el desalojo si vuelve a interrumpirse la vista oral, ya bastante agitada tras la aparición de los numerosos testigos, según recogieron las crónicas, que contaban los más nimios detalles, que reprodujeron las conclusiones del fiscal y las defensas para demostrar la dependencia de aquellas jóvenes respecto al último varón de la familia, fallecido a los veinticinco años sin haber conocido mujer, de qué manera su alma convulsa le llevó a escribir documentos tras las sesiones en el centro La Fe, la Esperanza y la Fraternidad cuando se desmoronaba la fortuna familiar, don Cayo Aurelio reducido a un estado vegetal hasta que decidió desaparecer de este mundo sin duda trastornado por la muerte de la hija que más quería, derruido el cercado de plantas tropicales que tan buenas perspectivas apuntaban, secándose los aguacateros y los mangos, los papayos y chayoterías, los guayabos y los tamarindos; la muerte como un velo negro sobre los sembrados y el salitre acumulándose en el fondo de la noria,

a la que aplicaron —en vano— una novísima bomba extractora; la roña de óxidos carcomiendo la junturas y el ferruje apoderándose de los mandos, bajo la costra de deyecciones de las abubillas y los palomos; el sudario de la desolación agostando las enredaderas, los dragos y las gerberas; un aura de exterminio adueñándose de la finca, que retorna al erial, al yermo, mientras se multiplican los artículos de la prensa local, las entrevistas con los testigos, los comentarios sobre el pernicioso efecto de la fe fanática, el retorno a rituales de hechiceras.

Crecía el proceso en legajos en los que se apretaban los informes de largos y cuidadosos exámenes psiquiátricos de cada miembro de la familia, se anotaban sus antecedentes y respuestas al cuestionario de Woodworth, sus reacciones ante los tests, sus actitudes, sus exploraciones neurológicas, sus diagnósticos clínicos; las puntuales recomendaciones de los expertos junto a las diligencias del sumario, las declaraciones, los careos, la reconstrucción de los hechos, el relato de la autopsia, los testimonios de los vecinos, las alegaciones del fiscal y las brillantes réplicas de las defensas, asumidas por jóvenes togados que unirían para siempre su nombre al célebre caso de las espiritistas en el transcurso de un juicio que tuvo en vilo a toda la isla de Tamarán, que hizo correr tinta en los diarios y que sería citado cuarenta años después en los primeros congresos de brujología autorizados por el régimen de Franco tras azarosas negociaciones. Multiplicaban los periódicos sus ataques a la falta de escuelas, al carácter rural y conservador del entorno, al influjo que los centros de teosofía producen en mentes de por sí ya castradas por la vivencia de una religión rígida y estruendosa que les lleva a aceptar como buena la exigencia de que es preciso pasar todo tipo de privaciones en la tierra para lograr el cielo.

Desata, así, una tenaz campaña contra los inductores, los explotadores de las conciencias débiles; se suceden las más agrias discusiones y un cronista consigue reproducir las cartas que el joven Jacinto hacía llegar a su familia cuando cumplía el servicio militar en el Regimiento de

Artillería de La Isleta, dice que siente una gran tristeza al estar separado de ustedes, pero *el recuerdo de mi queridísima madre y de ustedes mis hermanas es como si un placer invisible y misterioso hablase en mi corazón iluminando mi pensamiento con ondas luminosas que suben y bajan en mi cerebro yendo a parar a mis labios. Quisiera que la vibración llegase a vuestros oídos y conseguir grabarla a fuego en vuestros corazones*, explosivas cartas en las que Jacinto vuelca todo su amor por quienes adoraron su hombría de bien, su comedida virilidad, su respetuoso sentido del deber y lealtad para con los suyos; no en vano era el *guía protector de la materia* que gusta vagar en las madrugada por las playas, donde encuentra cientos de espíritus vagabundos que se le manifiestan en su natural estado, incluso en las lenguas de algas que deja el reboso, en las maretas y las peñas donde los pescadores cogen lapas y pulpos; espíritus penitentes que expían sus faltas en el ascenso hacia las regiones donde el aire huele a flor de jazmín y los seres puros se deleitan con visiones sobrenaturales de gran dicha.

Hablaron los cronistas de las teorías que algunos emigrantes desalmados importaron del vudú y la macumba, de los cultos africanos que prendieron en las Antillas y desde allí fueron traídos por seres que sembraron en la isla la semilla de la fe errada, por lo que hay que castigar a los instigadores del mal, a los que corrompen a cuerpos que sin duda carecen de la noción de la realidad, locura contagiada en sesiones que demuestran la *esquizofrenia crepuscular* de estos seres, según las defensas recordarían aquel mes de noviembre. Pormenorizan que ninguna de las casi doscientas heridas que presentaba el cadáver de Ariadna bastaba por sí sola para producir la muerte, dada su escasa hondura y habiéndose probado por la autopsia que no había apenas estigmas en el cráneo, el pecho ni sobre las vísceras sensibles, lo que demuestra que *no hubo intención de matar*, que no existió *dolo criminoso*, ni era posible que se manifestase con tales circunstancias la *voluntad de delinquir* puesto que ésta se hallaba viciada

de raíz, y en modo alguno es aceptable admitir —como pretende el señor fiscal— la vigencia en este caso del artículo 515 del código, en su concreción a la pena de homicidio, negándose asimismo el delito de parricidio del precepto 521 de nuestro vigente código penal, que sin duda agravaría la condena por mediar muerte de padre, madre o hijo, o cualquiera de sus ascendientes o descendientes legítimos o ilegítimos, y esto es así porque la muerte sobrevino a causa de la extrema debilidad de Ariadna, quien era presa de excitación familiar a raíz de las *comunicaciones* con el espíritu de Jacinto, ya que sólo tomaban yerbas guisadas y agua florida por consejo de su espectro, por ser desechables los alimentos en estado sólido a los ojos de los seres superiores, ya que contribuyen a mantener la envoltura corporal en un estado de putrefacción y sometimiento a la materia.

De modo que la muerte floreció por el considerable número de heridas, que no eran tales en la mente de las procesadas sino, antes bien, ayudas para que el mal ser abandonara su presa —dijo el abogado de doña Josefa, el señor Santana, quien prosiguió explicando que en este contexto es obvio que las creencias que dominaban a la familia son connaturales a su tipo demencial, a las neurosis compartidas desde hacía muchos años. Se ha demostrado, además, la esquizofrenia de Jacinto, enfermedad que pudo haber mantenido latente desde su pubertad y que contagió a sus parientes en la madrugada del veinticinco de abril, cuando —al fin— consiguieron comunicarse con su fantasma veinte días más tarde de su muerte, en la sesión que prosiguió tres días más envolviéndoles en un evidente contagio psíquico, en una locura inducida que les llevó a carecer de la conciencia del daño que hacían, siendo la propia Ariadna la primera en pedir «ayuda» para ser liberada de la influencia maligna que le agobiaba en la madrugada del 27 al 28 de abril, sólo unas horas antes de que expirase.

Fue, pues, la buena intención el factor clave que impregnó el comportamiento de Francisca y sus hermanas porque

demostrado está, señores del Jurado, que el crimen fue consecuencia irremediable de una pasión demencial, pues los Walle destacaron desde antiguo por su rectitud y bondad, su carácter religioso, recatado, austero, su moralidad intachable y sus obras de caridad en tiempos de desastres y conmociones, bien fuese en las sequías, en las plagas de langostas, en las hambrunas y el tifus, en las ruinas sucesivas.

Prosiguió su informe para insistir que el maléfico influjo de esas sesiones era un muestrario de devaneos y alucinaciones en almas de por sí contrahechas, a las que se acaba de destrozar con imprecaciones a los seres de ultratumba y a los apóstoles.

—Y digo más: sabido es que el tipo de enfermos psicoide vibra en su contacto con el mundo externo y el esquizoide, al contrario, gira en torno a su mundo interior, a una luz interna que él se forja, a un delirio que hace surgir visiones de espanto.

Se detuvo un instante, abrió los brazos, carraspeó y, por último, bebió un largo sorbo de agua antes de proseguir exponiendo que tales estados demuestran que en las frases de tales personas existe una gran disociación de ideas, como expresión del mundo de tinieblas en que viven, del reino de locura que sustituyó a lo que antes fueron unas relaciones llenas de cariño y dulzura, pues en el aquelarre llegaron a alimentarse sólo con aguas guisadas, colonia y ginebra, regaban la casa con agua bendita para ahuyentar las malas sombras siguiendo las instrucciones de la voz de Jacinto para que no penase en las mazmorras del Purgatorio, pues los espíritus ya se encargaban de nutrirles y darles alegría.

—Ésta es, en fin, una familia piadosa y ejemplar que no es responsable de sus actos y que mueve antes que nada a la compasión y al ejercicio de la caridad cristiana, no al juicio de sus conductas a la letra de los códigos.

Estuvo vibrante, muy en su papel de impresionar a los ocho miembros del jurado; acabó citando el principio latino del *nullum crimen sine culpa*, absolutamente diáfano, seño-

res, pues la voluntariedad en las acciones constituye el elemento anímico en que ha de basarse la responsabilidad criminal. Y, puesto que voluntad equivale a malicia o intención, según las sentencias del alto tribunal —véase una muy reciente, del 11 de octubre de 1928— éste es el elemento subjetivo equivalente a la intención dolosa. Estamos hablando, dijo el letrado señor Monagas, de *conciencia* y sabemos que quienes comparten el banquillo, pero especialmente mi defendida Francisca, están exentos de ella, carecen de toda imputabilidad criminal por hallarse enajenados, en una perturbación absoluta de sus facultades, en una alteración profunda de origen patológico, intensa y permanente.

—Por todo ello, es preciso que se dicte absolución —y se quedó con su dedo índice suspendido frente a las cabezas del jurado—, pues estamos a presencia de una eximente al principio de responsabilidad penal. Solicito, pues, el internamiento de doña Josefa y de Francisca en algún establecimiento psiquiátrico mientras persista su trastorno, cuya duración es por el momento indeterminada y sin que puedan salir del sanatorio sin autorización oficial. Y, con respecto a las niñas, al ser menores de dieciséis años, han de arbitrarse para ellas normas de protección, siendo aconsejable ceder su tutela y tutoría.

Enrique López aguarda en la sala de espera del famoso abogado, ya en el retiro, que sólo acude al bufete para orientar los asuntos más complejos, casos más rentables que los de la criminología: líos entre inmobiliarias, representación de sociedades inversoras de Alemania, asesoría en los litigios del señor conde con el ayuntamiento del sur, allá donde surgió la maraña de piscinas, centros comerciales, clubs de noche, puertos deportivos y playas artificiales en la boca de los barrancos.

Su grabadora dispuesta, un cuestionario que pormenoriza los puntos más oscuros, que cita titulares de la prensa, párrafos concretos de las exposiciones y réplicas del fiscal, aquel hombrecillo de la UGT que se escandalizaba cada vez que las mujeres afirmaban que *en el cielo se oye*

la Marcha Real cada vez que un alma sube al Padre, el ujier pestañea y se incendia el rostro del acusador mientras sonríen los jóvenes abogados y el escribano sigue tomando nota.

Espera al otro lado del tabique mientras oye el zumbido del aire acondicionado y la voz cascada del prestigioso defensor que consiguió ser concejal de abastos en la II República, que supo sacar provecho al estraperlo en los años cuarenta y hoy recibe el homenaje de sus ciudadanos en premio a su hábil sentido de la anticipación, pues quiso espolear el desmesurado crecimiento de la pequeña ciudad que pronto desbordó la carretera del Puerto, a la que dieron el nombre de León y Castillo, que levantó líneas de atraque y barriadas y hoteles al borde de la playa de aguas quietas, que diseñó paseos y autovías de penetración rápida en la enorme franja ganada al mar donde el visionario alcalde supo reservarse las parcelas más estratégicas amasando su prestigio tras su clamoroso triunfo en el caso de las espiritistas del año treinta, refutando con habilidad al Fiscal, a quien denunció a raíz del levantamiento que el capitán general Francisco Franco preparó en la tarde del 17 de julio de 1936 en los gabinetes del Hotel Madrid momentos antes de partir de Gando hacia Marruecos, el decrepito ugetista que acabó sus ruinas en el presidio improvisado en el lazareto, fusilado en el campo de tiro mientras cantaba el Himno de Riego una madrugada del mes de noviembre del año 1936, sólo cinco después del proceso de las espiritistas, y, entre tanto, el joven abogado, discípulo predilecto de Jiménez de Asúa y los mejores penalistas de la Universidad Complutense ponía en práctica sus aficiones literarias en la dirección del nuevo periódico *Falange*, levantado sobre las cenizas del diario socialista, cuya rotativa confiscaron desde el primer momento.

Sólo media horita, comprenda que el señor se fatiga y además tiene un consejo de administración a las doce —le dijo la secretaria cuando Enrique ya traspasaba la puerta y se encuentra, de frente, a la esperanza del foro de las islas.

—Buenos días, muchacho. Tome asiento.

CAPÍTULO DIEZ

LAS BRUJAS

Dice la Cábalá: nada desaparece por completo, todo se transforma, lo que creemos muerto sólo ha cambiado de lugar.

CARLOS FUENTES

—Un whisky, por favor.

Él pidió, naturalmente, un cien pipers, sin agua ni hielo; ella dudó un instante antes de decidirse por un gintonic. Poco más de las ocho y la terraza del Derby ya está abarrotada por parejas silenciosas de turistas, los ligones de playa con sus gafas Ray-Ban y las chaquetas blancas de los camareros.

—Es el tercero. Te vas a poner trompa —le dice cuando les traen las consumiciones; él empieza a sorber despacio y ella enciende un rubio.

—Hay que aprovechar la buena vida, cariño —la enlaza por la cintura; se acerca el limpiabotas que también lleva lotería; desfilan las pandillas que vienen de las boleras de Ripoché: pasan de largo los mirones hacia los quioscos de prensa y los mercadillos de pieles marroquíes.

El laberinto de calles estrechas que se cruzan junto al paseo de Las Canteras, el barrio de los hoteles, las discotecas, los bazares, las joyerías y las tiendas de souvenirs a lo largo de la playa de arenas claras, llamaradas de neón en la noche tibia, sensual, como ese aliento de la brisa

cálida, pegajosa, que viene de La Barra pavoneándose por las terrazas de las cafeterías, sobre los tenderetes de baratijas de ébano/palo rosa a lo largo del paseo de luz anaranjada; el neón astillando la modorra de las aceras mientras las tiendas de hindúes de Albareda exhiben las últimas novedades que regatearán desde primera hora de la mañana. Y ahora llega el crepúsculo en velos azules que ya son lilas y malvas.

La observa despacio: distingue la cascada de su pelo, los ojos grandes y la boca de labios carnosos; los pómulos altos, marcando el óvalo del rostro, los dedos jugueteando con el vaso, encendiendo un nuevo cigarrillo, envuelta en la calma más espesa de la eterna primavera, pues la isla es una sucesión de calas y bajíos frente a los que obtendrá capturas prodigiosas de marrajos y toninas que podrá exhibir a bordo del yate en el que no ha dejado de correr el whisky desde el embarcadero hasta que divisan esa punta que se adentra como una quilla entre El Inglés y Maspalomas, donde siempre hubo un campo de nudistas al abrigo de las dunas, entre la vegetación rala de ese trasplante de desierto de arenas deslumbrantes, arrastradas por la cabalgada del jármata a través de los 220 kilómetros que la separan del continente, sobre las fosas que son las mismas bocas de la Atlántida, que así declara el profesor Andrei Arkadyevich basándose en las fotografías de escaleras y paredes ciclópeas que se hallan a setenta metros de profundidad, casi en la vertical de Madeira, según cree probar el vicedirector del Instituto de Oceanografía de la Academia de Ciencias de URSS tras las investigaciones de Vladivir I. Marakuyev con una cámara sumergible en el Ampere Seamount, un volcán submarino explorado en 1977 por la expedición que descubrió masas de considerables dimensiones, rectangulares y redondeadas, que pudieran pertenecer a construcciones remotas, confirmando por fin a Platón en su hipótesis del continente hundido porque sus habitantes desafiaron a Zeus.

Repetía su gesto preferido: se lleva el índice a la patilla, se atusa la caída del pelo sobre la nuca mientras ella con-

templa su perfil aguileño, los ojos pardos, los dedos que juguetea con las llaves del coche, el encendedor de oro que lanza su llama estilizada para que ella inhale y encienda; él ha girado la cabeza para contemplar las dos rubias del fondo, pero ya llegan sus compañeros, un desastre estas pibitas que vienen ligadas, pues el resto se compone de viejas medio tullidas a las que sólo asedian los desesperados del Astoria, del Tam-Tam, del Barbarroja y los otros locales donde te sirven whisky de alambique en el vértigo de luces de la noche. Consumen los cubitos de hielo que ya se derriten en el paladar ahora que pasa el aire tibio.

—Bueno ¿por qué no vamos a otro sitio? —dice.

—Ahora mismo. Vamos a tomar una copa en mi hotel.

—Oye ¿qué te has creído? Yo decía que podemos subir al Don Juan, desde la terraza se ve toda la ciudad iluminada, una vista preciosa —y ya tiene la esperanza de poseerla desnuda bajo su piel, sus pechos altos, sus caderas bien formadas, esa piel eléctrica que vibrará con sus labios.

Una luna gigantesca cubre el cielo lechoso, cuajado de estrellas minúsculas: agujas y esquilas de luz se derraman en la bahía, en las convulsiones de las aguas encajonadas por los diques y dársenas cuando un guirigay de hombres llena los bochinches de Andamana. El ascensor les transporta a lo más alto del cilindro de aluminio y cristal. En la terraza de la planta veinticinco afina sus instrumentos un grupo musical ante las parejas que hablan a la luz de los velones rojos; inician la vuelta en redondo que les muestra los muelles, luego la avenida con su fila central de palmeras enanas, las colmenas de Schamann tras las murallas de la plaza de Don Benito, todo un barrio cuya nomenclatura ha sido dedicada a ensalzar la memoria del novelista que —según la leyenda— se sacudió las motas de arena que llevaba en las botas para nunca jamás ser atado a los presagios africanos del cielo de Tamarán, allá Ciudad Jardín con su vocación racionalista, aquí abajo las instalaciones de la banca inglesa, el terminal del tranvía que enlazó la pequeña ciudad con su puerto a través de

Arenales, allá el sector deportivo donde se agrupan los yates de bandera extranjera, expertos en la introducción de cargamentos de hachís desde la costa de Casablanca y que, después de distribuir la mercancía local prosiguen hacia Florida amparados en la impunidad de las corrientes.

—Ya es un milagro construir en esos riscos, las guaguas resoplando por las cuestas y ni un solo árbol ¿no te parece? —dijo al mirar la ciudad que creció devorándose a sí misma, borrando casonas coloniales y modernistas, dejando estrechos pasillos para sus calles, abatiendo los palmerales que le dieron el nombre, apoderándose de los barranquillos que zigzaguean entre cerros desnudos, reconstruyendo sus ruinas tras las sucesivas invasiones que dejaron tras de sí el pillaje y la desolación de los conventos, los archivos perdidos, la catedral siempre inconclusa, las planicies de huertos y molinos, y los fragmentos de muralla que suben por Mata, las mercaderías que se apiñan en torno al Guiniguada, las callejas que se convierten en fangales con las lloviznas de octubre, el clamor de las campanas y las procesiones de difuntos en plena noche, el paso lento de las tartanas con su traqueteo, las cofradías y los autos de fe en la plaza de Santa Ana, las covachas bajo la loma de San Francisco donde tienen acomodo las furcias y los tahúres, el hospital de los sarnosos, elefanciacos y desahuciados de la lepra, las casas marineras junto al varadero, el cáncer del marismo colgándose de los cuerpos igual que una tenaza en la ciudad de ochocientas casas encaramadas en el desfiladero que dejan las montañetas que la dominan y las batientes del mar, los riscos y farallones frente a la arboleda de San José; ciudad indefensa, pues sólo la guardan unos fortines y una muralla con dos baluartes a los extremos que no consiguen impedir el desembarco de los salteadores por su escasa fuerza de cañones de sitio, falconetes, sacros y perreros, arcabuces, mosquetes y minas ya inservibles porque el óxido del mar se incrustó en sus articulaciones, hizo crecer una herrumbre sarnosa que pudrió sus gatillos y desmoronó los basamentos de torreones y

almenas. La ciudad que guardan milicias de ciegos y cojitrancos que —por estar en ella el templo principal y el tribunal del Santo Oficio y la Real Audiencia— es cabeza del reino de Canarias; la ciudad de hombros negruzcos, las paredes de piedra igual que un baluarte de arena.

—¿Sabes lo que creo? Que la ciudad es un disparate —dijo Raquel apoyada en la baranda metálica que gira y gira; puedes quedarte girando como un trompo en la terraza mientras arriba ves el cielo negro y abajo la lámina sucia de la bahía en que se rompe esa luna en mil badajos, en esas aguas que son cloaca de la ciudad hecha a toda prisa para sepultar sus míseros orígenes; la ciudad que apesta de sahumeros para ahuyentar el mal de ojo y el cáncer del conocimiento de otros mundos posibles allá donde el horizonte es una línea finísima, la frontera de los infiernos.

La ciudad de penitencias y mojigangas, iglesias y mancebías en cuyos contornos es frecuente la aparición de almas en pena y fuegos fatuos que produce el flujo cadavérico de perros apestados, expulsados de la Vegueta nobiliaria donde residen los obispos y gobernadores de armas, los alguaciles y titulares de mayorazgos. Chata, morisca ciudad a horcajadas de los arrecifes, con la calle mayor de Triana donde pululan las verduleras que ofrecen cilantro, perejil, pimientos verdes y rábanos cabezudos; por donde las mariscadoras muestran almejas, clacas, lapas, burgados y erizos, y las viejas de encías descarnadas chillan ¡tachones, mercochas, guachafiscos, picarraños, cachirulos, gofio de millo recién tostaíto! confundiendo con la gritería de borrachos y busconas, de locos limosneros que lanzan ajijidos de ron.

La ciudad que embrujan los santiguadores y las curanderas; la ciudad que despierta con maitines y se acuesta con rezos contra los maleficios de las fiebres amarillas y otras plagas. La ciudad del tranvía y las nuevas calles, del alumbrado eléctrico y la coronación de la torres gemelas de la catedral, de las boticas y barberías de La Plazuela, de los hospitales y las alamedas. La ciudad de las gárgolas de piedra, de los pilares secos, de las portadas y balcones,

de los patios y las galerías, de las campanas y los ventorrillos junto al barranco que fue río.

De modo que cincuenta años después, desde El Goro a Juan Grande hay un camino de cuarterías, entre Aguatona, Sardina, Vecindario y Doctoral, que da una peculiar raza de curanderas capaces de sacar provecho a los tres elementos: la sal —sedimento de lo profundo—, el incienso —vapor de oriente— y el azufre —conjuro del diablo.

Es así como logran dominar el hechizo que se encrespa sobre los cardones y tabaibas, que levanta remolinos de tierra sobre los pozos ya salobres; esa veta de desierto suspendida por los aires es el *maljecho* que saja los senos de las mujeres recién paridas y agarrota los higos en flor, como un cedazo de telarañas borrando los caminos entre las casuchas.

—Severinita no puede recibirlas porque se acostó a las cinco, ya rendida hasta los huesos después de sanar a docenas de enfermos venidos de Agaete y Fontanales, del Tablero y Fataga, incluso de la capital y de Tejeda; inocentes a los que almas desaprensivas han hecho malos trabajos en la mente o en el cuerpo, trastornados de la cabeza o de las entrañas —dice Balbina, la sirvienta que recoge los presentes, bien sean en metálico o en especie.

Se agolpa el gentío desde el amanecer del viernes mientras Severinita hace sus oraciones, riega los rincones con agua bendita antes de que pase el hombre de treinta y cuatro años que despertó de madrugada expulsando sangre por las fauces y llorando como un niño porque ha sido víctima de una asechanza, que lo primero que hizo su mujer fue tirarle un balde de agua fría para serenarle el sentido y arrebujarlo en una manta, un caso de verdadera urgencia, pues este hombre quiere quitarse la vida y rajar a sus hijos con el cuchillo que usa en el almacén.

—Hijo mío: enterraron tu foto en estiércol hace ocho días. Ayer tarde, a la hora en que se ponía el sol, un compañero que te quiere mal la sacó de la bosta y clavó siete alfileres de punta negra en tu cabeza, la envolvió en un

plástico y se la llevó a su casa. Esta noche tu enemigo durmió con ella bajo la almohada.

Así habló, frente al patio que es un solar donde crecen matojos sin sombra, concurrido desde la madrugada hasta que Balbina anuncia que vuelvan el martes, que está fatigada, el reuma la come por dentro y en estas condiciones no tiene poder sobre los seres que han sido convocados por malos arreglos contra estos hombres y mujeres venidos de toda la isla, estatuas de cera frente al ventisquero húmedo de la mañana y bajo el sol de plomo del mediodía, hombres silenciosos que hacen correr el gollete de una botella de ron y luego tomarán el café de Balbina mientras Severinita atiende a un niño de siete meses sembrado de epilepsia, poco antes de que entre Isabelita la del Carrizal, atravesada por un mal de ovarios que le ha hecho perder tres embarazos, y ese señor tan serio y bien trajeado, con un reloj de pulsera que parece de oro, con gafas graduadas y un maletín, que trabaja en la oficina de un banco de la calle Fernando Guanarteme, me quieren comprometer con siete millones que no cuadran en los balances, le pagaré lo que sea preciso; hijo, yo no hago esto por piratería ni por dinero sino por el servicio a Cristo, así que descansa tu mente y mira esta lámpara y reza un Padrenuestro entretanto leo tu destino, así, adormeciéndote, deshenebrando el nudo de tu cabeza, limpiando la negrura de tus nervios, soltando el veneno de tu frente, concéntrate mientras hago la señal de la cruz sobre estas cartas, veo a la sacerdotisa con mucha nitidez, aquí viene la rueda de la fortuna, por allá desfila el hombre ahorcado y ahora se levanta la luna con su maliciosa sonrisa, corta las treinta y tres cartas en tres montoncitos iguales, levanta, hijo mío, vienen los arcanos mayores, pasa el diablo por delante del ermitaño, ahora la emperatriz con su cortejo, hijo mío, sanarás, se aclararán las cuentas.

Una manada de perros corretea por la gañanía. Tras los repechos, el paisaje se vuelve más árido; los perros hurgan en las cantoneras que dejan manar un agua limosa, acercan su lengua al verdín espeso, el musgo que asoma

por las grietas cuando el sol envuelve los sembrados y la represa en que guardan el agua del pozo, el sol como una manopla sobre las casuchas donde buscaron refugio setenta familias que bajaron de las cumbres a la zafra con sus cabras esqueléticas y sus criaturas, con su hato de gallinas, disputándose las chozas mejor conservadas, remendando con sacos de cemento los boquetes, destupiendo la letrina, con una cerca de cañas para las mujeres, que a ellos les importa poco hacer sus necesidades a pie firme frente al aire y a los nidos de moscas verdes.

La cumbre central es un perfil violeta allá arriba, en el reino de los roques sagrados de Acorán y Guayot, y en estas lomas amarillentas y pardas se repite cada año la fiesta de la fruta que marcha a Rotterdam y Southampton, soñando con la multiplicación de los ceretos de tomate en el pasaje, con las básculas justas del patrón, con las mejoras por el trabajo de las mujeres y los chiquillos, con la promesa de plantar el año que viene pese a que el pozo del Barranco del Negro apenas suelte un chijo y nos limiten el cupo, que la vida es una ratonera para los aparceros del sur: irán siendo desalojados de año en año, volverán a Temisas para negociar los quesos y los frutos que recogen en sus mínimas huertas; madre Severinita, recéteme algo para las cataratas y el estómago, que siento un zarpazo aquí abajo, paso las noches desagallado y no me sirven los remedios de la botica, ni el médico del seguro atiende a los pobres, sólo su divina mano es la salvación.

Los ve desfilar desde su silla de respaldo alto, oye sus sollozos en el calor del mediodía, siente el remolino azotando las planicies que quedaron sin plantar.

—Hay un espejo de plata al final del túnel y eso es buena señal, pues en enero ha de venir un temporal que llene las presas de la cumbre. Hasta entonces será preciso que los hombres se reúnan en la era y encierren a las mujeres y a las criaturas en la iglesia hasta que los amos firmen el cultivo, pero esto guárdalo en secreto de confesión,

hijo, no lo digas sino a quien conviene. Ahora vete con Dios, y que pase el señor del maletín.

—Te pueden echar una mala sombra, lo creo —dijo Raquel; andaban a través de las pistas de Vecindario levantando una estela de polvo.

—Y te diré algo más: hacen estas cosas todos los días. Luego has de ir a otra que sea capaz de quitártelo.

Enrique estaba atento a las dificultades del camino; por aquí cruzan seres en penumbra que acuden a recibir la luz, alimento en esa orilla tendida a la desecación del continente, de donde vinieron oleadas de hombres sin voz ni escritura, seres que sólo dejaron manojos de huesos y concheros en las grietas más ocultas del mar.

—A fuerza de escuchar promesas, sólo confían en las curanderas y los espíritus —dice Raquel, y Enrique conduce despacio, tratando de evitar las piedras que se cruzan. Los árboles cortavientos se comban como guaydiles frente a la franja del litoral por donde abren autopistas para que los extranjeros lleguen pronto a sus piscinas y a sus solariums, los nórdicos que morirán de infarto tras la quinta borrachera; una interminable burbuja de whisky baratísimo es la isla y por eso se publica en las crónicas de sucesos el hallazgo de cuerpos a los que pilló el maleficio del viento, hombretones que se arrojaron al jardín o al fondo de las piscinas con las tripas infestadas de un infame escocés de garrafa.

—Sería curioso que nos saliera Ariadna en una sesión de ouija —dijo Enrique—. ¿Lo intentamos?

—Yo te anticipo lo que nos dirá: Soy feliz. Era necesario, me ofrecí para que lacerasen mi materia y el espíritu de Jacinto subiese por fin al paraíso. Los doscientos agujones fueron doscientos besos de mi hermanito. Se despediría pidiendo que nadie remueva el pasado, que su tumba no existe porque sus huesos fueron rallados por las brujas del sur junto a polvo recogido en el cruce de los caminos, y con ellos parieron mujeres sin matriz, ganaron la lotería los jornaleros y regresaron a casa los maridos disolutos. Plaf. Se cortó la comunicación.

Atravesaban la isla de punta a punta: las cumbres del casquete central son como la grupa erizada de un reptil submarino. Llegaron a Lugarejo después de atravesar una pista de tierra arrastrada por la erosión frente a Tamadaba.

—Las ánimas hablan conmigo para que yo las descargue. Estoy cosiendo o lavando y siento como una luz, una cosa pequeña que me llama. No es el cuerpo de la persona, porque él se pudre hasta el Juicio. Es como un resplandor —dice la anciana junto a la mesilla de noche con la imagen del Sagrado Corazón, Cha Josefa consumiéndose entre los almohadones, el pañuelo negro cubriendo su cabeza.

Les invita a coñac y bienmesabe, el dulce de almendra que hacen en las cumbres. —Me quedo quieta, pues aquello me habla igual que un susurro, me dice lo que necesita y se va. La familia que no atiende a sus difuntos es que no tiene entrañas.

Lo afirma: veo esas luces allí donde me encuentre, tanto de día como de noche. Las demás personas no las sienten. Sólo mi hija, que creo que me heredará si Dios quiere, pues esto viene de familia; ya mi padre lo hacía y, a su muerte, lo recogió mi hermano. Yo le oía hablar con los seres, le pedían las misas gregorianas o que cumplieran las promesas que ellos dejaron por descuido. Las misas ha de decirlas durante treinta días un cura que no tenga parroquia y hay que oírlas todas, que si falta una se volverá a empezar desde el principio.

Advierte que sólo puede hablar con los muertos de la isla, no tiene sino ese poder. Cuando vienen señores de la ciudad, su hija apunta el nombre y luego se lo lee porque ella no sabe escribir. Cuando vuelven, les da el mensaje.

Una vivienda excavada en las entrañas de la roca, con piso de cemento que refresca en verano y abriga en invierno. Pintaron grandes cruces de cal a la entrada, sube del barranco una ráfaga de aire cortante: horrible esta sequía, dice el yerno de Cha Josefa, su pelo entrecano, la cara de arrugas. Quizá sea castigo del Señor, por tanto

relajo como hay, que estas laderas quedaron vacías, el año pasado se fue la maestra; fumaba el hombre en cachimba y decía que van a hacer rogativas en Teror, incluso el sorteo de los santos porque si no llueve este mes habrá que vender las yuntas que aún guardamos en el pajero, y Cha Josefa —a quien llaman también Fefita— cuenta que sólo una vez bajó a la capital, fue para poner el pulgar en los papeles del subsidio, con los diecinueve duros que le dieron apenas sacó para un costal de papas, por poco se marea por la bulla, tanto coche echando humo y encima el dedo pintado casi una semana entera.

Se le nubla la vista, no distingue bien. Tiene el corazón flojito, por eso toma gotas de Efortil. Nació en La Aldea hace ochenta y dos años. Antes se trabajaba de sol a sol, las mujeres por una peseta, los hombres por medio duro. Hoy no hay quien viva, ahorita fue mi nieto a la venta y le costó trescientas pesetas, por eso para que los pobres coman Dios tiene que mandar un agüita tranquila que empape las sementeras.

De chica, la casa era una peregrinación de gentes que traían mensajes para las ánimas. Una vez estaban pelando mazorcas y su padre se quedó pálido; se persignó y cayó de rodillas, los brazos en cruz, y le dijo a mi madre: rézale a tu hija Leonor, que acaba de expirar, y esa misma noche trajeron la noticia de que mi hermana, la que estaba sirviendo en Las Palmas, se había caído del tranvía, murió en el acto.

Parece que su rostro se ilumina cuando habla. Antes enterraban el dinero porque no confiaban en los bancos. Por eso si el que muere no pagó sus deudas hay que sacarlas porque es dinero maldito y el alma no está en paz. Se va a las doce de la noche sin sentir miedo, con un crucifijo para espantar al diablo.

Enrique desconecta el micrófono, recoge el cable. —No me hacen gracia esos chismes porque parece que no es la voz de uno. Luego ajusta el objetivo, pulsa el destello del flash. La pista está resbaladiza. Ya casi atardece y la tarde es un vapor lento que sube del barranco.

—Un pueblo triste y lamentoso que canta las cenizas de una raza de gigantes de cabellos de oro y hombros de hierro, una raza que nunca existió —dice Raquel mientras escuchaban los cantos de difuntos y los de flor, las coplas de los muertos y las loas amorosas.

Repitió la tonada lenta, casi ininteligible: una cantinela que recorre las medianías en las madrugadas del invierno, retahíla de lamentos de esas cofradías de penitentes con sus coplas y desechas de puerta en puerta, *Ay, nosotros pedimos / limosna cantando / ay, a las fieles almas*, letanía que recorre el camino de los boyeros desde La Barrera a Lomitos de Correa; por las alturas de La Era de Mota y Las Casillas, Los Llanetes y San Roque va el cortejo de hombres que llama en todas las puertas con sus tres espadas de acero, los tambores de cuero de baifo, las guitarras, los panderos, los timpls y las bandurrias en el relente de la madrugada, calado hasta los ojos el sombrero de fieltro como si fuese una montera.

El culto a la muerte es una constante cotidiana, le explicaba Raquel. Cada primero de noviembre los cementerios son una fiesta, a la entrada hay carritos con ron y jareas y pejines para enyesque.

—Creo que exageras: es igual en muchos sitios —respondió cuando subían desde San Gregorio buscando la carretera del viejo trapiche, frente a los olivos de Tara. Atravesaron el Lomo de los Muertos, que es así nombrado porque por él bajaban los cadáveres que venían a ser sepultados en San Juan y porque cuando el hambre canina abrieron fosas de cal en que arrojaron los cuerpos, sin tiempo apenas para el responso.

Habló el hijo del patriarca, dijo que esto viene de la guerra de los macabeos, nosotros lo hemos ido adaptando. Fue así la historia: había varios hermanos, y uno era pobre y creía en Dios. Sembraba y recogía trigo todos los años, pero su hermano se lo robaba. Llegó el hambre y se declararon la guerra, de modo que al llegar al campo de batalla las espadas —que las representamos con estas tres— iban afiladas en favor del hermano perverso porque llevaba

diez veces más hombres y pertrechos. Pero —por el amor de Dios— las tropas del bien se multiplicaron y al final de la guerra mataron reses y repartieron grano para el convite, pero había tanto que después de repartir sobró para ofrendas a las ánimas benditas, y ahí nació el Rancho, pues cada año recordaban la victoria.

Un aire más fresco presagiaba el cambio de paisaje: invernaderos y urbanizaciones para el fin de semana, islotes de lentiscos y tuneras. ¿Te fijas? La curiosa constante del número tres: tres espadas, tres panderos, tres tambores. Salen por Pascua tres días y tres noches, para año nuevo vuelven otras tres jornadas. También atienden las peticiones del vecindario, cenan a medianoche y, sentados en círculo, comienzan el monótono son, el rasgueo de las guitarras, el contrapunto del timble, las voces roncas *Mi nombre es Juan Sánchez / así me decían* que elogian las virtudes del difunto como devoto y favorecedor de sus semejantes hasta que el sol asoma por Gando.

No saben leer ni escribir, lo sacan del tino, sueltan palabras que se amarran unas a otras para que entren los respondedores a improvisar, y luego repiten otra estrofa, toda la noche intercediendo para que se vacíe el purgatorio, recogen hasta diez mil pesetas que entregan al cura para misas. Lo habrán hecho incluso por Ariadna: pasan los años pero aún los rancheros convocan su ánima, recuerdan su memoria, piden misericordia al Dios del pueblo que penetró por los caminos del mar, cromagnoides y bereberes que erraron sus destinos sobre las vetas del océano, por el que vinieron renunciando para siempre a mirar hacia atrás, a desandar la ruta que emprendieron desde lejanos promontorios, en riberas que nunca rememoraron tras el gran viaje que les sepultó en los peñascos, sin que volbiesen a desafiar la pugna de las corrientes. Y así reviven sus ritos tan remotos que no hay memoria de su origen.

CAPÍTULO ONCE

LOS TESTIMONIOS

*Esta tierra es suya y nuestra.
Bajo tierra, entre sus manos cruzadas
sujetan la cuerda de la campana
esperan el momento, no duermen,
esperan tocar la resurrección.*

YANNIS RITSOS

HABLA HILARIA MARTEL

—Lo juro por la sangre de mis antepasados, que en Gloria estén —dijo la mujer, santiguándose. Mi madre ya sirvió en la casa, y cuando me tuvo a mí, como mi padre no quiso reconocerme, allí se quedó. En el pueblo se ha dicho que soy hija de don Eurípides, pero eso es muy falso, que mi madre tuvo con un arriero de Moya llamado Pascasio, y nunca llegué a verlo porque se tiró por el barranco, dicen que andaba borracho día y noche, y a mi madre la enamoró en la fiesta de la caña dulce de Jinámar.

—Sí, señor juez: bien sabe Dios que sólo diré la verdad de lo que vi y escuché en la casa de los señores, que mi corazón no puede mentir, con el cariño que yo le tenía a la señorita, que me acuerdo del día de su primera comunión cuando vino el señor obispo a la capilla y salió al jardín tan linda como un ángel, su trajito almidonado y los zapatos de raso, que conmigo siempre fue expresiva,

nunca mostró repudios ni desplantes como sus hermanas, ni me tiró bacinillas de orín ni escondió sapos en mi cama. Y ahora está muerta porque la eligieron para eso.

Se calló un instante y luego dijo que, a fe mía, así iba a ser desde que sus hermanas principiaron a extraviarse, mucho antes de la muerte de Jacinto, que murió porque en vez de atender las recetas del médico se pusieron en manos de los espiritistas de la capital; a eso de las tres aparecía Juan Camacho con un taxi y se iban a una casa cerca del Potrero. La señorita Ariadna muchas veces no quiso ir, me la encontraba llorando en el jardín con sus carnes amoratadas de los golpes que le daban, aunque ella me explicaba muy bajito que se había caído del caballo cuando daba un paseo, y luego Julián el jardinero me decía que ese día nadie cogió los alazanes del establo.

En el pueblo ya comentaban esas cosas, dijo: era como si la novelería de la gente le empujara a eso. A la salida de misa oí un domingo que era como una moda porque hasta señoritas de la buena sociedad acudían, y que un enamorado vio a su novia —que murió de escarlatina— y ella le dejó en prenda el anillo con que la amortajaron, el pobre chico cayó desvanecido porque en ese momento ella se quitó la túnica con que se vestía, que brillaba como si fuera de perlas, y entonces la vio desnuda y se quisieron toda la noche hasta que llegó el día, y amaneció tendido en el diván con el anillo de pedida apuñado en la mano derecha, sin explicarse nada. Entonces el jefe de la sociedad, que es un señor muy entendido y de mucho respeto, lo hizo dormir y él le contó todo mientras estaba así, echado.

Me parecía que algo malo podía salir de todo aquello, pero no se lo comenté al señorito Jacinto pues venía contento diciendo que se encontraba mejor, le habían acertado con su padecer con nuevas medicinas, se tomaba Ceregumil y lo bañaban entre todas con agua florida. Si amanecía peor lo sacaban al porche y allí lo tenían hasta el almuerzo, que enseguida se iban a la ciudad y volvían ya oscurecido, algunas veces de noche cerrada. Yo me quedaba para ca-

lentarles la cena, eso mientras comían porque ya dije que desde que murió don Jacinto no probaban bocado, sólo don Cayo Aurelio tomaba lo que yo le di con mi propia mano como si fuese una criatura.

—¿Que si me contaron algo? Casi nada, señor juez. Un día el señorito me explicó que habían visto a San Pedro y a la Samaritana, y que al final se les apareció Judas Iscariote y tuvieron que irse. Veían sus figuras sobre un cristal y, aunque no podían tocar a esos seres, les hablaban de las cosas antiguas con mucha verdad. Por entonces trajeron un gramófono y las señoritas y don Cayo Aurelio se pasaban el día oyendo los discos de Caruso, cantos de éstos que las mujeres levantan la voz que parece que se van a quebrar. Trajeron también libros, que no supe lo que decían porque no leo ni escribo, pero eran cosas de los espíritus y de Francisco Ferrer, que lo llamaban apóstol y que lo fusilaron sin razón, hasta parecían revolucionarios por las cosas que hablaban.

De manera que estuvieron varios días con ese guineo, y venga a decir que nuestro pueblo, visto desde las curvas de la carretera de Jinámar, parece Jerusalén por la abundancia de palmeras, con el calvario en los altos de San Francisco y las torres tan hermosas de San Juan y el manto verde de la siembra. Decía el señorito que él estaba destinado a traer la nueva revelación del Señor, que todo esto se lo conté yo al sacristán pero él me dijo que no le diera importancia, serían chiquilladas.

Una noche me despertó un gran estrépito que venía de la finca. Era como si se quebrasen vidrios y cayesen cosas de metal, y parecía como si repicase la campana de la ermita.

Me figuré que sería cosa del viento por más que la noche era de luna llena, tan tranquila que se contaban las estrellas a puñados. Relincharon los caballos y así en camión salí a ver qué pasaba, no fuera que alguien hubiese entrado en la casa y envenenara a los bardinós, que no los oía ladrar. Me puse una frazada y caminé por la veredita que lleva a la carretera cuando de pronto fue como si se me

helara la sangre por la impresión que me hizo lo que vi, era como una procesión de las señoritas, y delante iba don Jacinto llevando la custodia de oro y plata, y dentro tal vez llevarían hostias sin consagrar porque hacía lo menos tres meses de la Navidad, que fue la última vez que se dijo misa, y se me erizaron los pelos al oír la campanilla que hacían sonar entretanto daban vueltas alrededor de la ermita con velas cubiertas por un cucurucho de cartón para que el aire no las agitara, todos vestidos con las ropas de la misa, con escapularios y crucifijos.

Al día siguiente no se levantó nadie al desayuno, estuvieron durmiendo hasta las doce y la señorita Cristina pilló un resfriado, no quiso explicarme lo que sucedió pero yo ya había cogido los güiros.

Las otras veces que ocurrió eso ya no me levanté. La señorita Ariadna se retraía un poco, se pasaba la noche oyendo música y hablando con su padre cuando los demás salían a la ermita, incluso doña Josefa salía. La señorita Ariadna y su padre se secreteaban, tanto Julián como yo sabíamos lo que pasaba pero sin darnos por enterados.

Luego se enredó todo. Una vez apareció la señorita Francisca con un dedo torcido y arañazos en la cara. Al preguntarle me explicó que un espíritu la estuvo torturando esa noche y tuvo que pelear tanto con él que le quedaron las señales. Le puse linimento y un emplasto, así mejoró.

Después se puso peor el señorito Jacinto, se pasaba días y más días postrado en el lecho sin levantarse. De la pena, sus hermanas dejaban la comida en la mesa. Lo único que querían era ginebra y tila, pero yo tenía miedo de la debilidad tan grande que iban a coger.

Luego vinieron los aspavientos, que la cama se movía —lo juro por las cenizas de mi padre, en paz descanse— y la primera vez casi me desmayo, pues de madrugada saltaba la loza y las jarras de porcelana del salón. La vajilla y las cortinas se agitaban como si hubiera temporal, muchas veces quise coger mi hatillo y desaparecer, no fuera a vol-

verme loca yo también. Pero le tenía cariño a la señorita Ariadna, pensé que le podía hacer falta y protegerla, aunque yo estaba muerta de miedo. El señorito Jacinto me explicaba que en el cielo se oye la Marcha Real cuando un alma sube al Padre, que él tenía facilidad para que los espíritus se posaran en su materia igual que las mariposas van a las flores, que casi no los siente, y él los dejaba para ayudarlos a descargar sus culpas.

Cuando se apoderaban de su cuerpo había que esperar. Si guardaba el conocimiento se le encendía una lámpara al Santo Cristo del altar mayor y se rezaba la oración del arrepentido. La señorita Francisca le preguntaba si tenía luz, cómo se llamaba, de qué población venía, cómo murió y qué se le ofrecía. Las señoritas lloraban cuando se iba, decían que un día se llevarían a su hermano queridísimo por ser tan puro y tan guapo, que en el paraíso no podía existir criatura tan linda y tan dispuesta. Yo, por llevarles la corriente, les decía que sí, que el señorito se pondría bien si comiera más, con los ojos bañados en lágrimas se lo decía, pero ellas me mandaban a la cocina a pelar papas, para qué si nunca se comían lo que yo preparaba.

HABLA LUCÍA CUBAS

—Sí, señor juez. Tengo mi casa frente por frente, a cincuenta metros del camino que entra en La Vega, y las cosas que digo las sé por haberlas visto yo misma, y otras por oírlas en el pueblo, de las comadres.

En verano Juan Camacho pasó los baños con los señores en Melenara. A medianoche veían espíritus en los charcos del marisco, y hablaban con Francisco Ferrer, con Caruso y hasta con el Santo Cristo, que les anunció una guerra terrible, pues volverían a llevarse a los mozos en vapores para el frente, muchos se quedaban enterrados en la nieve y habría mucha hambre en España porque si se marcha

el rey y ganan los republicanos iremos al desastre, eso decían, que muchas personas acudían a escuchar de lejos estas mismas cosas. Dijeron que el Santo Cristo se posó sobre el agua sin hundirse, brillaba más que todas las hogueras de San Juan y la playa se llenaba de penitentes arrastrando cadenas, que eran almas en pena por haberse ahorcado o cometer pecados terribles.

Lo han dicho también los periódicos, incluso *El Defensor*, todo lo explican con detalle. Incluso lo escribieron los señores de fuera, y a mí me sacaron una foto con un aparato que echaba un rayo y era como un estampido seco. Con una luz así, tan pura, era como se revelaba el Santo Cristo en la playa, sangrando por todas sus llagas abiertas por el tormento, con la lanzada del costado y las señales de su divino martirio, tan natural que parecía como si un sudor estremeciera las sienes del Señor, con sus ojos vueltos al Altísimo, pero sin dejar de sonreír.

Lo juro, señor juez, que eso lo escuché en la venta de Panchito. Y yo misma veía salir a doña Josefa, don Jacinto y las señoritas todas las tardes después del almuerzo, que iban a hacer los ritos en una casa que tienen toda forrada de negro como si fuese un velatorio, llena de lamparitas de aceite, con una imagen grande del Sagrado Corazón y en el medio un reclinatorio, y delante un tablón grande y una colchoneta, que allí era donde se tendían para hablar con los seres, que echaban espuma por la boca y eso lo contaban los que se embullaron a ir, que fueron muchos.

El difunto don Jacinto fue hombre como no ha habido otro, nunca se le conoció un vicio, ni una borrachera ni una mala mirada. Él fue uno de los que organizaron la Adoración Nocturna, y una noche de fin de año, mientras se celebraba la verbena de la sociedad, salió a la plaza con una vela encendida y dijo que sólo se salvarían los seres que tuviesen luz.

Parecía hablar hasta con el pensamiento, por eso se explica que su madre se volviese loca, y las hermanas lo mismo, cuando él murió; porque era el único varón. El

vecindario comentaba que el padre y la señorita Ariadna no lo sentían tanto, que se tomaban las cosas con mucha pachorra, llevaban luto y se recluyeron en sus aposentos pero sin llorarlos. Aunque, a decir verdad, el pobre de don Cayo Aurelio nunca fue muy discreto; ya estaba medio paralítico y devoto sí era porque iba todas las mañanas a misa, si no podía caminar lo llevaban en un landó.

Se dijo también que iban a la ciudad a confesarse en la catedral, que el señor obispo las recibía en el palacio de la plaza de Santa Ana para consolarlas de su aflicción. Pero pronto se vio que no era así, y yo no creo que estuvieran locas, sino más bien desesperadas. Por eso debieron ponerse en manos de esas malas artes y se acompañaron de Juan Camacho, por salvar al niño, que pese a todo se le veía pálido como la cera, en sus puros huesos. Hasta yo misma le hice una promesa a la Virgen del Pino por si se mejoraba.

Así tuvo que ser, del disgusto enfermaron y al día siguiente del entierro principiaron un ayuno para purificarse y conseguir hablar con su alma, por saber si estaba ya en la Gloria, porque no querían otra cosa sino su bien.

Y la señorita Ariadna tuvo que ser sacrificada, que no creo que lo hicieran con intención sino que al final ella misma se convenció de que debía hacer un bien al alma de su hermanito. Por eso se dejó atormentar, para que se salvara.

Así fue, que hasta ella, que parecía tan distinta, al fin se arrepintió y dejó que le hicieran lo necesario para que él reposara en la gloria celestial.

HABLA ISIDORA CARDOSO

—Sí, señor Juez. Juan Camacho, que en paz descanse, era un hombre raro, la verdad. Empezando porque la gente

no lo respetaba, porque volvió de Cuba sin una onza, padeciendo aquellas asfixias que parecían acabar con él.

Mejoró un poco en Valsequillo, porque es clima seco, pero en invierno venga a toser y a quedarse esmorecido y gago, que no se le entendía nada a derechas. Más de una vez fui a socorrerle porque no tenía parientes cercanos, sino unas primas en La Pardilla, pero no guardaba amistad por cuestión de herencias, ya que ellas no estaban conformes con las suertes de terreno que les tocaron, el propio Juan me dijo que el marido de una de ellas, que se llamaba Venerando y era rabioso como un tigre, lo recibió a pedradas y le mudaba los linderos por la noche, que en poco tiempo lo iban a dejar con el morro pelado, pero no le importaba porque había de morir pronto, y no quería regalar el sembrado a los hombres de leyes si se metía en pleito.

Malo, malo, no creo que fuera. Tenía en el velador una imagen de la Virgen del Cobre y sobre la cómoda encendía tres lámparas, día y noche, sin santos delante. Eso era extraño, los tres pabilos ardiendo día y noche, que una vez le pregunté y no me supo explicar. Trajo también muchos libros y papeles de Cuba, que allá fue donde aprendió a leer.

Luego hizo amistad con las señoritas, que eso nos pareció meterse con la aristocracia porque él no era nadie para pretenderlas. Y, sin embargo, las hermanas y don Jacinto le seguían, tarde tras tarde trasponían la raya de Telde por el puente en un coche ligero que levantaba polvo de lo rápido que iba. Ya entonces el señorito tenía su mal y Juan le recetaba remedios que a él le iban bien para el asma.

Se murmuró que Juan iba detrás de la señorita Ariadna, y tal vez para desmentirlo se casó con Felisa, la entenada de Juanelo el Espichado. Todo fue muy raro por la prisa, diez días antes de que el pobre Jacinto muriese. Luego, la noche en que Ariadna expiró lo pasó tan mal que estuvo postrado toda la noche, su mujer dándole bálsamos para calmarle los bronquios.

Dijeron también que estaba compinchado con Juana Salomé, que es una zahorina del Ingenio, y que en Cuba le habían hecho mal de ojo las negras. Todo pudo ser porque una vez le oí hablar en sueños de un tal Juan Candela y de Domitila, que le parió un hijo, y él le mandó raíz de perejil, canela, cedro y muchas inyecciones para que lo soltara, pero todo en vano porque de bien agarrado que estaba no abortó. Esto lo decía mientras le aplicaba paños en la frente, pues yo lo socorría por caridad, me daba penita verlo.

Entonces cambiaba la voz y se metía a hacer rezados y sahumeros, se me erizaba la sangre y tenía que dejarlo porque parecía que iba a quedar asfixiado de un momento a otro. Luego se enderezaba como con un resorte, se ponía de rodillas sobre la estera y unía las palmas de las manos diciendo: Dame voluntad para el aguante, y ardidés para defenderme: agujas, hilos negros, alfileres, hierros, cuentas de nácar, raíces y frutas del monte, muletas y flechas para picar antes de que piquen a uno. Nombraba seres que yo nunca escuché y después despertaba sobresaltado echando babilla por la boca, que a partir de entonces pensé que estaba loco porque se le había metido el diablo en la cabeza. Lo único que yo hacía era irme a casa corriendo a leer la Hoja del Arrepentimiento y rezar un Credo, y le dejaba las ventanas de par en par para que se fuera el maligno.

No, señor juez. La tal Juana Salomé yo no la conozco. Sólo sé que hace rezados y cura el pomo desarretado como hacen muchas en Agüimes y el Ingenio. Me han contado que vive en una cueva, es fea y arrugada que repele a la vista, sus tres hijos varones están en Puerto Rico y la atiende la única hija que le queda. Dicen que saca mucho con eso de los rezados, que va la gente de la capital para que los cure y les receta yerbahuerto y Amargo Sulfuroso, y a otros les manda agua de barbamillo y alguna penitencia, y se dice que recoge tierra de los cementerios y los cruces de caminos, que las mujeres lo comentan cuando lavan en la acequia.

HABLA JULIÁN ARBELO

—Lo vi llegar encorvado, macilento: tenía dos bolsas debajo de los ojos y el bigote más bien parecía una hilera de pelusa. Aquel día comenzó a decir otras cosas: que en Cuba se reunía en las sociedades de los negros en los campamentos alejados, que son ritos muy antiguos y sagrados.

Ya por entonces el señorito Jacinto estaba malo. Doña Josefa le daba vomitivos para aliviarlo del estómago: lo veía expulsar un aguachirle amarillenta, de mal olor, que se corrompía en cuajarones, y entonces le aplicaban en la frente esencia de azahar y le hacían beber hipofosfitos para la anemia, y sus hermanas gritaban que se les moría, se les estaba yendo entre las arcadas y el sudor frío, que aunque a mí no me dejaban velarlo sé que estaba peor. Por eso Juan Camacho estaba nervioso y ya no venía a recogerlas para irse a Las Palmas todas las tardes.

Es cierto que estuvo pretendiendo a la señorita Ariadna, que una vez los vi en la rosaleda, él quería abrazarla, pero ella se zafó. Desde entonces no vi que la volviera a rondar, sólo venía para ver a don Jacinto y recetarle cosas. El médico no se presentó más porque creo que tenía aprensión a lo que ocurría, pues el señorito parecía estar ya abandonado a los brazos de la muerte, rendido.

Hasta yo mismo cogí miedo al oír vibrar su cama y el locero. Hilaria salía despavorida, pues ya venía ocurriendo a cualquier hora, no sólo por la noche como al principio.

Es la verdad, señor juez, que una vez me confesó creer en las cosas del espiritismo a la manera de los grandes sabios, como Víctor Hugo y Flammarion y otros benefactores de la humanidad. Pero el señorito no mejoraba: amanecía en un sopor frío, amoratado, insensible, como si babeara bilis, que para mí era los beberajes que le preparaban, que los echaba así el estómago.

Yo mismo fui a dar recado a veces para que acudiera, pues las hermanas estaban enloquecidas de pena, y la última

vez me dijo que ya nada se podía hacer pues don Jacinto tenía su final cercano, porque sus huesos estaban en manos de una araña negra, todopoderosa, que los enhebraba con hilos de plomo fundido, y sus pulmones reventarían porque no les llegaba el aire. Lloré mucho de la impresión y se lo conté a Hilaria.

Iba creciendo como una flor, pero a veces tenía pesadillas con las historias de la abuela, pues una tarde le confesó haber visto al tío Gregorio en medio del patio, junto a la pila de destilar, con el fondo de buganvillas, radiante como si fuese una de esas imágenes fosforescentes que brillan en la oscuridad, ligero como el aire, sólo tenía la piel y en el muslo un boquete verde lleno de moscas, que allí fue donde le empezó la gangrena.

La llevaron otra vez a Juana la del Carrizal, que vino envuelta en las medias negras, con la faldriquera llena de medallas milagrosas, Eugenio gastándose el jornal en ron y ella defendiendo la cosecha de la zarabanda del viento que más te vale seguir deshiando y cogiendo tornas porque él lleva una semana inútil por el reuma, eso dice, pero es la borrachera.

Ya veo que vinieron con prisa, el chico saltaba los toldos de caña, que como es caso de necesidad vine presto, que una no es de las que fabrican casa con esto porque sólo recoge la limosna que le quieran dar. Caminaba recogiendo el faldón, atravesando la madre del cantero para salir al camino, siguiendo la vereda que va a la choza; ahora mismo estoy con la niña, desde que se lave las manos, que las trae oliendo a pulpa de tomate y azufre, no hay quien aguante esta baba de granillas.

Raquel tiene ojeras y anda muy pálida, pero ya verás como mejoras: corrió la cortina y extrajo el frasco de aceite de beleño para hacer masaje describiendo círculos alrededor del ombligo, arriba y abajo, apretando con las yemas de los dedos, dando palmaditas con el dorso de la mano, que en esta durez es donde la madre se desarregló, y por eso coloca el dedo corazón de la mano derecha justo ahí y pregunta si duele, la niña responde que sí y ella lo mantiene

para que no se escape mientras reza: «En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Madre de Raquel, mantente aquí. Como nuestro Señor Jesucristo se mantuvo en sí. Madre de Raquel, mantente fuerte. Como nuestro Señor Jesucristo se mantuvo en la muerte. Te llamo de piernas, te llamo de brazos. Te llamo de espaldas, de pecho y de todo el cuerpo. Ven, madre, a tu puesto como Jesucristo fue al huerto», marcando las pausas porque el pomo o la madre necesitan mucho geito para que no se salten, y por eso ahora llevarás este parche de resina de pino, que te lo mantendrá un mes, y deberá traerla dos veces cada semana, siempre en ayunas, y no darle a probar café ni gota de alcohol, menos una ginebra en ayunas con una jícara de agua de matalahúva.

—Anoche se me apareció otra vez —le dijo; estaba radiante junto al alpende, envuelto en un tul de seda fina. Me dijo: madre, no se asuste, vengo en paz con Dios. Sabrás que lo enterraron en una trinchera en el frente del Ebro, que nunca hemos podido saberlo porque el gobierno de Franco sólo me dijo que había muerto, estuvo tres días agonizando hasta que acabó por pudrirsele toda la sangre por no tener con qué operarlo. Eso no estaba escrito en el parte, pero lo supe con el corazón tullido porque era bueno y tocaba la guitarra como un ángel, que las muchachas se lo rifaban porque les daba a las folías un deje de sentimiento.

Así habló, y lo primero que hizo fue irse a la novena y poner un nuevo marco a la última foto, aquella que le mandó con el traje militar semanas antes de que partiese hacia las tierras de Aragón, en la contraofensiva de la que tanto esperaba el Alto Mando, sorprendido por la casi perfecta jugada de Vicente Rojo a finales de julio de 1938, cuando la contienda ya parecía ganada por los nacionales, sobre todo desde que ocuparon Vinaroz. Sí, debió ser uno de aquellos reclutas de la Quinta del biberón, un andrajoso chiquillo de Cullera incorporado con premura al Ejército del Este, en el V Cuerpo de Líster que venía desde abajo para atravesar el río en la madrugada del

día 25, Tagüeña avanzaba con el XV Cuerpo y Líster empuja por Pinell de Bray y Benisanet, aquella sorprendente leva de mozalbetes que atravesó Pandols hacia Prat de Compte y Bot para dismantelar las fuerzas insurgentes del general Franco, que aquel último día de julio contemplaba estupefacto el empuje de los populares con la 42 División por Mequinenza, que lo intenta también por Amposta, que se adueña de los altos de Caballs, la 13 Brigada de Mateo Merino atravesando la vía de agua más caudalosa de la Península. Sí: uno de aquellos niños de Levante debió accionar el disparador del obús con sus esquiras de muerte, la metralleta rompiéndose en los soldados del Ejército Marroquí de Yagüe, cayendo en la trampa la 50 División de Campos Guereta, en el propio muslo del tío Gregorio, que falleció cerca de Bot, arrastrado por sus compañeros bajo el tórrido cielo de Aragón.

—Si es cosa de los nervios, también sanará —dijo, que eso le pasa a cualquiera en estos tiempos. Por eso lo mejor es que las jovencitas atraviesen el pueblo sin levantar la cabeza, evitando el trato con los forasteros. Le cubría la cabeza con paño oscuro para empezar el rezado: «Yo te santiguo, Raquel, en nombre de Dios, / con la mano de la Virgen María, / que no es la mía. / Jesús, María, pon tu mano en la mía, / pues donde Jesús sea nombrado / todo mal y quebranto es quitado. / Y así como estas palabras son ciertas y verdaderas, / te quiten pasmo y otros achaques que tu cuerpo tenga / y que sea cogido y tirado al fondo del mar, / donde no crezca ni permanezca, / y a cosa que Dios críe que le haga mal, / ni a ti ni a mí ni a nuestro Señor Jesucristo. / Amén», una serie de clamores que intercederán en favor de este ser inocente, el dedo corazón sobre el índice para trazar la señal de la cruz desde la frente al pecho y desde el hombro derecho al izquierdo, que esta niña recobre el apetito, que no sienta tonturas ni jilorio.

La santiguaron otras veces, se nota su padecer por latidos en el vientre, palpitaciones que indican que se zafó la madre de sus envolturas. No hay pastillas para eso,

sólo las frotaciones de ruda en las manos de alguien como Juana, que ha sanado a docenas de hombres y mujeres de todas las clases sociales, incluso a desahuciados que tenían un rejo sobre el corazón, que el pomo es como un gran pulpo que se extiende por las entrañas y las trastorna, no hay electros ni análisis que lo vean sino las manos benditas.

Supersticiones del neolítico: hay miles de ídolos que co-cieron en barro los pastores para dejar testimonio de ojos gigantescos, abiertos de par en par para protegerse contra los animales impuros: moscas, sapos, búhos y lagartos, reminiscencia de la entrega de Eva, temor al reptil. El ojo protector del triángulo de Yahvé, el ojo que es atalaya para los budistas, el ojo agorero de la lechuza, los fetiches de cintas rojas que los maúros ponen a las crías para que Dios las guarde. —No podríamos pasar por delante de las casas de las comadres, ni mirarlas a los ojos— dice Raquel; ellas eran viejas que se enterraban en sus caserones, agrietadas las paredes donde cría la salamandra, podridas las tejas por las raíces del bejeque. Imagina sus ojos tras las cortinas, más allá de los ventanales: corujas escudriñando a los niños para taladrarlos con el mal.

La recibió varias veces mientras la madre espera fuera, al otro lado de la cortina. A lo lejos se oían las voces de los hombres y mujeres de la zafra, también el aguijón venenoso del viento, sus espirales silbando por entre los tablones y las latas, el viento del mal.

Hicieron décimas que contaban la tragedia, cada noche ataban a la joven en una silla mientras sus hermanas ponían la música a todo volumen, Cristina tocaba las polonesas de Chopin y las otras bailaban desnudas mientras pinchaban el cuerpo de Ariadna, arrancándole a jirones su vestido, hincando un cirio encendido en su vagina, pues la habían sorprendido en actitud dudosa con el pretendiente. Y tras

el martirio la metieron en el ataúd y clavaron las tablas para que nadie investigue la verdad.

Cuentan también que tras la muerte del único varón, los padres —desesperados— solicitaron los servicios de una de las afamadas brujas del sur, donde hacen filtros para rendir a una mujer, que hacen tomando un corazón de golondrina, otro de pichón y un tercero de pájaro pinto, lo mojan con tres gotas de sangre del enamorado y lo empapan en anís; confeccionan, así, una mezcla que ha de secarse en horno la noche del primer viernes; se guardará en sitio oscuro donde no vea la luz durante tres semanas y se extraerá en saquito de cuero para untarla en una pulsera o anillo que si la joven acepta significa su rendición, con el particular de que si añade raspas de ruda y resina de laurel es seguro que su vientre no será fecundado, para mayor alegría de los amantes, por espacio de tres lunas.

Hacen, además, trabajos para prender a quien rompió tu sentido: tomarás pelo de tu cabeza y de tu pubis, de la parte alta del triángulo del amor, y arrancarás otros del cogote de cabra machorra. Todo esto has de bañarlo con leche de almendra y diez gotas del último menstuo. Colocarás la mezcla en un escapulario entre tus pechos, y si durante ocho días sólo tienes pensamientos para tu amado ya pasaste medio camino; luego la rallarás y la introduces en el café que tu amado tomará mientras lo miras fijo a los ojos. Le dirás que te espere al final del próximo baile que haya en el pueblo, y para que se envenene más por ti resístete cuanto puedas, ya que así su cuerpo se inflamará más de tu esencia y llegará el momento en que penetrará en ti y antes de tres meses te casarás, envuelta en blancos mantones, y tendrás por seguro que sus ardores no disminuirán porque estas hembras del sur acechan a los desprevenidos, que les viene en la sangre la calentura de las tierras cuarteadas que arden todo el año bajo el sol.

Decían las décimas que hasta las monjas enloquecieron, abjuraban de Cristo y se entregaban al Señor de las Ti-

nieblas en el Llano de las Brujas, donde se encontraban con viejas que cruzaban el Atlántico desde La Habana y desde Cádiz; de todos los pueblos llegan alzadas en sus pírganos, sus cuerpos brillantes de aceite, para revolcarse en estos llanos donde crecía el centeno, a la entrada de Guayadeque:

*De Canarias somos,
de La Habana venimos;
no hace un cuarto de hora
que de allá salimos.*

*Racimos de uvas,
racimos de moras,
¿quién ha visto dama
bailando a estas horas?*

Ritos de magua que armaron los falsos conversos berberiscos instalados en las islas orientales y los negros de Cabo Verde y Guinea, cuyos descendientes bailaron la danza del pámpano roto hasta que los curas la prohibieron por su manifiesta inmoralidad, ritos de adivinas y de iniciados en la doctrina del Corán y de la fe judía que fueron expulsados de la Península y aquí arraigaron pese a las delaciones, pues era preciso detener la sangría de los mozos que embarcaban a fundar imperios para el rey. Así llegaron cientos de criaturas que reverencian a Satán y a la Reina de la Noche, empapados sus pezones de un ungüento de grasa de sapo, vísceras de tizones, rabos de pardela y corazón de gallo quíquere, que con eso hacen un frangollo que es la llave de la resurrección.

—También me lo contaba abuela en sus desvaríos —dice Raquel, meses antes de que se la llevara la segunda embolia, en el invierno del setenta en que el huracán derribó la platanera, hasta los cujes y las badanas fueron aventadas por los aires. Lo sentí anoche, era como un escalofrío que me subía por la espalda, y en aquel momento supe que vendría la desgracia porque soñé que la Reina traía

al nuevo Señor de Cienfuegos, por donde se establecieron mis dos hermanos, que nunca los he vuelto a ver.

Iba a ser una noche especial, decía. Bailaban primero el baile del gorgojo y luego el del pámpano, los hombres a un lado y las mujeres a otro llevando como delantal una hoja de ñamera; los toques de acordeón y el repique de los panderos marcan el ritmo con el restallar de la chácara y el quejido del flautín. Ya iba a salir cuando vino la ráfaga de ese huracán mezclado con lluvia, que me botó en la azotea de la fuerza que traía.

Dijo que el Señor de la Noche pronunció la fórmula; impregnaba sus muslos con vaselina, adormidera, madroño y belladona; frotaba los bordes de la vulva, las nalgas y todo el espacio que rodea el ano; embadurnaba también sus pechos y ellas prometían no santiguarse ni pronunciar el nombre de Cristo. Hacen la genuflexión y besan su glándula, eso decía la abuela en sus desvaríos; era la música tan dulce que recuerda los bailes antiguos, con folías, malagueñas y tajaraste, y un tambor que golpea la polca, y un violín de minué, eso decía y quedaba tan desvanecida que muchas veces pensaron en su muerte, aunque al instante la veían de nuevo sentada en el poyo del patio fumando su pipa de todas las tardes, así hasta la hora del ángelus. Entonces reclamaba el rosario, pues toda su vida había sido gran devota del Santo Cristo y la Virgen del Pino, incluso regaló unos pendientes y figuritas de cera como hacían los campesinos cuando les sanaba la cabra o el nieto superaba el sarampión; hasta el anillo de pedida regaló y fue una lástima que todo desapareciera en el golpe maestro de la noche del 16 al 17 de enero de 1975. Sólo dejaron en las vitrinas las casullas raídas de los arciprestes y deanes.

Blasfemaban y al fin unían sus cuerpos en un revoltijo hasta que asomaba el amanecer, eso hacían. Y Enrique revisaba sus apuntes, una letra nerviosa, de trazo irregular indescifrable para terceros, con la que había garrapeado buena parte del bloc recogiendo impresiones de aquí y de allá para recrear una historia que crecía con episodios

laterales que devoraban su núcleo, a medida que avanzaba en la saga de los Walle se perdía en el rastro de los misiles, de los submarinos Polaris que solían confundir con fogonazos extraterrestres en Arguineguín, y en las luces que trasponen el llano en un santiamén y son almas desriscadas.

—Una isla es un trozo de tierra rodeado de electricidad por todas partes —dijo.

CAPÍTULO DOCE

EL VIAJE

Campos, eriales, soledad eterna
—honda meditación de toda cosa—.
¡El sol dando de lleno en los peñascos
y el mar... como invitando a lo imposible!

ALONSO QUESADA

El mar: el gran amigo de mis sueños.

TOMÁS MORALES

(Multitud de palmeras, las más altas y hermosas, así como la infinidad de otros grandes árboles, los pájaros de ricos plumajes y el verdor de los campos, junto a lo abundoso de ríos y fontanas, hacen a este país, Príncipes Serenísimos, de una belleza tan maravillosa que con mucho sobrepasa a los otros en encantos y gracia como el día gana a la noche en resplandor y luminarias, pues he quedado prendido en las tupidas y odoríferas arboledas, y he visto una tal desmesura que pienso que es ésta la tierra que hemos estado buscando desde que salimos de Palos, pues por señas los nativos me han dado a entender que hay minas de oro en lo más espeso de las selvas, y tengo por seguro que abundan las especias y las sedas en sus

poblados, más allá de los cayos de madréporas y la cintura de aguas que rodea la isla del Gran Khan.

Para nuestra sorpresa, son sus gentes mansas y temerosas, sin armas y sin ley, y nos han aposentado en sus mejores casas y nos han reverenciado tal como si fuésemos criaturas del cielo, que así lo daban a entender con su acatamiento y respeto, incluso nos han palpado por comprobar si éramos de hueso, o más bien participábamos de la natura de los espíritus.

Certifico a Vuestras Majestades que debajo del sol no puede haber solar más fértil ni tan dulce en temperancia de frío y calor, en abundoso de aguas sanas, que no pueden cansarse los ojos de ver tanta lindeza ni los oídos de escuchar la melodía de sus aves.

Son estos hombres de una piel entre blanca y negra, así como los canarios, y atraviesan los brazos de mar y los ríos en canoas o almadías que manejan con gran pericia, y nos traen para regatear labores de algodón y redes que cambian con mucho regocijo por nuestros espejos y cintas de colores.

Por mis cuentas estamos a 42 grados de la línea equinoccial. Hemos andado mil ciento cuarenta y dos leguas desde la isla del Hierro hasta esta tierra firme de Cipango, y a fe que la fortuna nos sonríe porque nos señalan que en los montes habitan gigantes con un solo ojo en la frente, que se aderezan con pulseras de oro macizo y lo traen como colgantes en las orejas y en brazos y piernas, y al sureste hay un poblado de hombres con hocico de perro, alimañas feroces que beben la sangre de los humanos y ensartan su natura como trofeo en lianas finísimas, y ello nos afirma en la creencia de que las vetas de oro deben ser de una profundidad desconocida hasta ahora.

Hemos quedado, pues, en buen agasajo, y en cuanto amaneció hoy, lunes cinco de noviembre de mil cuatrocientos noventa y dos, vino el contraamaestre de la Niña a pedirme albricias, pues halló mucha almáciga, que a buen seguro se juntan más de diez mil árboles que podrán producir dos mil quintales por año. Además, hemos

resuelto que este puerto de Mares es uno de los mejores del mundo, y porque tiene un cabo de peña altillo se puede hacer una fortaleza sobre él para proteger la entrada a las minas.

Después hemos visitado otros litorales y otras islas, y sus gentes se resisten a que los abandonemos porque piensan que si partimos el sol se hundirá para siempre en el océano.

Entre las aves hemos encontrado perdices, ruiseñores y ánsares, de una armonía de colores y con un canto tan prodigioso que maravillan nuestros oídos, y esta alegría se une a la que sentimos por saber que tales hombres admitirán de buen grado la instrucción en la verdadera fe y, limpios de herejía, serán recibidos en el seno de la Santa Iglesia.

Aunque no hemos encontrado el árbol de la resina, sí hemos hallado el del algodón, que producirá grandes beneficios en las ciudades del Gran Khan que quedan por descubrir. Y nos hemos maravillado por la presencia de tantas islas y tan altas, y testifico que son las montañas más hermosas y claras del mundo, pues ni las empaña la niebla ni las somete la nieve. Son estas islas aquellas innumerables que se dibujan en los mapamundi donde termina el oriente, que duran muy mucho al sur y se ensanchan hacia los cuatro puntos cardinales, y ruego a Sus Serenísimas Majestades no se sorprendan de mis alabanzas, ni las hallen desmesuradas, pues en verdad sería inabordable para los más precisos cronistas describir tales prodigios).

*Salí de Telde, Canarias,
en octubre, día primero,
para embarcar en ligero
buque de gran maquinaria*

Así fue: se marchó. Hizo un hatillo con la ropa y echó a andar, que el vapor salía a medianoche y el muelle era

un hervidero entre quienes se iban y los que fueron a despedirlos.

Se juntó a una familia de dos hijos varones y tres niñas menores, y así no le pidieron escrituras. Eran años tan malos que no llovía desde que entró el siglo, que fue recibido como si se aguardasen de él grandes encantamientos. La cochinilla arruinada y sin noticias de Cuba desde que se metieron los americanos.

Luego, el año seis, se abrió la emigración y cada vez que venía un vapor llenaban las paredes de pasquines, incluso en los pueblos del interior, y en los cafetines y en las barberías los mozos lo comentaban con mucho aca-loramiento.

Engañó a los viejos, por misericordia —creía— pero siempre le quedó la magua de irse así, sin más, pues murieron sin que volviera a verlos, que para ahorrar ésas y otras penas corría el ron en las veinte jornadas de viaje, y al llegar a La Habana se azoró por el tamaño de la capital repleta de automóviles y vendedores de lotería, que la mayor parte de ellos eran isleños. De allí salió a los dos días rumbo a Santa Clara, por ferrocarril, y ocho más tarde para Vuelta Arriba, donde ofrecían buenas condiciones para la zafra de caña porque el americano quería cuanto más azúcar mejor. Estaban las fábricas produciendo día y noche, con maquinaria de último modelo, y metían machete y fuego en el monte para aumentar las plantaciones, que con esto se embullaban los canarios además de la fama de las mulatas, que de ahí viene la raza de *los pichones*.

Iba el barco hasta los topes, que casi falta el gofio en los zurriones donde lo amasaban. El agua la racionaron desde el primer momento porque el Balmes iba hasta el tope de gallegos y asturianos, sin aire ni higiene, y aun así cantaban y bailaban al son de sus vihuelas, y se hartaban de morcillas.

Penalidades había muchas; los periódicos contaban el dolor de los que partían a las Antillas y a las Repúblicas del Plata, donde patronos sin conciencia los tenían es-

clavizados obligándoles a trabajar por diez años de sol a sol, hasta que les repusieran el último céntimo del pasaje.

Pero el siglo había empezado con mal pie, y los chicos soñaban con surcar el mar y plantarse allá tal como hicieron sus padres y sus abuelos. Llegaban veleros de Lanzarote y Fuerteventura con gente para engancharse en el primer barco de América huyendo de la seca, dejaban sus tierras y sus casas por los duros que costaba el pasaje y marchaban con lo puesto, con la partida de bautismo y el certificado de estar fuera de quintas. Y se iban porque sólo ganaban doce reales de vellón al día, aunque la mayor parte de las veces cobraban un almud de millo o dos de cebada; las mujeres la mitad.

Decían que se juntaban centenes de oro al cabo de los años y por donde más isleños había era por Occidente, en Matanzas, Güines, Bejucal, Guanabacoa, Jaruco y alrededores de La Habana. En el departamento central también, aunque no tanto, por Santa Clara, Sagua, Santo Espíritu y Puerto Príncipe. Y apenas alguno regado por Oriente, en Bayamo, Baracoa y Jiguani, que por ahí se asentaron los chinos para hacer trabajos que ni los negros querían.

No le dieron la comendaticia del ayuntamiento, que eso costaba conseguirlo, pero Nicolás Piquero, que volvió después de la guerra, le alumbraba los ojos echando por tierra las cartas que traían los periódicos de algunos que fueron vendidos por los patronos en Uruguay, Guatemala y Santo Domingo, los sacaban como fardos en veleros de contrabando que salían de noche esquivando a la guardia, y así iban, escondidos entre el vino y los fardos, que en las fragatas y los balandros murieron muchos de peste, y llegaron a sortear a quien mataban para que los otros comiesen su carne y sobrevivieran porque en las calmas sin viento tenían que roer hasta los cinturones y el cuero de los zapatos.

Luego hubo vapores alemanes e ingleses, que tenían la ventaja de que los pasajeros de proa no van expuestos

al sol, ni a las aguas, ni al pisoteo de la tripulación, ni al martirio de los insectos, que éstos eran los azotes de la deriva, semanas y semanas al paio, pues sólo nave tan marineras como La Verdad conseguían aprovechar los vientos de modo tan extraordinario que hicieron viajes de dieciocho días en vez de los treinta y cinco que necesitaban el Amalia, el Trueno, la Teresita, la Bella Engracia, el Guincho, la Nivaria, el San Antonio, la Remedios, el Guanche, la Ninfa de los Mares, el Triunfo, La Rosa del Turia, la María Luisa, el Audaz, la Andoriña y tantos otros que habían rendido sus huesos llevando colonos y repatriados mucho antes que el yanqui hiciera explotar el Maine para meterse en guerra.

Le pasaron la contrata, hizo una cruz en la parte inferior del papel, donde le dijo el enganchador. Apuntó dieciocho años porque le pareció crecido y le dijo que los hacendados apreciaban la honradez de los isleños, que por eso los establecen como colonos en tierra virgen y a la llegada les dan machete, guataca, bareta, picadera, mulas y cuantos aperos hagan falta. Luego sólo le entregan la mitad, pero no para irse por libre, sino para cortar caña desde la seis de la mañana a las seis de la tarde, con una hora para almorzar y otra para comer, advirtiéndole que los días libres serían los domingos, el martes de carnaval, el viernes santo y el día del Corpus, sin que nadie se pudiese retirar sin permiso del caporal, pues hay látigo, cepo y grillete para los insurgentes que no cumplan los ocho años de contrata. Además, el propietario puede despedirte debiendo devolverle el pasaje con intereses y además gastos, que así nunca acabas de pagar.

Decían en las cantinas de la plaza que —por haber sacado a los negros de la esclavitud— los americanos buscaban tanto a los canarios, por ser de inteligencia superior al negro y al mismo chino, y tan sufridos para la labor que se dejan marcar la espalda como si fuesen reses, para que ninguno se fugue; eso decían los ociosos en San Gregorio.

Vio que algunos habían llegado a mayores, y los negros les guardaban odio por sus látigos. Otros vendían quincalla ambulante con sus armatostes de perfume Ilang Ilang y polvos de Mimí Pinzón, y así iban los baratilleros pregonando los aretes, las sortijas, los dedales, los hilos de coser, la cinta de ribetear y la seda de colores en sus carros. Tenían mucha clientela en El Vedado, pues las criollas les compraban entredoses, alemaniscos, agujas de la Reina Victoria y carreteles de hilo. Otros llevaban lotería a los zambos, por lo que vendían de sus conucos, pues la mayoría de ellos se quedó en los barracones de los esclavos, pero entraban y salían cuando les apetecía, que en eso estaban mejor que los isleños, porque éstos precisaban orden escriturada, y en cuanto a beneficios sólo les quedaban libres veinticinco pesos al mes, sin otra distracción que acechar a las mulatas.

A los culíes no los trataban porque eran misteriosos y callados, como si no tuvieran sangre. Los llevaron apiñados en los clíperes, como sacos de arroz. Más de tres meses navegando y ellos sin rechistar; se les veía resignados, quemando incienso y perfumes. Y rezaban sin mover los labios, y eran solitarios, que ni en carnavales se juntaban con mujer. Esos días las negras andaban sueltas como perras enceladas, y los isleños les daban serenatas y verseaban, tanto décimas como punto, estaban contentos aunque no tuvieran de comer sino la ración de carne salada o bacalao, arroz, harina de millo y habichuelas, garbanzos o viandas y manteca, que la media arroba de cada cosa y las tres libras de manteca apenas daban para matar el hambre todo el mes.

Los diablos atenazan su mente: estás sometido a los vaivenes de los dioses congos y yorubas, fuerzas terribles que matan si reciben burla en vez de sacrificio, pues Oxalá-Jesucristo desea una cabra o paloma sin mancha; a Yemanyá-María has de considerarla dueña del mar, con

su atavío de raso celeste y un collar de perlas en el cuello por ser la protectora del pueblo de África en la travesía del océano de sargazos y peligros; Changó-San Jerónimo es el hijo del relámpago y viene con su hacha de oro para romper los maleficios que traban los hombres, y es dueño del rojo más intenso y del fuego; Ochún-Santa Catalina reina en los arroyos y cascadas, es el amor carnal y los celos, su color es el amarillo y es representada en forma de sirena; Ogum-San José viene montado en su caballo blanco con lanza y espada, quiere carne roja y monta guardia para matar a quienes intentan traspasar el círculo; Iansã-Santa Bárbara llega con la lluvia y el viento para protegernos del ciclón; Omulú-San Lázaro es el médico de los desamparados, cuyo rostro marcado por viruela aleja a las energías negativas, a los espíritus sin luz, y por eso sus hijos hacen su collar con piedras negras y blancas, porque duermen en los cementerios, y Oxossi-San Sebastián es el indio de los bosques, amo de los seres que vivían en la isla, rey de las selvas, de la caza y de los otros animales, por eso lleva su arco de emblema, pues es la voz del ruiseñor y se confunde con el rayo de luna y las estrellas.

Reverenciarás, también, a los espíritus adornados con plumas en el pelo y rostros de colores: el de las Siete Flechas, el Serpiente Cascabel, el de la Hoja Verde, el Rey del Bosque, el de la Palma de Miel, que a veces se presentan como niños y saltan a pidola, patalean y hay que calmarlos porque son los espíritus de los sabios antiguos y nos traen su consejo; el Rey del Congo, Abuela Luisa, Tía María, Padre Benedicto fijándose en la carnal envoltura de los vivos, guiando a los difuntos en su viaje de retorno. Y has dejado para el final a Exú: te llamo a medianoche, te llamo al alba, aquí está el rey de los cruces con su capa negra, su sombrero, sus zapatos de charol y su tridente de hierro; Exú-Satán, mujeriego y borrachín, señor del rojo y del negro.

Respétalos, pues acudirán a exponer sus consejos si preparas los platos que les alimentan cada noche, si conservas

sus altares y los atiendes. Porque el hombre, hijo, se parece a un cochinito: tan grande es su debilidad que está prisionero en el universo por la cadena que los demás le ciñen, porque emponzoñó la tierra virgen, que era igual que África; es decir, un receptáculo de energía.

La vida, hijo, es una vereda en la colina. Cuando todo está en regla avanza sin problema. Cuando se acumulan fuerzas opuestas la subida te será penosa. Por eso debes mantener tu propio equilibrio merced a la oración y las ofrendas. Todo lo que palpas y sientes es tan importante o más que lo que tragas, y no hacer caso de esto es predisponerte a la enfermedad, que procede de tu imprudencia porque cuando el cuerpo no es lo bastante fuerte se deja abatir por los microbios.

Dejarás, por tanto, las ofrendas al sereno de la noche mientras la vela se va consumiendo y ellos acuden desde las orillas lejanas porque les gusta que les agasajen en los bohíos. Atienden las preguntas sobre la salud, el amor y el dinero; dan consejos, ordenan tratamientos y remedios, y reclaman sus ofrendas de sangre porque es ésta la que mantiene en vida a todos los animales. Por eso matan un pollo ya crecido, arrancan su cabeza de un tajo y empapan el rostro y el cuerpo del que se inicia hasta que la sangre se seca sobre la piel en la noche de vigilia, antes de que el dios se fije en su cabeza. Ayunan de estómago y de sexo, toman baños de hierbas para purificar su piel y su cabeza; lo impregnan de sangre de animales de cuatro patas —cerdos, machos cabríos y potrillos— y después de pasar esta prueba es bendecido con agua de iglesia al objeto de que canalice la energía que circula por el mundo, en los lagos, en las ciénagas, en las ceibas, en las conchas que encierran los moluscos, en el caimán y la jicotea, en el tabaco y en la caña, en los zarzales y arroyos; en las criaturas grandes o chicas, vistosas o humildes.

Querían a los isleños, pues hubo cuatro que llegaron a general. Uno de ellos fue Julián Santana, que al momento de su muerte tenía dieciocho hijos, cuarenta y tres nietos,

treinta y siete biznietos y veintidós tataranietos. Le dieron el grado por ayudarlos en la guerra de la independencia y todavía recuerdan sus hazañas.

Los americanos los buscaban más que a los chinos y a los negros para las fincas de Banes y Nipe. Bien que le hubiera gustado a Juan Camacho irse con ellos pero no podía hacerlo antes de que pasaran los ocho años, porque fugarse estaba muy penado y contaban que a la vera de los caminos había huesos de los cimarrones, que les echaban perros furiosos y ninguno salía vivo.

Otros negros eran resentidos porque hubo caporales crueles que promovieron rebelinas. Las mujeres blancas eran pocas, y mejor hubiera sido que no hubiese ni una porque la mayor parte de los hombres sabían defenderse con su oficio, pero a estas desgraciadas las apartaban al llegar, entraban en el barco las dueñas de las mancebías y el capitán les ordenaba ponerse en fila para observarlas bien. Las vendían por cuatro onzas y allí mismo les ponían ropajes especiales, con flores en el pelo y guantes blancos.

Se oyó decir que Cuba iba a ayudar a las islas para que fuesen también libres. Más de una vez reunieron a más de doscientos en un batey para leer un periódico que decía que los peninsulares se estaban viniendo a ocupar los mejores puestos, desde el de gobernador al de capataz de barrenderos, mientras nuestros hermanos —tan capaces como ellos— tenían que emigrar o permanecer brazo sobre brazo a la espera de que el señor conde o los ingleses les den una ocupación, por pasajera que sea.

Decían que a los hijos de los canarios les estaba prohibido estudiar una carrera, salvo que fuesen muy ricos y dispusieran de muchos reales para embarcarse a Cádiz.

No volvió a aquellas reuniones, donde seguían leyendo periódicos traídos de Caracas y otras veces hechos allí en La Habana, que venían a decir lo mismo. A él lo que le gustaba eran las hembras y seguir ahorrando si podía, que era una buena época para el tabaco en Mayarí y El Canei, pues ya entonces trabajaba sin contrata fija, a veces

en el ferrocarril, a veces en las haciendas. Pero sentía sofocos y echaba unas flemas verdosas, que el doctor le dijo que eran del polvillo del tabaco, que criaba infección en los pulmones.

Sí señor: fui parrandero y cantador, se me daba lo mismo el punto que las décimas guajiras y las habaneras. Por eso hice fama desde Pinar del Río a Sagua, desde Gíbara a Bayamo; buena tierra porque llovía con ganas y la yerba crecía del alto de un hombre. Así recuerda la otra isla, como un falo erguido sobre la tierra verde, con unas junglas tan tupidas que hubo que meterles fuego para levantar más ingenios cuando en 1916 fue preciso hinchar la producción, superar los tres millones de toneladas y disparar los 4,37 centavos por libra, arrasadas las selvas entretanto huían los dioses de la espesura de los alfóncigos y los granados, el olor de madera quemada invadiendo las moradas de los sacerdotes del abakuá, de los diablos que guardan el camino, del empegó que vela por la ley.

Juan, viejo: desoyeron al guerrero y a la reina de las cascadas, a la Madre de todos los hombres que, para salvar a sus hijos, se hizo adornar con manillas de metal y ungió su cuerpo con miel y canela para atrapar al dios de la fragua. Laberintos de fuego que corre de los bidones de nafta: una pena la isla ardiendo por los cuatro costados, la Reina huyendo a las riberas del gran Congo, hacia el país de los mandingas, hacia la isla de Gorée, por encima de la estela de los barcos negreros.

Salieron al clarear siguiendo el ferrocarril de Güines.

Bajaba brisa fresca de la sierra y delante iba Esteban, que era muy virtuoso con el acordeón. Detrás marchaban César, los mambises Óscar y Zonzamas y Julia Preston, la hija del dueño, con la piel blanca como la leche y cabellos rojos.

Cabalaron durante horas entre planicies de cañaveral, hasta que en una revuelta escucharon el tambor. Bailaban los hermanos, Santa Bárbara en el centro de la muralla de rojo vivo, Nuestra Señora del Cobre en amari-

llo, Las Mercedes sobre repisa verde y San José con colgaduras de púrpura, y en la base del altar una imagen de un jinete negro delante de los platos servidos con yuca sancochada, tasajo, mandioca, congrí, tocino y un vaso de aguardiente.

Lo miraba con ojos brillantes, ceñida en un tul blanco que resaltaba sus formas, el triángulo oscuro de sus ingles, las caderas: tenía una palmatoria en la mano izquierda y un gallo muerto en la derecha.

Juan se restregó los ojos, sentía una losa en su cabeza, las pantorrillas le pesaban igual que si fuesen de plomo. Sólo vio los destellos de sus dientes y sintió el susurro en la explanada del bohío; iba marcando sus pasos alrededor de la palmatoria puesta en el suelo hasta que extrajo del macuto un cuchillo pequeño: la sangre mancha su sayal, hace círculos en torno a sus pechos, sobre la hendidura del placer, por los muslos.

La luna se recorta frente a los matos de ananás, el agua verdosa entre los cayos, las jutías corriendo por los ranchos. La tierra sube hacia el valle de cafetos y cacao, por las pendientes suaves de arcillas rojas donde plantaron cañaverales, sobre la parte de la llanura negra, por entre las hojas del banano pasa el globo que entinta el batey, más alta que el pico del Turquino, más vasta que la Sierra Maestra.

Juana Candela era su nombre, eso lo supo más tarde. Te pelarás al rape y estarás un año de blanco sin mirar a hombre. Te deslumbras con la luz, te bañas en ella y —como discípula de Iyabó— escupes a Cristo, que cae al suelo hecho pasta blanquecina, levadura. Así le había dicho Domitila mucho tiempo atrás, luego de que la abandonara Bruno, pero antes de que pariera la criatura más blanca que negra que le hizo brotar el capataz sin que hiciera efecto la raíz de perejil, la canela, el cedro ni las inyecciones porque la semilla del blanco agarró con tal fuerza en sus entrañas que su vientre fue hinchándose hasta reventar en un hilo de agua podrida el día que fue madre y tiró al arroyo aquel bulto palpitante.

Eres reina de la vida porque eres reina de la muerte. Sólo tus pies pueden entrar en la tierra de los cementerios porque tú tienes poder —así le hablaba la anciana. Luego le mandó comprar cuentas de tres pintas y tabaco para Babá, que en cuanto lo prendas te conviertes en copo de azúcar y del poder que tienes irás pisando sobre guijarros de oro, y nadie te llamará canchanchana porque serás concubina de ti misma, ya que tu marido es un dios que gobierna los hechizos. Él estará allí hasta que lo llares y crecerá en ti después de la penitencia, que sólo entonces podrás revolcarte en su verga poderosa porque el hombre que se acerque será el elegido.

Creyó sentir un revoloteo de plumas. La mujer acotó un terreno y se detuvo frente al norte, frente al sur, mirando al naciente y al oeste. De pronto se plantó delante y se puso a frotar su miembro con resina silvestre de modo que quedó tenso; luego creyó soñar que lo cabalgaban, un dolor repentino hincándose en su espalda, le ponía la carne de gallina aquel olor a celo, pero Juan Camacho sólo siente las embestidas de una pulpa húmeda que sube y baja como las mareas salvajes, que lo succiona desde una laguna caliente, un brasero de pliegues que lo atenazan igual que fuegos artificiales en la gruta de sándalo y almizcle.

—Me llamo Juana Candela —dijo al tercer día de la posesión. Trajo una fuente de calalú, saboreaba la carne de puerco y la harina y le dio a beber chequeté de naranja agria y vinagre. Se le revolvió en el estómago una bola dulce y amarga a un tiempo, y luego le acercó guarapo, en cuenco de quimbombó y mameyes.

—Yo soy Juan Camacho —respondió segundos antes de que le cerrara los labios con su dedo índice.

Nunca supo si fueron días o semanas los que se escondió con la mujer de piel casi prieta, blanqueada por el cruce de alguna rama bastarda de modo que sus rasgos se han suavizado en las mejillas pero la boca le seguía pareciendo un instrumento dotado de una insólita fuerza, y su vagina un hoyo de fiebre. La sentía bramar cuando

descubría el dedo minúsculo del clítoris; hincado mientras ella estimulaba su glande, frotándolo con esencias que le hacen conservar una erección de horas, descomunal como un pisajo, y así se supo yugo y carreta, pues estaban aprensados en una fragua tan espesa como el mediodía de la isla, en una imbricación de llanuras y macizos en los que dejó su zarpa el efecto de antiquísimas erupciones, la sedimentación de corrientes de aluvión, el verde que la rodea en su talla de calizas de coral.

Como bicho de la manigua, así se adhiere a sus paredes interiores: una coronación de telas de araña, de agujones que se enderezan, retorciéndose en sí misma como una palera que practica los ritos de los esclavos, que son magias de antes. Por eso domina al varón, lo condena a seguir el vaivén que ella marca, hirviendo en las embestidas hasta conformar un tercer cuerpo que es una bestia hermafrodita entre las bayas de los senos y los labios del mismo sabor que la tierra roja, con su pleamar y su ocaso igual que los ríos interiores siguen el flujo de la luna.

Trepaba echando raíces y volvía a empezar hasta que contó ocho soles y penetraron en una choza de tablones y varillas, techada de paja para las lluvias, que son como descargas de electricidad en las sábanas.

—Te quiero —dijo.

Juana Candela cayó como una estatua en el estero y él pensó que tal vez había muerto.

Ni respiraba siquiera cuando él fue acercándose despacio.

Descubrió un cuerpo que parecía cubierto de escamas grises.

Entonces lo creyó.

Creó que en realidad era capaz de tornarse en pez o en lagarto o en perro, porque los malos espíritus usan las artes de Satán para sus transfiguraciones, y por eso le habían insistido en que no penetrara en la comarca de los ritos congos, que en esas tierras viven mujeres rebencudas.

Sentía el flujo de sus piernas y le pareció que todo era un raro sueño del que despertaría con la cabeza rota, deshilvanado por aguardientes.

Entonces se movió apenas: ladeó su vientre y vertió un tacho de ungüentos.

Comenzó a temblar, le castañeteaban los dientes al expulsar de su boca un hilo de cera con olor a esperma.

—Sabía que vendrías —dijo—. Ahora te quedarás conmigo.

CAPÍTULO TRECE

EL MALEFICIO

Honra antes que nada a los dioses inmortales, en el orden que les ha sido asignado por la ley.

PITÁGORAS

Era un espíritu puro, un hombre de bien, dijeron uno tras otro los veintisiete testigos de la defensa, y no sólo habían declarado el párroco, el sacristán y los miembros de la Adoración Nocturna, sino también el alcalde, el presidente del casino, el secretario del Centro Republicano, los guardias que creyeron oír gemidos en las noches del velatorio de Jacinto, los padrinos de bautismo y de confirmación, parte de los concejales, el médico y el boticario. Era un hombre bueno, dijeron Hilaria Martel, Julián Arbelo y otros servidores de La Vega, y lo ocurrido es obra de la más estricta fatalidad que gobierna los destinos de este pueblo sumergido en los confines del mundo, en los arrabales del océano, en el vértice del maleficio.

Pocas familias podrían presumir de tal recogimiento y de piedad tan ejemplar, dijo el sacristán, quien aún transmitiría su oficio a sus descendientes después de que el azote de la persecución pasara por Tamarán con las increíbles vejaciones del anarquismo, que dejan animales muertos a las puertas de la iglesia, babosas y tizones azules machacados. Un sentimiento de moralidad intachable según el unánime parecer, recalcó el letrado señor

Monagas, a quien años más tarde la capital de la provincia dedicaría su mejor avenida y un busto de bronce por haber impulsado el vibrante desarrollo en los difíciles años de postguerra.

Sólo el destino guía el carro fatal que trajo la muerte a Jacinto, víctima de una tisis galopante, de una trepanación que le hizo su madre tras recibir una cox de su yegua preferida, por el síncope que padeció una noche en trance con el espíritu de Francisco Ferrer Guardia, fusilado en Montjuic tras un proceso del somatén, pues éstas y otras interpretaciones cimentó el vulgo al cabo de los años; que antes había mucha afición a las cosas de brujería, les dijo el sepulturero, se aparecían perros negros con cascabeles en las patas y tocando el acordeón, y eran las mismas brujas.

—No debe haber diez personas que sepan la versión exacta —dijo Enrique, porque a estas alturas la historia está trastocada al infinito, y Raquel le explica que en los pueblos cercados por el mar se revuelven las tradiciones y los oscuros demonios, una carnada de jeroglíficos que nadie ha podido descifrar, pues qué otra cosa pueden saber los vasallos de la tierra si han de vivir como rebaños trashumantes desde la cumbre a las cuarterías.

Había leído los periódicos maltratados por el tiempo, que debieron estar expuestos a la polilla hasta que la guerra terminó y se agruparon las colecciones salvadas de la quema, y aun así aparecen despojados de páginas, con recuadros que el censor dejó en blanco. Porque hay magia escrita en las piedras, y si tienes siete hijas la última será bruja como en la casa de Juana Salomé, pues Aurelia es La Santa que ve abrirse el cielo para que aparezca el Sagrado Corazón y la Dolorosa cuando echa de comer a las gallinas; vino un resplandor tan fuerte que se cayó junto a la talla y perdió el sentido. Así lo contó a sus catorce hijos vivos, que partos tuvo veintidós. La Virgen estaba cubierta de perlas y el Sagrado tenía un manto de brillantes, y entre los dos se levantó una cruz tal alta como la catedral, co-

ronada de ángeles, y en las escalinatas estaban Santiago, San Juan y San Pedro, y a sus pies una infinidad de ángeles postrados, en la misma puerta San Antonio y al otro lado una beata con las manos sangrando de la misma manera que Jesucristo en la cruz. Luego se volvieron transparentes y al final una voz decía que se levantarán brumas del mar y formarán otra aparición todos los viernes del año, y en Navidad el Divino Infante hizo la merced de sanar a Chana, que estaba ciega de cataratas, y se le cayeron sin médico el día que Aurelia cayó al suelo bostezando y eructando a la vez, diciendo que hay que huir del pecado y de la ingratitud, que desde entonces recita oraciones en latín sin saber leer, las tiene en la cabeza fijas sin que se le olvide una letra. Tiene el recibidor lleno de imágenes y lamparitas para borrar las penas de su madre, que tuvo fama de mala, pero que era un ser inocente, que por entonces había muchas barajeras que recorrían los pueblos del sur para pronosticar lo que iba a suceder en cada casa, hasta el punto de que hubo quienes se tiraron al barranco y otros que bebieron fosferno y, sin embargo, yo no creo en la maldad, que por eso tengo este don; por mi fe.

Una enorme luna emergió de los cayos de coral, de la manigua y las islas arenosas donde fructifican los mangles.

Sonaban los tambores, los cueros tensos, con el agitar de las maracas y el batir de palmas. La ceremonia está dispuesta en el círculo marcado junto al barracón de Evaristo Elegguá, que a los ciento seis años fue capaz de empuñar el machete contra los quintos recién llegados de Cádiz y cuando murió de difteria ya era discípulo de los dioses. Por eso fuman y beben a su memoria mientras llega la procesión de mujeres.

El mar cabalga entre los islotes para posarse en los acantilados calcáreos y en las playas cuando de la otra vertiente se acercan en un rebujón de enaguas y refajos con los colores de los santos a modo de encaje recubierto por una sobrefalda de seda prendida a la cintura con

un plisado, y luego el corpiño que estrecha esas formas animales en celo; las mangas, inmensas, bajando hasta los codos en una catarata de pliegues, el pañuelo en torno al cuello cuando se levanta Juana Candela, empieza a bailar entre los hombres, agita un pollo vivo por encima de sus cabezas, arrastra los pies por el suelo apiñonado que va hacia el cobertizo donde Evaristo Elegguá cobijó en una noche a siete mujeres que parieron a un tiempo siete parejas de mellizos. Deposita el corazón del pollo aún caliente en la cabeza del quimbombó, guarda en el techo los huesos más rectos y fuertes para las invocaciones.

Avanzan hieráticas, proyectan sus nalgas al ritmo del tambor que va entrando y domina los cuerpos, ahora son ellas mismas esa percusión que retumba, brazos y cuellos crispados mientras les arrancan el ropaje y se funden como tenazas de carne viva en el agujón de Evaristo Elegguá, dios zambo por ser cruce de negro y de india, rey de los alcatraces y los carateyes, de la sierra que es tumba de los fugados que cazó la manada de jíbaros.

El tambor se rompe frente al batey de paredes hundidas; es el redoble de la tierra hermana de Nigeria ahora que los médiums inician a las hijas de la diosa, cada una porta un cirio al girar en ese círculo cerrado en sí mismo delante del altar en que pusieron jarros de flores, cintas de raso, frascos de perfume, cajas de cigarros, la bola de cristal y la hornacina con la vértebra de cachalote que ancló en la arena, y los bailarines se agitan cuando llaman a Changó y Obatalá, y la negra casi colorada de la raza de los ibos, hermana de Yemayá, los dispone para la entrega que consumarán borrachos de alcohol de melaza, exhaustos tras la cabalgada de los espíritus que vinieron de África atraídos por los cantos y el tambor, por la danza de sus hijos y los signos del círculo, pues Changó acepta el calalú forrado con hojas de yarey, todo está a su gusto y así toma sus cuerpos y los posee, porque son los dioses quienes fornican, fuman, beben y cantan, y a veces se rajan a cuchillo, pues quieren poseer una misma vagina, sólo que

tienen el don de sanar al momento, sin dolor ni sangre, antes de volver de madrugada a Guinea, a las riberas del Gambia, del Sassandra, del Níger, del Ogooué y del Congo, pues son sus hijos yorubas seres contagiados de su fortaleza, de la energía que vive en el árbol y en el manantial.

Luego le refirió que había estado poseído y que la primera prueba resultó positiva, el ser quedó satisfecho y decidió protegerlo en adelante. Dijo también que tendría experiencias para llegar al gran conocimiento, así vería la dimensión de la vida y de la muerte, gracia reservada a quienes vienen de África o de sus islas. No salgas al exterior, pues quedarás ciego, cojo y mudo; serás comido por las alimañas y los perros se abalanzarán sobre ti para convertirte en una porción de huesos.

Otro día vino un grupo de mujeres con faldas de raso y algodón, blancas y amarillas, tan largas que rozaban el suelo. Por debajo llevaban enaguas de filigrana y blusas de encaje; sobre éstas, collares de cristal y en torno al cuello cruces y medallas, y en la cabeza un pañuelo atado a un turbante.

Su sorpresa fue ver el terreno lleno de negros y de hacendados, incluso había señoritas hijas de los norteamericanos que poseían los mejores ingenios y los bancos.

De pronto, Juana Candela se dirigió a un altar con figuras de santos, velas, frascos de perfume y cintas de color. Al lado había un hueso enorme, y le explicaron que era una vértebra de ballenato que vino a morir a los cayos, y por eso la veneraban, por ser del animal más poderoso del mundo y haber viajado miles de kilómetros dejando atrás la estela de sangre del arpón sin que los marrajos lo tocasen.

Al sol puesto vinieron tres hombres más. Juana Candela cuchicheaba con uno y otro y, tras dar la señal, los abrazó. Se puso de bruces ante el altar y llamó a los dioses mientras sonaban los instrumentos con toques muy quedos, casi insensibles, hasta que de pronto estallaron en un frenesí;

se pusieron a cantar balanceándose. Ella ponía los ojos en blanco y levantaba la vista hacia el techo. La gente hizo un baile a su alrededor, ella ausente, los ojos cerrados. Le pasaron una cachimba de yerbas aromáticas. Los otros daban vueltas, los tambores apretando.

Gritaban desesperados al girar. De pronto cayó al suelo temblando una de las señoritas americanas, gritaba y Juana Candela se le acercó: la levanta, le sopla en la cara una bocanada de humo, le pone saliva en los ojos y en los oídos, le seca con paño de algodón la baba que cae por la comisura de los labios.

Todos oyen luego la voz de un viejo que habla en idioma desconocido, calla el tambor y sólo se escucha el crepitar de los cirios y el remolino de la brisa que agita las palmas. Desde el otro extremo se acerca una mujer; va encorvada sobre un bastón de cedro, le pasan una botella de ron y traga grandes sorbos, se quita el pañuelo y aparecen sus cabellos crespos. Le arrebatan la botella, la esconden en el altar y los músicos cambian el vaivén.

Pasó mucho rato, Juan Camacho sin moverse de su sitio, sin traspasar la raya de cal.

La vio acercarse a todos para soplar en sus ojos y en sus oídos, incluso les daba masajes en la nuca, en los hombros y en el pecho. A una señal suya cesó la música y ya terminan de girar, se levantan, recobran su estado normal, apagan las velas y encienden candiles. Entra una bocanada de aire tibio y se ve una luna pálida allá arriba; van saliendo y Mamá Juana los besa en las mejillas, les da consejo y viene hacia mí.

—Así fue, señor juez, que no tuve relación con embrujos ni hechicerías, que mi único percance fue cuando la negra me quitó el sentido, y a fe mía que me dio algo de beber, pues estuve seis días como muerto. Luego me despertó cuando quiso y me obligó a seguir con ella. Pero me vinieron unas calenturas muy fuertes, la fiebre me abrasaba igual que si fuera un nido de gorgojos, día y noche sintiendo la comezón en el pecho.

Decían que los diablos andan sueltos y nadie debía salir de la casa. El azúcar arruinado, daba lástima verlo pudrirse en los embarcaderos. El tabaco igual, y hasta la vía del tren se cayó de ferruje.

Se perdía la cosecha como si la hubiese picado un mal terrible, y los cielos se venían abajo de agua.

Para mayor desatino, el gringo empezó a cerrar las fábricas, dijeron que no trabajarían hasta que el gobierno estuviese firme, que si no tenía autoridad ellos mismos armarían brigadas para castigar a los guerrilleros del monte, que asaltaban sus bancos y se ocultaban en la sierra, sin que nadie diese con el rastro.

Muchos paisanos se recogieron al socorro de las islas y los repatriaron gracias a una colecta. Algunos isleños ricos también pusieron para sacarlos ya medio muertos por tanta hambre que pasaron, pues las santeras decían que el ciclón era el diablo encarnado en cuerpo de dragón, cuyos resoplidos bastaban para arrancar de cuajo los caobos más altos.

Juana Candela se encerró tres días y tres noches. La bañaron en perfumes y le pasaron una vela encendida sobre sus brazos, quieta como una estatua hasta que dijo que el Señor de la Noche había escuchado sus plegarias a condición de que se reuniese con él al octavo día, así el temporal se despejaría en un cielo añil, pero yo tendría que regresar a las islas, pues había cambiado mi sino.

Era el desastre en Marianao, Regla y Guanabacoa, porque los americanos plantaban remolacha en Florida, en Filipinas y en las islas Hawaii. En junio de 1920 se vendía a 17,25 centavos, pero en Navidad bajó a 3,75. En septiembre los bancos empezaron a cerrar, incluso el Mercantil Americano dio un plazo de horas para que devolviesen los créditos y el Español y el Internacional echaron el cerrojo porque la gente corría como loca a retirar su dinero, en un momento se extendió la voz de que quebraban la moratoria.

Para colmo, en noviembre se levantó Tiburón Gómez frente a Zayas, que era el candidato de Menocal. Quemaron urnas y en Santa Clara hubo catorce muertos porque los partidos contrataban a pistoleros. La cosa se revolvió tanto que los americanos mandaron militares, y en Camagüey los acuartelaron para ver si se calmaba la guerra de liberales y conservadores, que eso se crecía de momento a momento como una lepra.

Al año siguiente hubo tanto azúcar en los almacenes que no tenía objeto seguir moliendo.

Los bancos recibieron escrituras de los ingenios y las tierras como pago.

Muchos gallegos, andaluces y catalanes volvían a España. Los maestros, los carteros y los otros empleados del gobierno estuvieron meses sin cobrar. Lo cierto es que, en cuanto ganó, Zayas se dedicó a hacer lo mismo que los otros, compró por dos millones y medio de dólares a nombre del Estado el convento de Santa Clara de La Habana para hacer oficinas y locales comerciales, destituyó a todos los ministros y amanecía gente acuchillada en el Malecón, el ferrocarril se detuvo y los estudiantes salieron en manifestación hasta que el gobierno les mandó la policía.

Por último apareció el general Machado, gran aficionado al baile, dueño de un cabaret y amigo de las mujeres de la vida.

Juana Candela salió de su penitencia trastornada como si hubiese perdido veinte años. Se le cayó la dentadura, el pelo se le volvió blanco, los pechos parecían colgajos secos y su vientre —antes liso y brillante— era un nudo de arrugas. Decían que el Señor de la Noche se apoderó de su cuerpo y por eso era un espantajo de sí misma, la había dejado resequida.

Juro que así fue. Yo temblaba al comprobar que aquello era real, que no era algo que se me hubiera metido en la cabeza, luego ella vino y me sopló en los ojos y en los oídos. Me hizo cruces y sahumeros en todo el cuerpo, pero no habló.

Ahí empezó mi desgracia, apenas tendría veintisiete años y llevaba en Cuba por lo menos doce. Incluso me iban a proponer para encargado cuando sentí las primeras asfixias. Entonces ensayé todos los remedios que había, pues unos me aconsejaron confiar a los curanderos que tienen yerbas y otros me decían que fuera a las santeras.

La tos era seca, cada vez más fuerte. Las congestiones me dejaban sin sentido, como si me faltase el aire. Tuve que dormir al raso, que le tenía miedo a lo cerrado.

Una noche soñé que iba río arriba un bando de gavio-
tas, y a uno y otro lado había plantas de ají. Era un río profundo que estaba empedrado de lajas negras. De pronto caí de la canoa y tuve que nadar, pero no me alcanzaba el resuello. Nadaba con fatiga, pero me atravesaban la espalda con alfileres envenenados, pues así eran las lanzadas que yo sentía, igual que picaduras. Entonces un pájaro se posó en mi cabeza y me dijo: vuelve a casa.

No señor: no estuve en trabajos de los espíritus, sino cuando Juana Candela me dejó sin sentido, que cuando volví al conocimiento me dijo que un mal ser se me había metido en el cuerpo.

No sé tampoco por qué me llaman espiritista, pues mi relación con las señoritas se debe a cosas de antiguo. Mi padre fue herrero y trabajó para don Eurípides, le herraba los caballos.

Habló y habló Juan Camacho. Dijo que nunca había visitado sociedades de meditación, que si acompañaba a don Jacinto, doña Josefa y las señoritas a la capital —así lo reconoció en el careo con el conductor del taxi— ello se debía a su intento de conseguir que don Jacinto mejorase, y por la petición de sus familiares, ya que estaba muy delicado de salud y ellas no confiaban en el remedio de los médicos, que le habían hecho de todo y no sanaba.

De manera que el sumario era ya un voluminoso legajo de hojas pulcramente escritas por el dactilógrafo: debía ser un hombrecito con espejuelos redondos sobre las aletas de su nariz, su traje remendado a conciencia por una patrona pobre pero diligente, los ojillos fijos en la pantalla blanca del papel que va iluminando con esos trazos aéreos o subterráneos de las tes, las emes, las ges rechonchas y las pulcras vocales, rehaciendo en largas jornadas las declaraciones y los careos de este sumario que ha retrasado el resto del trabajo, soportando el nerviosismo del instructor, su cansancio ante los informes, la distancia que ha de imponer ante esos jóvenes abogados hijos de las mejores familias de la capital, empeñados en desbaratar la labor del fiscal del Rey.

Y luego, la guerra de los periódicos de la mañana y de la tarde, las declaraciones de los testigos que violan el secreto del sumario, las diatribas contra Juan Camacho, que si no llega a morir solo hubieran entrado a lincharlo, pues lo llaman inductor de estos seres embrutecidos por una religión fanática, verdugo de las almas impolutas de las menores, a las que arrastró como sacerdote de ritos más propios de la edad media que del siglo veinte, que en mala hora me tocó esta plaza y no la de Cuenca, que los litigios entre castellanos son más a cara descubierta y me parece difícil que en los pueblos de la meseta, curtidos por el sol y los hielos, puedan darse tales señas del demonio, que parecen más propias de gente que ande con escondrijos, tapujos y conveniencias por la pequeñez de la isla y el convencimiento de que todos sus habitantes se enlazan tanto por las capas superiores como en las clases ínfimas, pues unos y otros se dan al culto de barajeras y adivinas, son aficionados a dejarse el jornal en deportes ruines como el de las peleas de gallos, apostando a este giro y a aquel melado, los azuzan para que se revienten los ojos, se rompan la cabeza con los espolones hasta que los rematan allí mismo, ante las dos bandas de apostantes, la sangre tiñendo el círculo donde echan arena y serrín para la siguiente ronda.

Esto pensaba el escribiente mientras ejercía su oficio, transcribía las primeras conclusiones del Ministerio Fiscal y las posteriores ampliaciones de la defensa y del acusador público. Pero quien más le impresionaba era aquel personaje a quien llamaban El Cubano, que en razón de su recaída estaba autorizado a permanecer en arresto domiciliario, a la espera de nuevas testificaciones complementarias de sus confusos balbuceos del primer día, cuando se limitó a negar todas sus posibles implicaciones en el caso, lo cual por supuesto no le ahorró el procesamiento, cómo sudaba a medida que le iba leyendo el auto. Pensaba que iba a darle un ataque definitivo de asfixias; era un cadáver y estaba procesado.

CAPÍTULO CATORCE

EL FIN

*Miserere mei, Deus
secundum magnam
misericordiam tuam.*

*Et secundum multitudinem
miserationum tuarum,
dele iniquitatem meam.*

SALMO DE DAVID
(51, 3; Vulgata 50)

Doce años después del juicio, Francisca Van der Walle se afirmaba en su tendencia paranoide persecutoria, y de sus pesadillas despertaba con alaridos que ponían en pie a sus compañeros de barracón, gritaba que estaban lacerando su cuerpo con agujones retorcidos, pedía que le arrancaran los ojos porque la están engañando, que le abran la cabeza porque la oprime una presión terrible en las sienes.

Sus respuestas de uso y descriptivas ante los tests médicos fijan su edad mental en doce años, pero ve en estas pruebas la idea que se trata de máximas u oraciones de embrujamiento por medio de las cuales pretenden introducirle malos espíritus que trabajen en su contra, quiere levantar a quienes duermen en camisas de fuerza para que con un hacha le rajen la cabeza y con agujas de coser le revienten las venas; se muerde las uñas con frecuencia, le molestan chiribitas o lucecillas dentro de la cabeza, por la parte interior de los ojos. Siente convulsiones y desmayos

producidos por seres de sombra, pide a gritos que la escuchen en confesión y que la bendigan los angelitos del cielo y los santos apóstoles, que recojan su materia y la lleven a los sótanos del paraíso para purificarse.

Muchos días se quedaba inmóvil en un extremo del patio junto a los epilépticos y a los alcohólicos, con los brazos en cruz, moviéndose con pasos muy lentos, atrapando sabandijas en el aire.

También le gustaba permanecer horas al sol, indiferente a todos, con una sonrisa mecánica en su rostro, dando manotazos para alejar las moscas negras, las mariposas que son espíritus errantes, vibraciones malignas que me persiguen a medianoche, que quieren robarme las dos bolsas de medallas de San Benito, con los Cristos de plata, el San Ignacio y la cruz de zafiros, y los rosarios de mi abuela. Se desnuda de pronto porque tiene la ropa llena de demonios y pide una vasija de agua bendita para rociarla, y llegan los enfermeros cuando le comienzan las convulsiones.

Doña Josefa murió en abril de 1941. Sus restos permanecen hoy en la fosa común del cementerio de Tafira. En sus últimos días repetía a quienes la visitaban que era feliz porque Jacinto y Ariadna estaban en la salvación, y que para Jacinto la muerte fue lo mejor porque desde chiquito sabía que era flojo, por eso le mandaron sal de pino marino, y como era un ser tan puro cantaba en la iglesia el Himno Eucarístico por la materia de Francisca, y en ella entraban los espíritus como los pajaritos se posan en las flores.

Por caridad pedía la llevaran al lado de su hija Francisca, que no se la dejan ver por culpa de los seres malditos que hay en esta cárcel, y como última voluntad solicita que la dejen confesar con ella, pues muchas veces se ponía la estola y les daba los santos óleos, y como tenía poder para consagrar el pan en el cuerpo divino espantaría con él la voz del maligno que viene escuchando todas las noches, primero como gruñido de cerdo y luego como un ratón chillando.

Pedía que por caridad le traigan ceregumil para el dolor de cabeza, que alejen por caridad el fantasma de don Cayo Aurelio, que quiere deshonorar a todas sus hijas, pues por eso se queda en vela toda la noche y ella lo acecha con un puñal en la mano, él viene sin pantalones y lo matará hasta en su sombra.

Padecía arterioesclerosis pronunciada, hipertensión arterial y diabetes, y presentaba ciclos de una exultante euforia seguidos de profundas depresiones en los que apenas hablaba otra cosa que palabras confusas. Decía que despertaran a don Cayo Aurelio para que fuese a la misa de difuntos de las seis en San Gregorio, que le adviertan a Hilaria que va a morir antes de tres meses, por lo que debe prevenirse con el arrepentimiento de conciencia. Le encargaba ponerse al cuidado de Jacinto en cuanto traspase las puertas del cielo porque él está sentado en un trono de plata y tiene una corona de brillantes. Le pedía darle el recado de que nosotras dos estamos bien, aunque penando por no verle desde hace tantos años, que por ello sentimos una ansiedad tan grande.

Decía Francisca al forense que sentía punzadas tan fuertes en el vientre que para aliviarse precisaba hacerse frotaciones, y el médico hizo constar en el informe que se masturbaba desde los seis años para superar dolores físicos, según su creencia, y añadió que su cráneo braquicéfalo, pequeño, la endeblez de su esqueleto, con rasgos de infantilismo, lo desproporcionado de brazos y piernas, los trastornos de sudoración, lo imbricado de sus dientes y la brillantez de su mirada no son sino rasgos constitutivos de su anormalidad, probable consecuencia de una sífilis heredada de su abuelo don Eurípides, de los jugadores, haraganes y putañeros que dilapidaron la hacienda, de los enemigos que no aceptan que Yo soy el Papa, Yo soy Dios, Yo soy La Voz de la Verdad, y si oigo voces y veo diablos verdes tras las rejas ello se debe a que soy la elegida de mi hermanito, y si no engordo es por la pena que siento por su muerte, y si Ariadna cayó fue por no tener un espíritu bueno sobre sus hombros.

He visto a Jacinto como metido en un fogaje azul, seguido de dos bultos en forma de santos; iba destocado, con traje rosa y una capa que se agitaba en el aire. He visto también gentíos, procesiones, estandartes, una comitiva enorme el día del Sagrado Corazón, con monaguillos, incienso, hosannas y doce obispos vestidos de púrpura, y ciudades de altos edificios de cristal que sin duda están en los mares de afuera, y carreteras y automóviles veloces y mujeres con cántaros de leche a la cabeza, y he rechazado beber agua porque veo espíritus en el fondo del vaso, y por eso lo he tirado al suelo, lo he roto en mil pedazos antes de que se me acerque el enfermero con la soga, sé que un cáncer acabará comiéndote porque eres maldito a los ojos del Señor, y pedía que le trajeran gotas de azahar y tazas de tila para ahuyentar los trastornos, los dolores y las quebraduras de huesos que me producen estas aguas malas que aquí me dan.

Decía doña Josefa que pegaran fuego a la casa, que destruyan sus últimos cimientos porque La Vega está llena de demonios, que por su causa vino la enfermedad de Jacinto, por el conjuro de algún enemigo, que ella misma incienso la casa con brasas de azufre, pero que Jacinto amanecía con tiznes en la piel, marcas de redondeles y rayas. Son los espíritus los que están haciendo vibrar este catre en que me tienen, que no puedo pegar ojo en toda la noche porque se mueve el techo y los cipreses del jardín están llenos de ánimas, y Cristina es una desgraciada porque ni siquiera ha venido a verme, y María del Pino igual, que una y otra se han ido lejos según me han dicho, una casada y otra recogida por una familia, y a nosotros sólo nos queda aceptar la voluntad del Altísimo que aquí nos tiene penando.

Decía Francisca que Ferrer era el espíritu mandado por Dios que dio a luz a Jacinto, Caruso murió de una bronquitis y se apoderó también de su espíritu, y yo supe que mi niño iba a morir porque era un ser adelantado, ya Ferrer nos lo había advertido, sería la voluntad del Señor y no podíamos oponernos, pues me lo dijo cuando estaba en

el velador. Puse mis manos sobre la superficie, cerré los ojos y dejé que el velador empezara a moverse indicando que había un espíritu allí, y luego le pregunté en la forma marcada en los libros y me contestaba siguiendo el alfabeto y los números que están en tiras de papel, que esto es tan cierto como la luz del día.

Por eso siento por las noches el velador golpeando junto a mi cabeza, porque alguien quiere hacerme daño; me oprime la cabeza ese pensamiento, me agobia tanto que muchas veces llego a desmayarme, siento que me ponen amoniaco en la nariz para despertarme, vuelvo en mí pero ya no soy la misma de antes pues alguien me hipnotiza y me hace actuar en contra de mi voluntad. Grito para que no sigan leyendo mis pensamientos, que los tengo escritos en la frente y todos pueden verlos, me siguen cuando voy por la calle y a confesarme, ya saben lo que voy a decir, pues lo han contado por delante de mí.

Escribió el forense que la paciente sufre episodios agudos intercurrentes de esquizofrenia paranoide y estados crepusculares esquizofrénicos, y que los elementos fundamentales del diagnóstico siguen siendo como sigue; a) para el estado crepuscular: situación de embotamiento de la conciencia, desorientación autopsíquica, temporal, ligera desorientación espacial, estado violento y angustioso de la tónica afectiva, asociación de ideas esquizofrénicas, amnesia parcial, disgregada, alternante, de los hechos; b) de la esquizofrenia paranoide: por los trastornos esquizofrénicos de la asociación de ideas y de la conducta (como expresión total de las funciones centrífugas), por las alucinaciones de las esferas visual, auditiva y de la cenesesia —como expresión de las funciones centrípetas—, por el contenido delirante del pensamiento, por los desórdenes afectivos señalados y por los de la personalidad (eclosión de sus límites).

Añadió que de la exploración neurológica resulta que tras el examen del sistema neuro-vegetativo-endocrino se aprecian trastornos vasomotores, tales como flatos o llamaradas de calor y sudorales, preferentemente en los días

previos a la menstruación, y presenta crisis de taquicardia paroxística y, en ocasiones, arritmias respiratorias, sensación de frío en las extremidades y algún temblor fino en las manos.

Además, el reflejo óculo-cardíaco demuestra que hay aumento del número de pulsaciones a la presión del globo ocular, y responde, pues, la paciente al tipo distónico-vegetativo-hipersimpático-hipertiroideo, y añade que se muere de las uñas y se encuentra triste de un tiempo a esta parte, pues no puede hacer obras de caridad con los ancianitos, como antes, y en sus definiciones incluye lo definido dando en ocasiones respuestas de uso, a veces descriptivas, pero con fracaso total en los conceptos abstractos. Sus contenidos de conciencia responden a sus conocimientos culturales, a su experiencia y a sus relaciones de ambiente, aunque en la exploración de los sentimientos éticos con respecto a los demás enfermos aparecen conceptos de piedad, de justicia y de caridad, en sus variantes corrientes, con una intensa emotividad —que así reza el informe suscrito en el mes de enero del año 1943, el último que fue adherido al sumario días antes de que el juez lo diese por sobreseído—.

—Un incesto como una catedral. Estoy seguro de que el único amor verdadero que sentían era el de Jacinto. Pero sólo lo consumó Francisca, y por eso actuaba como médium, porque se había fundido con la carne de su hermano —dijo Enrique cuando sonaba un tema de Pink Floyd en el tocadiscos que había comprado en Triana después de un regateo tenaz: *Let there be more light*, Haya más luz, y sintieron que les enardecía la pastilla de yerba previamente macerada en la palma de la mano, dispuesta en la pipa para esparcir su aroma dulzón sobre las sábanas.

—Así explicas sus celos y rivalidades —dijo Raquel después de que él hubiese hecho la mezcla y encendiera antes de sorber a fondo. A ella le pareció que esa bocanada de energía era parte de la música que sube de los bafles dispuestos en el suelo, a uno y otro lado de la cama, la cabeza

de diamante leyendo el microsurco donde registraron la mezcla de sonido del tema de Roger Waters, la cadencia de la percusión y de los ecos cuando su compañero buceaba en las profundidades de su sexo como si temiese caer en una gruta de abismos, pues son cavernas interminables, espectros que pelean entre las vaharadas del crepúsculo, dobles de aire que se incrustan en la piel del otro.

Entonces pensó Enrique que acaso ella también fuese irreal, quién sabe si una reencarnación de esas momias que pueblan las grietas de los barrancos, y Raquel Darías quizá recordara entonces todo aquel pasado de maledicencia; las dos únicas puertas del Colegio de María Auxiliadora, una para las niñas ricas con su uniforme de ricas y otra para las niñas pobres, con su trajito distinto, cada grupo con su patio de recreo, y es que la isla venía a ser una serie de compartimentos estancos, de jaulas sucesivas, de jiñeras para cazar pájaros; es decir, trampas hábilmente disimuladas en el suelo de este tabernáculo de cuchicheos tras las celosías, aposentadas las viejas en sus balcones para ver pasar el desfile de la vida diaria. Pues la isla es una flor de salitre reventada en las paredes de cal, y tú eres ellos cuando se arrodillan cada domingo sobre las laudas sepulcrales de las capillas de la iglesia basílica, sobre los osarios de lejanos hidalgos y mercaderes que impulsaron los ingenios y fueron señores de esclavos porque Tamarán es como el cascarón viejo de un animal prehistórico que ya tiene dieciséis millones de años, y se ha quedado como una matriz carcomida bajo el techo del cielo.

—¿En qué piensas, cariño? —le preguntó cuando ya estaban húmedos de placer, la yerba era una corteza de ceniza, el disco había parado de girar, el faro militar de La Isleta lanzaba volutas de luz sobre la ciudad y al final del dique del Generalísimo había otro pilar que expulsa destellos verdes a intervalos regulares, y los petroleros ocupan justo el último tramo del dique por motivos de seguridad, el guardián prohíbe el paso a los automovilistas y las parejas buscan la protección de las obras del Parque

de Atracciones Tívoli y la penumbra de solares que se convierten en lechos para el amor.

—Creo que tienes material suficiente —dijo cuando él la examinaba desnuda y tranquila; le acarició el pelo, la besó en la mejilla y volvió a llevar la mano a su pelo cuando se palpaban despacio, quizá por última vez, recordando a ciegas los accidentes de su cuerpo desde la habitación que se asoma a las luces de la bahía y, allá, al fondo, el barrio de La Isleta con su fama de burdel. Ahí, al lado, el revoltijo de la ropa arrancada con prisa, y por arriba la savia de esa música que crece por dentro: raíces, tallos, nervaduras y ramajes de resina aromática, incluso olas en un flujo de luces, caídas, arroyos y meandros; tal vez recordara entonces la casta de los servidores del Conde o de los Bonny o de los Blandy o de los Leacock o de los Dieppa o de los Massieu o de los Bulchand, pues la isla se ha vendido como una puta vieja al mejor postor pese a que sus carnes están surcadas por los tajos de lejanas lluvias y sus pechos son páramos donde sólo vive la lombriz, y su vientre una charca de limos desbrozada por el tractor de los alemanes, el tractor de los ingleses, el tractor de los hindúes; la puta vieja con oficio aún para cabalgar el falo del océano, para refulgir en el neón de las urbanizaciones que van desde San Agustín a Puerto Rico, por El Veril, Pasito Blanco, Patalavaca, Balito y Punta de los Frailes: erial de Maspalomas donde la vieja meretriz se rinde al sol, sus huesos submarinos que vienen del continente más inaccesible se alzan en traicioneros fondos de arena en la costa de Saguía El-Hamra.

Giró el grifo del agua caliente, el borbotón de espuma creciendo por instantes y ella abandonándose a la cascada, una pelusa de burbujas minúsculas, un río de quistes del subsuelo guardados por siglos hasta el instante de la exploración liberadora, y son de nuevo un solo cuerpo compuesto de membranas comunes, branquias que respiran en el lecho tibio del agua, cayendo a empujones sobre las baldosas como la tarde salta en pedazos, igual que peces atrapados en una misma nasa, revolviéndose el uno

contra el otro a lomos de la pasión, emergiendo en el orto y el ocaso hasta que las rodillas son velas caídas, desechos, y el mar es un globo desinflado, quieto.

Secaba su piel consumiéndola como si hubiesen sido transportados a un territorio de llanuras infinitas, y allá a lo lejos está el faro de su sexo, y Raquel dice tengo que hacerte la maleta, lo tienes todo tan revuelto, cuando llegues me pones una postal ¿vale?

Salieron con el coche hacia la Avenida del Mar. Ella abrió la ventanilla, el pelo suelto en la cortina de brisa que trae olor a gas y a cloaca y a todas las podredumbres. Allá les hace un guiño el ojo verde del semáforo, pasan junto a los grandes postes de Las Alcaravaneras, atraviesan el Arsenal, entran en Simón Bolívar y ya están subiendo por Luis Morote, en el laberinto de calles estrechas que recorren las tartanas. Llegan al Paseo de Las Canteras: el agua tiene un color verde añejo, La Barra es un brazo que apenas sobresale de la superficie; aquí mismo, cariño, podemos cenar aquí.

Vienen cabalgando desde lejos las trece generaciones que marcaron la isla durante trescientos cincuenta años, una legión de soldados para el rey, visionarios para las Indias Occidentales, monjas y mercaderes, expósitos y primogénitos marcados por el estigma de los Van der Walle, sus ramificaciones y mixturas en las tierras del Alto México, la multitud de sus bastardos en las Antillas, sus enlaces con las últimas nietas de Maninidra que se libraron de ser vendidas en el puerto de Valencia, su fusión de sangre con moriscos que buscaban refugio de la persecución del rey Felipe, sus expósitos que llevan la marca de Guinea, sus enlaces de interés con otros emigrantes del continente, sus conciertos con los Wangüemert, los Porlier, los Van Baumberghen, los O'Daly, los Poggio, los Groenemborch o Monteverde y los Tabares; avalancha de aventureros de Flandes, Normandía, Escocia, Malta, Irlanda, Génova, Nápoles y Portugal cuya esencia se ha trasmutado tras las sucesivas expediciones de extremeños, andaluces y vascones que vinieron a poblar las tierras ganadas para la

Corona en la primavera de 1496, tras noventa y cinco años de desembarcos y treguas que precisaron continuos refuerzos, en prolongados asedios cuya certeza ponen en duda los historiadores, pues quizá la epopeya del sometimiento de islas tan menguadas ha sido el producto de la interpolación de los cronistas de la corte, ávidos de agigantar la primera empresa ultramarina, y así añadieron fábulas y justas a simples reyertas y delaciones, y vieron basílicas donde hubo ermitas con techo de palmas, y fortalezas donde chozos, y orillas encantadas de la isla voladiza de San Borondón donde el siroco revuelve la calina del desierto, y príncipes donde pastores y guerreros de tosca indumentaria, y así la conquista de las Islas de la Fortuna ocupó un sinnúmero de relaciones y episodios de tal fiereza que recordaban la rendición de Granada y la victoria de Lepanto, pues el provecho de la cristiandad era grande con la conversión de paganos y el asentamiento de villas más allá de las Columnas de Hércules.

Vinieron de lejos para contemplar la milagrosa aparición de la luz circular y de la sombra que se refleja en lo alto de la parroquia de San Juan, que es reproducción exacta del Santo Cristo del altar mayor, y las candelas de las almas penitentes que recorren los caminos en las noches de agosto, y dieron pie a una estirpe que a juicio de los peritos padece síntomas anormales de carácter constitucional, taras que provienen no de causas externas o ambientales, sino que son propias del cuerpo por haber nacido con su germen. Y en todo ello influye de modo decisivo el oscurantismo y la religión fanática y unas y otras causas, unidas, generan sucesos tan terribles como el que acabamos de vivir, según relataron los dos defensores, discípulos predilectos del criminalista más célebre, pues la isla está infestada de esos centros en que se rinde culto al demonio, a la adivinación, a la superchería que explota una tropa de desaprensivos que en tales manejos encuentran la fuente de sus ingresos, por todo lo que no es de extrañar que proliferen un estado de locura colectiva que seguirá generando actos tan espeluznantes como el

que aquí juzgamos si esta República Española no pone remedio al atraso y a la dejación.

Vino de lejos el judío prófugo con María Vargas, con el acompañamiento de sus hijos y sus sirvientes, de sus alianzas y sus ruinas, y al cabo de los años su memoria se reduce a unas laudas sepulcrales y unos retratos que son parte insignificante del botín extraído de La Vega por los anticuarios ingleses, y unas inscripciones en los libros del archivo parroquial donde queda constancia del pago de sus diezmos a los beneficiados, de los protocolos de sus testamentos y de sus legados, de sus matrimonios y de las partidas de sus defunciones, pero no de su afición por el juego de cartas ni del origen de sus ramas bastardas ni de sus penitencias en las cofradías de la Semana de Pasión, y son confusas las notas de sus pronunciamientos cuando asomaban los piratas por Melenara, así como de las extrañas manías de quienes sucedieron a Pieter en los negocios de la familia, pues todas estas memorias son hoy carne de leyenda que han dado la vuelta a Tamarán sin que nadie sepa reconocer la parte que en ellas hay de verdad y la que es engaño.

Un milagro ese chispazo que precede al aguacero: el limpiaparabrisas como si quisiera recuperar tantos meses de inactividad, la carretera marcándose de charcos que cubren sus desigualdades. Una cinta gris, espesa, es el aire cuando Enrique López está a punto de sobrepasar la curva de La Laja, por donde estuvo el túnel, cerca de donde llaman Marfea, que es uno de los acantilados por donde arrojaban a los reos de las Brigadas del Amanecer como en Tinoca y Malpaso.

Queda atrás la ciudad estirada, faja marina entre los riscos y el mar, taponada por bloques que evitan toda perspectiva; el anfiteatro de casas pintarrajeadas desafiando el desnivel, encaramándose al precipicio, y abajo las murallas de la autovía y la hilera de palmas que roe el marismo, el salitre baldando sus nervaduras.

Esa cortina fugaz borra los perfiles, confunde la distancia y siempre llega como una intrusa que al punto se arrepien-

te y retrocede entretanto Enrique López hace su último desplazamiento, las siete de la mañana, con margen para desviarse en el cruce de Jinámar y buscar la ruta que ha conocido a fondo en estos días: tras el primer viraje las huertas de Marzagán ponen manchas en el erial y, más allá, los eucaliptos torcidos por el viento, los islotes de tuneras y los cráteres de donde extraen picón rojizo.

Vuelve el aguacero cuando el coche toma los embates de la carretera; conecta el alumbrado y ve el puente de los siete ojos sobre el cauce, hilachas de agua oscureciendo el aire ahora que Enrique deja atrás el risco de Cendro, el racimo de cuevas que habitaban brujas legañosas, ancianas harapientas que curan los males del cuerpo y de la mente, sibilas que desentrañan los agüeros.

Reduce la marcha, la aguja roza los treinta kilómetros por hora, los veinte, porque desde la derruida ermita de San Pedro Mártir de Verona se forma una caravana, cruzan mujeres hacia la consulta del Seguro y avanza despacio por delante de la masa de piedra desplomada en el verano de 1899, la espadaña de cantería que coronaba la puerta, los arcos en cuyos signos labrados podía apreciarse una serie de cruces gamadas y otros motivos que fueron contraseñas y advertencias contra conjuros.

Atraviesa la Plaza de San Juan, las 7,15 en el reloj de la torre; los laureles gotean cuando sube hacia las Cuatro Esquinas y ha de desviarse a la izquierda, en la flecha que apunta Gando-Maspalomas. Deja atrás la casa natal del ilustre don Fernando León y Castillo, el recinto de la primera raza de pobladores que engalanaron los frontis con sus blasones para diferenciarse de la nueva ciudad que crecía en los barrios de arriba, poblados por berberiscos, portugueses y castellanos pobres.

Ve cómo se asoman los clientes mañaneros de los bares, doblan la dosis de ron para evitar el mal de bronquios que anuncia este chubasco, se sorprenden de la riada que llega de acera a acera cuando Enrique tuerce hacia la calle Juan Diego de la Fuente, famosa por los extraños crímenes cometidos en sus alrededores, pues por allí anduvo el Co-

rredera y se sucedieron dos parricidios, estrecha como todas las que conforman este núcleo de la ciudad que es un laberinto de pasadizos cerrados y corvos, de esquinas romas y portones por donde armaron su casa los jornaleros.

Afloja el látigo de la lluvia, es ya un cansino goteo cuando Enrique López enfila el Callejón de Castillo; extrema la precaución porque las cantoneras que lo atraviesan han dañado su firme. La llovizna cede paso a una brisa que crece y crece, el estiaje perpetuo de la ventolera que sube de Gando. Al sur las nubes cierran el horizonte y ese vapor de agua rescatado del océano vuelve a él, se pierde sobre él; el viento evapora sus efectos cuando sale hacia el cruce de Melenara, se detiene, se introduce en la corriente de vehículos que marchan hacia el sur de pueblos roñosos que son nido de ratas y hepatitis; el sur donde se refugió el carnaval pese a la obsesiva persecución del obispo Pildain, aquellas noches en que todos se liberan de sus fantasmas interiores en las márgenes de la C-812, en el camino hacia los complejos de apartamentos y casinos que dieron ocupación a una corriente de improvisados albañiles, camareros y limpiadores que eran nietos de pastores y arrieros; el sur de las cuarterías que ahora recibe la sorpresa de la lluvia, un agua que estropea la mañana a los turistas, pues han de recluirse en las cafeterías con su hato de aceites bronceadores en espera de que escampe.

Acelera y adelanta a una de esas guaguas larguísimas que cada mañana transportan a los peones y se da cuenta de que en el asiento delantero lleva el magnetofón, la cámara y el bloc que ha estado llenando en los últimos diez días con su letra apretada, casi ilegible, apuntando detalle tras detalle, estirando la historia para derivarla a temas paralelos como el influjo y arraigo de las logias de la Ilustración, los procesos del Santo Oficio, la permanencia del curanderismo, las apariciones de objetos voladores no identificados ahora que está casi probado que las islas guardan bases submarinas, ciudades encantadas al abrigo de los muros de la Atlántida, así como burgos medievales que sólo son visibles al alba del día de San

Bartolomé, los ritos y los filtros y los testigos que afirman haber contemplado grandes ingenios que brotaban del fondo del océano, bolas de fuego que encandilaron incluso a los pilotos de las líneas aéreas, las viejas que reciben recados de los muertos y los barrancos de momias cuya técnica puede emparentarse no sólo con las prácticas egipcias, sino incluso con la de los indios americanos, ya que las islas fueron desde tiempo inmemorial una encrucijada en el mar.

Incluso el testimonio de Raquel, ahora que son las 7,40: debe estar aún dormida, avanzan las manecillas del despertador que la pondrá en pie a las ocho en punto de esta mañana, justo en el momento en que Enrique entrega las llaves, abona la factura y se dirige a la planta superior, primer mostrador —MADRID— para facturar el equipaje, los bolsos de la ropa y las compras, antes de dirigirse a la floristería en que estalló la bomba de los independentistas el día del gran luto en Los Rodeos; compra estrellizias para Gloria, una caja de bombones y alguna chuchería más ahora que los altavoces anuncian un retraso de veinticinco minutos.

Está ligeramente inquieto mientras mira las gotitas que se cuajan en la cristalera, al fin llaman a los pasajeros para formar ante el control de equipajes, atraviesan el sensor electrónico, recogen las bolsas de mano al otro lado, se someten a un cacheo elemental y avanzan por el largo pasillo; el viento es un bofetón caliente, es posible que hoy mismo se cambie por una penetración de arena, siempre el aire del Este que amenaza sepultar la isla bajo una erupción de polvo, instalándose ya en sus asientos, *buenos días señores pasajeros éste es el vuelo 001 con una duración estimada de dos horas treinta minutos volaremos a una altura de diez mil pies y la presión en cabina será equivalente a la del nivel del mar les rogamos hagan uso de sus cinturones no fumen y mantengan su asiento en posición vertical good morning ladies and gentlemen.*

Arranca el Super DC-8, avanza por la cabecera de la pista y de un respingo separa el morro segundos antes

de que todo él penetre hacia arriba. El peor momento es el despegue porque tienes la sensación de que eres un hierro crujiente hacia el cosmos, pero ahí vienen las azafatas con sus uniformes de rayas asimétricas, antes del desayuno vamos a entregarles la prensa local del día, la azafata Yolanda Miera con el paquete de periódicos de la mañana, el ejemplar que él recibe con un gesto de gratitud dispuesto ya a dejarse golpear por ese titular fuerte de la primera página, HORROROSO CRIMEN DE UNA DONCELLA, y, más abajo, los subtítulos: Una joven bellísima es sacrificada por sus familiares como acto de expiación ordenado por un espíritu del Más Allá. —Recibió 200 heridas y su cuerpo era una llaga de sangre. —Detenidos los fanáticos ejecutores. —Al parecer estaban convencidos de realizar un acto de salvación; ha sentido un soplo frío sobre sus ojos, no es posible que éste sea el pliego amarillento de *La Provincia* del martes 29 de abril de 1930, sólo ocho páginas de un papel basto que se deshace entre las yemas de los dedos, ahí abajo las gacetillas reducidas a una columna entre los avisos de las consignatarias y las medicinas, hoy es el desfile del pendón de la conquista en el 447 aniversario del Atis Tirma, en la sección de telegramas recibidos por Italcable viene el éxito de la conferencia del padre Albino, la formación de los republicanos tras la invitación de los radicales, la conferencia de Indalecio Prieto en el Ateneo, el dólar a 8,05 pesetas en los cambios de ayer, y las noticias locales de que el Partido Nuevo de San José sacó ventaja a Telde en las riñas de ayer, el poema de Alfonsina Storni en la primera columna de la quinta página: Se me va de los dedos la caricia perdida, / se me va de los dedos, / en el viento, al pasar. / La caricia que vaga sin destino ni objeto, / la caricia perdida ¿quién la recogerá?, el anuncio de que Unamuno se desplaza a la capital para pronunciar una conferencia con motivo del 1 de mayo, el Graf Zeppelin saliendo de su base hacia Londres y las damas católicas de Granada que protestan por las perniciosas exhibiciones de Josephine Baker, la visita del rey Alfonso XIII a Sevilla, con detenida estancia ante el mau-

soleo de Joselito, genio de la raza, el discurso del Duce en el que reitera que es preciso trabajar con vistas a la Roma del porvenir, pensemos que en 1950 ésta será una capital con dos millones de habitantes y ciento cincuenta mil vehículos, las declaraciones del general Berenguer al *Hamburg Fremdenblatt* anunciando que en el país reina el orden, la paz y la ley, ayer hubo humedad relativa del 79 por ciento, 8,35 horas de sol, 4,9 de evaporación, viento N.W., los anuncios de jarabe que cura todo mal y la relación de motonaves, el revoltijo de esquelas y por encima de todo el titular a toda plana HORROROSO CRIMEN EN TELDE, el papel amarillento deshaciéndose entre los dedos, quebrándose en tiras minúsculas, desintegradas en motas de polvo, cuarteándose entre sus dedos como arenisca sobre el mar.

Luis León Barreto nació en Los Llanos de Aridane, isla de La Palma, en 1949. Hizo estudios en la Facultad de Derecho de La Laguna y se tituló en la Escuela Oficial de Periodismo. Más tarde obtuvo la Licenciatura en Ciencias de la Información por la Universidad Complutense. En 1975 publica *Ulrike tiene una cita a las ocho*, premio Pérez Galdós del año siguiente. En 1978 aparece *Memorial de A.D.*, que inicia su utilización de la historia de Canarias como recurso literario. En 1981 gana el premio Blasco Ibáñez con su novela *Las espiritistas de Telde*, que es ampliamente reeditada con posterioridad. Los Van der Walle —la familia protagonista— recrean el tiempo fundacional de Canarias, su mestizaje profundo. Su preocupación por la magia y la cultura popular vuelven a aparecer en su siguiente novela, *La infinita guerra*. En 1988 cierra su trilogía "Pueblo Atlántico" con *Los días del Paraíso*. También ha publicado el libro de relatos *El Mar de la Fortuna*. En 1970 obtuvo el premio Julio Tovar de poesía, con *Crónica de todos nosotros*. Actualmente dirige el Club Prensa Canaria y es jefe del Gabinete de Prensa del Cabildo de Gran Canaria.

Yolanda Arencibia es catedrática de Lengua y Literatura y profesora titular de la Universidad de Las Palmas de G. Canaria. Su tarea investigadora se centra en la literatura de los siglos XVIII y XIX, especialmente en la obra de

B. Pérez Galdós. Igualmente dedica gran atención a la realidad de la literatura canaria. Entre sus publicaciones destacan una monografía crítico-estilística titulada *La lengua de Galdós*, un estudio titulado *Fortunata y Jacinta: claves de lectura* (en colaboración con D.^a M. del Prado Escobar), varios prólogos (a *Las gaviotas* de A. de la Nuez y a *Las espiritistas de Telde* de Luis León Barreto, en la editorial Interinsular Canaria; y a *La Fontana de Oro* de Pérez Galdós en la Biblioteca Básica Canaria) y una edición antológica de *Crónicas* de Alonso Quesada.



Biblioteca Básica Canaria

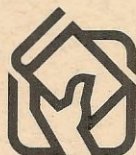
1. *Historia de la Literatura Canaria*: María Rosa Alonso.
2. *Romancero Tradicional Canario*: Maximiano Trapero.
3. *Lírica Tradicional Canaria*: Maximiano Trapero.
4. B. CAIRASCO DE FIGUEROA: *Antología poética*.
5. Antonio DE VIANA: *Antigüedades de las Islas Canarias*.
6. Silvestre DE BALBOA: *Espejo de paciencia*.
7. Fr. Andrés DE ABRÉU: *La vida de San Francisco*.
8. Cristóbal DEL HOYO, Vizconde de Buen Paso: *Carta de la Corte de Madrid*.
9. José DE VIERA Y CLAVIJO: *Historia de Canarias*.
10. José CLAVIJO Y FAJARDO: *El pensador*.
11. Tomás DE IRIARTE: *Fábulas Literarias*.
12. Nicolás ESTÉVANEZ: *Fragmentos de mis memorias*.
13. Benito PÉREZ GALDÓS: *La Fontana de Oro*.
14. Luis y Agustín MILLARES CUBAS: *Antología de cuentos*.
15. Benito PÉREZ ARMAS: *La vida, juego de naipes*.
16. Ángel GUERRA: *La lapa y otros cuentos*.
17. *Ensayistas canarios*: Alfonso Armas Ayala.
18. Miguel SARMIENTO: *Obra Narrativa*.
19. Domingo RIVERO: *Obra Completa*.
20. *Antología de la Poesía de finales del siglo XIX*: María Rosa Alonso.

21. Manuel VERDUGO: *Estelas y otros poemas*.
22. Tomás MORALES: *Las Rosas de Hércules*.
23. Alonso QUESADA: *Insulario (Verso y Prosa)*.
24. Saulo TORÓN: *El caracol encantado y otros poemas*.
25. Francisco IZQUIERDO: *Medallas y otros poemas*.
26. Claudio DE LA TORRE: *En la vida del señor Alegre*.
27. Emeterio GUTIÉRREZ ALBELO: *Campanario, Romanticismo y Enigma del invitado*.
28. Fernando GONZÁLEZ: *Antología poética*.
29. Agustín ESPINOSA: *Crimen y otros textos*.
30. Josefina DE LA TORRE: *Poemas de la isla*.
31. Domingo LÓPEZ TORRES: *Obra Completa*.
32. Pedro GARCÍA CABRERA: *Entre cuatro paredes, Transparencias fugadas y Dársena con despertadores*.
33. Pedro PERDOMO ACEDO: *Antología poética*.
34. Pedro LEZCANO: *Paloma o Herramienta*.
35. Agustín MILLARES SALL: *La palabra o la vida*.
36. Félix CASANOVA DE AYALA: *Poesía*.
37. Manuel PADORNO: *El Nómada sale*.
38. Arturo MACCANTI: *El eco de un eco de un eco del resplandor*.
39. Luis FERIA: *No menor que el vacío*.
40. Justo JORGE PADRÓN: *Antología poética 1971-1988*.
41. Lázaro SANTANA: *Bajo el signo de la hoguera*.
42. Eugenio PADORNO: *Teoría de una experiencia*.
43. Juan JIMÉNEZ: *Itinerario en contra*.
44. Isaac DE VEGA: *Conjuro en Ijuana*.
45. Rafael AROZARENA: *Mararía*.

46. Alfonso GARCÍA RAMOS: *Guad.*
47. Juan Manuel GARCÍA RAMOS: *Malaquita.*
48. J. J. ARMAS MARCELO: *El árbol del bien y del mal.*
49. Luis LEÓN BARRETO: *Las espiritistas de Telde.*
50. Juan CRUZ RUIZ: *Crónica de la nada hecha pedazos.*
51. Luis ALEMANY: *Los puercos de Circe.*
52. Nivaria TEJERA: *El barranco.*
53. Víctor RAMÍREZ: *Cada cual arrastra su sombra.*

Se acabó de imprimir
el día 9 de marzo de 1990,
en los talleres de
MARIAR, S. A.,
de Madrid.

Las espiritistas de Telde basan su tema en un documento real de amplias posibilidades novelísticas: sorprendente por su carácter reprochable, casi abyecto; atractivo por las concomitancias mágicas que posee; sugerente por las implicaciones socio-culturales que guarda; tentador porque puede ser enraizado en el pasado y a la vez entroncado en el presente; apasionante porque, como hecho humano real y próximo, no puede ser considerado como ajeno. Es, en resumen, "un buen tema".



Biblioteca Básica Canaria



VICECONSEJERIA DE CULTURA Y DEPORTES
GOBIERNO DE CANARIAS

socadem